

CIMIENTOS DE CONFIANZA

MARIA REAL



CIMIENTOS DE CONFIANZA

Maria Real

© 2026 Maria Real

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Primera edición: 2026

Publicado de forma independiente.

ÍNDICE

[Capítulo 1: La llamada](#)
[Capítulo 2: El constructor](#)
[Capítulo 3: Documentos y dudas](#)
[Capítulo 4: El testimonio](#)
[Capítulo 5: Presiones](#)
[Capítulo 6: La decisión](#)
[Capítulo 7: La lista](#)
[Capítulo 8: Más víctimas](#)
[Capítulo 9: El inspector](#)
[Capítulo 10: El archivo](#)
[Capítulo 11: Consecuencias](#)
[Capítulo 12: Apoyo mutuo](#)
[Capítulo 13: Fisuras](#)
[Capítulo 14: Plan B](#)
[Capítulo 15: Punto de no retorno](#)
[Capítulo 16: Fuera de Valencia](#)
[Capítulo 17: La red](#)
[Capítulo 18: Cenizas](#)
[Capítulo 19: El eslabón](#)
[Capítulo 20: La última pieza](#)
[Capítulo 21: Contrarreloj](#)
[Capítulo 22: La verdad sale a la luz](#)
[Capítulo 23: Cara a cara](#)
[Capítulo 24: Cimientos](#)
[Epílogo](#)

A ti, que has abierto este libro.

Y a Ti, que siempre apoyas mis ideas.

«Cada edificio cuenta una historia. A veces, una
mentira.»

CAPÍTULO 1: LA LLAMADA

El olor fue lo primero.

Hormigón pulverizado, cables quemados, y algo más que Elena prefirió no identificar. Un olor denso, que se pegaba a la garganta y dejaba un regusto metálico en la lengua.

Donde ayer había un edificio de cinco plantas, ahora solo quedaba una montaña de escombros que humeaba contra el cielo del amanecer. Las luces de las ambulancias teñían la escena de rojo y azul, un pulso intermitente que convertía las caras de los bomberos en máscaras fantasmales.

Detrás del cordón policial, una mujer gritaba. Repetía un nombre una y otra vez —*Gonzalo, Gonzalo, Gonzalo*— con la voz cada vez más rota. Llevaba un camisón y unas alpargatas azules, como si hubiera salido corriendo de la cama. Dos agentes intentaban calmarla, pero ella no los veía. Sus ojos estaban fijos en los escombros, buscando algo que probablemente ya no existía. A su lado, un hombre mayor permanecía inmóvil, con la mirada perdida y las manos colgando a los costados. No gritaba. No lloraba. Solo miraba. A veces, pensó Elena, el silencio es peor que los gritos.

Elena Martínez se quedó inmóvil durante tres segundos. Se los permitió. Tres segundos para absorber el horror, para sentir el peso de lo que tenía delante. Después, respiró hondo y cruzó el perímetro de seguridad.

Hacía menos de una hora, estaba dormida.

* * *

La llamada había llegado a las seis y cuarto de la mañana. El teléfono vibró contra la mesilla de noche con ese zumbido insistente que nunca traía buenas noticias. Elena abrió los ojos antes del segundo tono. Diez años como auditora de siniestros le habían enseñado eso: las llamadas de madrugada no esperan.

—Martínez —respondió, la voz todavía áspera.

—Elena, soy Carlos.

Se incorporó de golpe. Carlos Mendoza, su jefe, era un hombre tranquilo. Metódico. El tipo de persona que enviaba correos electrónicos a las tres de la mañana, pero jamás llamaba antes de las nueve. Si marcaba su número a esta hora, el mundo se estaba cayendo.

O un edificio.

—¿Qué ha pasado?

—Calle Poeta Querol, esquina con Xàtiva. —Hubo una pausa. Demasiado larga—. Se ha derrumbado un edificio, Elena. Entero. Cinco plantas.

Ella ya estaba de pie, buscando ropa en la penumbra del dormitorio. La luz gris del amanecer se filtraba por las rendijas de la persiana, dibujando líneas pálidas sobre el suelo de baldosas.

—¿Víctimas?

—Los bomberos siguen sacando gente. Dieciséis familias vivían ahí. Dieciséis familias. Elena sintió el número clavándose en algún lugar detrás del esternón. Encontró unos vaqueros, una camisa blanca, zapatos planos. Cuando trabajas en desastres, aprendes a no llevar tacones.

—¿Antigüedad del edificio?

—Ocho años.

Se detuvo con la camisa a medio abrochar. Ocho años. Un edificio de ocho años no se derrumba sin más.

—Voy para allá.

—Elena. —La voz de Carlos se suavizó un grado—. Prepárate. Va a ser duro.

Colgó sin responder. No había nada que decir.

* * *

El trayecto desde Malvarrosa hasta el centro de Valencia fue un borrón de calles vacías y semáforos en ámbar intermitente. A esa hora de un domingo, la ciudad dormía ajena a la tragedia que se desarrollaba en su corazón. Elena conducía con las manos firmes

sobre el volante, pero su mente ya estaba en la escena, repasando todo lo que sabía sobre colapsos estructurales.

Su padre había sido albañil durante treinta años. Desde pequeña, Elena había crecido entre conversaciones sobre cimientos, pilares y vigas. "Un edificio es como una persona", le decía él mientras cenaban. "Tiene huesos que lo sostienen. Si los huesos están mal, tarde o temprano se cae."

Recordaba una tarde de verano, tendría once o doce años. Su padre la había llevado a una obra donde trabajaba, un bloque de viviendas a medio construir en las afueras de Xàtiva. Le puso un casco amarillo que le quedaba enorme y la guio entre pilares de hormigón fresco.

"Toca esto", le dijo, señalando una columna. Elena obedeció. La superficie estaba fría, sólida, casi viva bajo sus dedos. "Así tiene que sentirse el hormigón bueno. Firme. Como si pudiera aguantar el mundo encima."

Luego la llevó a un rincón del solar, donde había unos bloques amontonados que habían descartado. "Ahora toca estos." Elena lo hizo. La diferencia era obvia incluso para una niña: porosos, quebradizos, con granos que se desprendían al roce. "¿Ves? Esto es hormigón malo. Parece igual, pero no lo es. Meterías a una familia a vivir encima de esto y un día se les cae el techo en la cabeza."

"¿Y cómo sabes cuál es cuál?", había preguntado ella.

Su padre sonrió. "Con el tiempo aprendes. Pero, sobre todo, con esto." Se tocó el pecho, a la altura del corazón. "Si algo no te parece bien, probablemente no lo está. Nunca ignores esa sensación."

Elena no la había ignorado jamás. Era lo que la hacía buena en su trabajo. Y era lo que ahora, mientras conducía hacia el desastre, le decía que iba a encontrar algo más que un accidente.

Esa formación junto a su padre, combinada con su carrera en ingeniería técnica industrial, la había convertido en una de las mejores investigadoras de siniestros de la compañía. Carlos lo sabía. Por eso la llamaba a ella cuando las cosas se ponían feas.

Y esto, pensó mientras doblaba la esquina de Poeta Querol, era lo más feo que había visto en su vida.

* * *

El jefe de bomberos se llamaba Joaquín Torres. Cincuenta y tantos años, rostro curtido por el sol y las emergencias y ojos que habían visto demasiado. Se quitó el casco para hablar con ella, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Auditora de seguros, ¿eh? —La miró de arriba abajo, evaluándola—. Llega pronto.

—Es mi trabajo. —Elena mostró su identificación—. ¿Qué pueden contarme?

Torres señaló hacia los escombros con un gesto cansado.

—Según los vecinos del edificio de al lado, hubo un ruido como un trueno alrededor de las cinco de la madrugada. Cuando salieron a mirar, esto ya estaba así. —Hizo una pausa—. Simplemente se vino abajo.

—¿Sin aviso previo? ¿Grietas o ruidos extraños en los días anteriores?

—Nada. Hemos preguntado. Nadie notó nada raro.

Elena frunció el ceño. Los edificios no colapsan sin avisar. Siempre hay señales: una puerta que deja de cerrar bien, una baldosa que se agrieta, un crujido en mitad de la noche. Los edificios hablan antes de morir. Solo hay que saber escuchar.

—¿Cuántas personas había dentro?

—Cuarenta, aproximadamente. Hemos sacado a veintiséis con vida.

—Torres tragó saliva—. Quedan catorce.

El verbo quedó flotando entre ellos. *Quedan*. Como si todavía hubiera esperanza. Elena sabía, por la forma en que lo dijo, que Torres no lo creía.

—¿Puedo acercarme a examinar la estructura?

—Con casco y acompañada. Hay zonas que todavía pueden ceder.

Le dio un casco amarillo, abolido por el uso. Elena se lo puso y siguió a Torres entre los escombros, pisando con cuidado sobre un

terreno que crujía bajo sus pies. El olor se intensificaba a cada paso: polvo, humo y algo orgánico que no quería nombrar. El aire estaba tan cargado que podía mascararlo.

A su alrededor, los bomberos trabajaban con una coordinación silenciosa, moviendo bloques de hormigón con grúas y herramientas hidráulicas. Nadie hablaba más de lo necesario. Todos sabían lo que buscaban.

Elena se detuvo junto a una viga de hormigón que sobresalía de los escombros en un ángulo imposible. Se agachó, se puso los guantes y pasó los dedos por la superficie rugosa.

Y frunció el ceño.

—¿Pasa algo? —preguntó Torres.

Elena no respondió inmediatamente. Tomó un fragmento del tamaño de su puño y lo examinó a la luz grisácea del amanecer. Lo apretó con los dedos.

Se deshizo como arena.

La voz de su padre resonó en su memoria: *"Así es el hormigón malo. Parece igual, pero no lo es."*

—Esto no está bien —murmuró.

—¿El qué?

—El hormigón. —Le mostró los restos granulosos en su palma—. Un edificio de ocho años debería tener hormigón que aguante décadas. Esto parece... —Buscó la palabra adecuada—. Esto... parece que se mezclaron mal las proporciones. O que usaron materiales de baja calidad.

Torres la miró con una expresión que Elena conocía bien. La expresión de alguien que empieza a entender que el desastre frente a él quizá no fue un accidente.

—¿Está diciendo que alguien construyó mal este edificio?

—Estoy diciendo que necesito analizarlo en un laboratorio. —Guardó la muestra en una bolsa hermética que llevaba en el bolsillo—. Y que alguien va a tener que responder muchas preguntas.

Se incorporó y siguió caminando entre los escombros, tomando fotografías con su móvil y anotando observaciones en la libreta impermeable que siempre llevaba. Cada detalle podía ser importante. Cada fragmento contaba una historia.

Fue entonces cuando lo vio.

Entre los escombros, medio enterrado bajo una losa de hormigón, había un peluche. Un conejo azul con una oreja medio descosida y el pelaje grisáceo por el polvo. Alguien lo había querido mucho; se notaba en el desgaste del hocico y en las costuras reforzadas de las patas.

Elena se quedó mirándolo más tiempo del necesario.

En algún lugar bajo esas toneladas de hormigón y hierro retorcido, había un niño que se había ido a dormir abrazándolo. Quizá había tenido miedo de la oscuridad, o de los monstruos del armario, o de esa pesadilla que volvía siempre. Quizá su madre le había dado un beso en la frente y le había dicho que todo estaría bien, que el conejo azul lo protegería.

El conejo azul no había podido protegerlo de un edificio que se derrumbaba.

Elena respiró hondo. Una vez. Dos veces. Notó que le temblaba el pulso y apretó los puños hasta que dejó de hacerlo.

Después siguió tomando fotografías.

Eso era lo que hacía. Lo que sabía hacer. Documentar, analizar y buscar respuestas. Las emociones vendrían después, en la soledad de su apartamento, cuando pudiera permitirse el lujo de sentirlas. Ahora no. Ahora había trabajo.

Un grito interrumpió sus pensamientos.

—¡Aquí! ¡Tenemos a alguien!

Elena corrió hacia la voz junto con Torres y varios bomberos. En un hueco entre dos losas, parcialmente protegido por lo que parecía haber sido el marco de una puerta, una mano se movía débilmente.

—¡Está viva! —gritó uno de los bomberos—. ¡Necesito la hidráulica aquí, ya!

Lo que siguió fueron veinte minutos de tensión contenida. Elena se apartó para dejar trabajar a los equipos de rescate, pero no se fue. Se quedó mirando cómo movían los escombros centímetro a centímetro, cómo hablaban con la víctima para mantenerla consciente, cómo finalmente lograban sacarla.

Era una mujer de unos cuarenta años. Tenía el pelo lleno de polvo y un corte profundo en la frente, pero estaba viva. Consciente. Cuando la pusieron en la camilla, agarró la mano de uno de los bomberos y dijo algo que Elena no alcanzó a oír.

El bombero asintió, con los ojos brillantes.

—Tu hija está bien —le dijo—. La sacamos hace una hora. Está en el hospital, pero está bien.

La mujer cerró los ojos y algo parecido a la paz cruzó su rostro.

Elena apartó la mirada. Veintisiete supervivientes. Quedaban trece personas bajo los escombros.

El sol ya había salido del todo, tiñendo el cielo de un azul pálido que parecía burlarse de la tragedia. Valencia despertaba a su alrededor: ruido de tráfico en las calles cercanas, persianas que se levantaban y el olor a café de algún bar abriendo temprano. La vida seguía, indiferente.

El teléfono de Elena vibró. Un mensaje de Carlos.

"El constructor original se llama David Herrera. Viene hacia allá. Trátalo bien, pero no te fíes de nadie."

Releyó el mensaje dos veces. *No te fíes de nadie*. Carlos no era dado al dramatismo. Si escribía eso, tenía sus razones.

David Herrera. El hombre que había construido este edificio. El hombre que quizá había usado hormigón defectuoso para ahorrarse unos euros. El hombre que quizá era responsable de las trece personas que seguían enterradas bajo los escombros.

Elena guardó el teléfono y metió la mano en el bolsillo donde llevaba la muestra de hormigón. Los granos se deshacían entre sus dedos, tan frágiles como la confianza de las familias que habían creído que sus hogares eran seguros.

Un edificio de ocho años no se derrumba así.

No sin ayuda.

Miró hacia la calle, donde empezaban a llegar más periodistas y curiosos. En algún momento de las próximas horas, aparecería David Herrera. Vendría a defender su trabajo, a jurar que él no sabía nada y a buscar culpables en otra parte.

Elena lo estaría esperando.

Y no pensaba creer una sola palabra hasta que tuviera pruebas.

CAPÍTULO 2: EL CONSTRUCTOR

Elena lo vio antes de que él la viera a ella.

Llegó caminando desde el final de la calle, donde los coches de curiosos y periodistas empezaban a acumularse. No corría, pero tampoco paseaba. Tenía el paso de alguien acostumbrado a moverse entre obras y escombros, esquivando cables y maquinaria sin necesidad de mirar al suelo. Alto, de complexión atlética, con el pelo negro salpicado de canas prematuras en las sienes. Vestía vaqueros gastados, camisa de trabajo azul con las mangas remangadas y botas de seguridad que habían visto mejores días. Sus manos, notó Elena cuando se acercó lo suficiente, eran las manos de alguien que había trabajado con ellas toda su vida: anchas, callosas, con pequeñas cicatrices en los nudillos.

David Herrera se detuvo en el borde del perímetro de seguridad y miró hacia los escombros.

Elena lo observó con atención, buscando señales. Nerviosismo. Culpabilidad. La tensión de un hombre que sabe que lo que está viendo es obra suya. Pero lo que vio en su rostro fue otra cosa. Algo parecido al dolor. Al horror. A la incredulidad de quien contempla una pesadilla que no termina de aceptar como real.

Herrera se pasó una mano por la cara, despacio, como si quisiera borrar la imagen de sus ojos. Después respiró hondo, levantó la barbilla y buscó a alguien con autoridad.

Sus ojos encontraron los de Elena.

Ella no apartó la mirada.

—¿Es usted la auditora de seguros?

Su voz era más grave de lo que Elena había esperado. Ronca, como si llevara horas sin hablar o como si hubiera pasado la noche gritando. Se acercó a ella con la mano extendida, pero no de forma agresiva. Más bien como un gesto automático, el reflejo de alguien acostumbrado a presentarse en obras y reuniones.

—Elena Martínez. —Le estrechó la mano. Firme, seca, callosa—. Usted debe ser David Herrera.

—El mismo.

No añadió nada más. No se excusó, no se defendió, no preguntó quién lo había delatado. Solo se quedó ahí, de pie junto a ella, mirando los escombros de lo que una vez había sido un edificio de cinco plantas.

—Lamento las circunstancias en las que nos conocemos —dijo finalmente.

Elena asintió, pero no respondió. Quería ver qué hacía él con el silencio. Los mentirosos odiaban el silencio. Lo llenaban con palabras innecesarias, explicaciones que nadie había pedido y justificaciones preventivas.

David Herrera no dijo nada. Solo siguió mirando los escombros.

Un grito llegó desde la zona de rescate. Los bomberos habían encontrado a alguien más. Elena vio cómo el equipo se movilizaba, cómo las grúas ajustaban su posición, cómo los paramédicos preparaban otra camilla.

A su lado, David se quedó completamente inmóvil. Elena lo miró de reojo. Tenía las manos a los costados y le temblaban ligeramente. Él debió notarlo porque las metió en los bolsillos de los vaqueros, un gesto rápido, casi avergonzado. Pero no apartó la vista de la escena. Siguió mirando mientras sacaban a una mujer de mediana edad, inconsciente pero viva, y la colocaban en la camilla. Siguió mirando mientras la ambulancia se la llevaba con las sirenas encendidas.

Solo entonces cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, algo había cambiado en su expresión. Algo se había endurecido.

—Pregúnteme lo que necesite saber —dijo, girándose hacia Elena—. No tengo nada que ocultar.

* * *

Se apartaron del caos principal, buscando un rincón donde pudieran hablar sin que el ruido de las grúas y las sirenas los interrumpiera constantemente. Elena sacó su libreta y un bolígrafo. Prefería el

papel a las grabadoras. La gente se ponía nerviosa cuando veía un móvil grabando. Con una libreta, la conversación fluía más natural.

—Cuénteme sobre la construcción de este edificio.

David asintió, como si llevara horas esperando esa pregunta.

—Lo construí hace ocho años. Fue uno de mis primeros proyectos importantes después de independizarme. Llevaba ocho años trabajando para Construcciones Mediterráneo, una empresa grande, pero quería hacer las cosas a mi manera. Este edificio iba a ser mi carta de presentación.

—¿Y qué pasó?

—Lo terminé. Dieciséis viviendas, todas con las mejores calidades que podía permitirme en ese momento. Pasó todas las inspecciones. Las familias se mudaron y yo seguí con otros proyectos.

Su voz era firme, pero Elena detectó algo debajo. No sonaba a mentira. Parecía algo más complejo.

—¿Recuerda algún problema durante la construcción?

—Los problemas habituales. Retrasos por el tiempo, algún proveedor que no cumplía plazos, burocracia con los permisos... Nada que afectara a la estructura.

El chirrido de una grúa los interrumpió. Un sonido metálico, prolongado, que hizo vibrar el aire durante varios segundos. Elena esperó a que cesara antes de continuar.

—¿Utilizó todos los materiales según las especificaciones del proyecto?

Por primera vez, David vaciló. Fue apenas un segundo, una micro fracción de duda que cruzó su rostro antes de que recuperara la compostura. Pero Elena lo vio. Estaba entrenada para ver esas cosas.

—Mire, señora Martínez, voy a ser honesto con usted.

—Se lo agradecería.

—Cuando empecé mi propia empresa, no tenía reputación ni contactos. Tenía que competir con constructores que llevaban

décadas en el sector y que ofrecían precios imposibles. Para conseguir este proyecto, tuve que ajustar costes.

Elena levantó una ceja.

—¿Ajustar costes cómo?

—Compré materiales más baratos. Pero que cumplían las normativas

—se apresuró a añadir—. Contraté a subcontratistas que ofrecían mejores precios. Optimicé cada euro del presupuesto.

—¿Sin comprometer la seguridad?

David la miró directamente a los ojos.

—Señora Martínez, yo duermo tranquilo cada noche sabiendo que mis edificios son seguros. O dormía, hasta esta mañana.

El verbo en pasado quedó flotando entre ellos. Elena tomó nota mentalmente. No era un hombre que evitara la verdad incómoda.

—¿Conserva la documentación del proyecto? Facturas, certificados de calidad, especificaciones de materiales...

—Todo. Lo guardo todo. Facturas, certificados, análisis de laboratorio y correos con proveedores. Está en mi oficina y puede verlo cuando quiera.

—Lo haré.

David asintió, como si no esperara otra cosa.

Elena cambió de táctica. Había llegado el momento de presionar.

—Hábleme de los subcontratistas que utilizó.

—Varios. Electricidad, fontanería, carpintería... Puedo darle la lista completa.

—Me interesa uno en particular. El que se encargó de la cimentación.

Algo cambió en el rostro de David. No fue miedo exactamente. Fue algo más parecido a la resignación. Como si hubiera estado esperando esa pregunta desde que llegó.

—Vega y Asociados —dijo en voz baja.

—¿Perdone?

—La cimentación la hizo Vega y Asociados. Es una constructora de aquí, de Valencia. Bueno, más que constructora es... —Buscó la palabra adecuada—. Es un pulpo. Tienen tentáculos en todo el sector.

Elena anotó el nombre, aunque ya lo conocía. Lo que le interesaba era la reacción de David.

—¿Y cómo fue trabajar con ellos?

David soltó algo parecido a una risa, pero sin humor.

—Complicado.

—Explíqueme qué significa complicado.

Él miró a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie más escuchaba. Luego bajó la voz.

—Hace ocho años, si querías construir en Valencia, tenías que pasar por Ricardo Vega. Él controlaba a la mayoría de subcontratistas de la zona. Los buenos, quiero decir. Los que sabían lo que hacían y cumplían plazos. Si no trabajabas con su gente, te quedabas con las sobras. Y con las sobras no se construyen edificios seguros.

—Entonces trabajó con ellos por necesidad, no por elección.

—Exacto. Necesitaba este proyecto para establecer mi empresa. Y Vega era el precio de entrada.

Elena dejó que el silencio se extendiera. David lo llenó sin que ella tuviera que pedirlo.

—No me malinterprete. En aquel momento, trabajar con Vega no parecía mala idea. Tenían buena reputación. Sus obras se terminaban a tiempo y pasaban las inspecciones. Yo era joven e ingenuo. Pensaba que así funcionaba el sector.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que hay formas de pasar inspecciones que no tienen nada que ver con la calidad de los materiales.

La frase quedó suspendida en el aire. Elena sintió que acababa de abrir una puerta que no podría cerrarse.

—¿Qué está insinuando, señor Herrera?

—No insinuó nada. —David la miró con expresión cansada—. Solo digo que después de ese proyecto, decidí no volver a trabajar con Vega. Preferí proyectos más pequeños, cosas que pudiera controlar yo mismo de principio a fin. Perdí dinero, perdí oportunidades, pero al menos podía dormir tranquilo.

—¿Por qué dejó de trabajar con ellos?

David tardó en responder. Cuando lo hizo, eligió las palabras con cuidado.

—Porque Ricardo Vega es de esas personas que creen que las reglas son para otros. Y yo no quería formar parte de eso.

Elena sacó la bolsa hermética del bolsillo y se la mostró. Dentro, la muestra de hormigón que había recogido de los escombros. Gris, porosa, con granos que se habían desprendido durante el transporte.

—¿Reconoce esto?

David tomó la bolsa y la examinó a la luz del sol. Giró la muestra, la observó desde varios ángulos y frunció el ceño. Sus dedos se movían por el plástico como si pudieran sentir la textura a través de él.

—Esto es hormigón —dijo, aunque sonaba más a pregunta que a afirmación.

—Del edificio que usted construyó.

David negó con la cabeza, despacio.

—No. Esto no es el hormigón que yo especificué para este edificio.

—¿Está seguro?

—Completamente. —Levantó la bolsa hacia la luz—. Mire la textura. ¿Ve cómo se deshace? ¿Cómo tiene esos poros irregulares? El hormigón que yo pedí era CEM I 42,5 R. Cemento Portland de alta resistencia. Es más caro, pero es lo que necesitas para cimentaciones que van a soportar cinco plantas.

—¿Y esto?

—Esto parece CEM II, quizá incluso algo peor. Más barato y menos resistente. —Bajó la bolsa y miró a Elena—. Esto no debería estar en los cimientos de ningún edificio residencial.

Una ráfaga de viento levantó polvo de los escombros. Elena entrecerró los ojos y esperó a que pasara. Cuando volvió a mirar a David, él seguía sosteniendo la bolsa con expresión sombría.

—Señor Herrera, ¿está diciendo que alguien cambió los materiales sin que usted lo supiera?

—Estoy diciendo que el hormigón que yo encargué no es el hormigón que está en esos escombros. Y el único que tenía acceso a cambiarlo era el subcontratista que hizo la cimentación.

—Vega y Asociados.

—Vega y Asociados.

Se miraron durante un momento largo. Elena buscó señales de mentira en sus ojos, en la tensión de su mandíbula, en el lenguaje de sus manos. No encontró ninguna. Lo cual no significaba que fuera inocente. Solo significaba que, si mentía, era muy bueno haciéndolo.

O que decía la verdad.

Caminaron juntos hacia la salida del perímetro, sorteando cables y equipos de rescate. El sol ya estaba alto y el calor empezaba a apretar, convirtiendo el polvo de los escombros en una nube pegajosa que se adhería a la piel y la ropa.

—Señor Herrera.

—David. Puede llamarme David.

Elena ignoró la invitación.

—Señor Herrera, voy a necesitar acceso a toda su documentación. Facturas, contratos, comunicaciones con Vega y Asociados, informes de inspección. Todo.

—Lo tendrá. Venga a mi oficina esta tarde si quiere. Está en Ruzafa, calle Cuba. Le daré todo lo que tengo.

—Lo haré.

Se detuvieron junto al cordón policial. Al otro lado, los periodistas empezaban a preparar sus cámaras para las conexiones del mediodía. Pronto esto sería noticia nacional. Pronto llegarían las

preguntas incómodas, las acusaciones y los juicios paralelos en las tertulias de televisión.

—¿Señora Martínez?

Elena se giró.

—¿Sí?

David vaciló un momento, como si estuviera decidiendo si decir algo o no. Finalmente habló, en voz lo bastante baja para que solo ella pudiera oírlo.

—Tenga cuidado con Ricardo Vega.

—¿Me está amenazando?

—Le estoy advirtiéndolo. —Sus ojos oscuros la miraron con una intensidad que la sorprendió—. Vega es un hombre poderoso. Tiene contactos en el ayuntamiento, en la Generalitat, en sitios que ni usted ni yo podemos imaginar. Y no le gusta que cuestionen su trabajo.

—Yo cuestiono el trabajo de todo el mundo, señor Herrera. Es mi profesión.

—Lo sé. Por eso se lo digo. —Dio un paso atrás, preparándose para marcharse—. Vega no juega limpio. Nunca lo ha hecho. Y la gente que se cruza en su camino tiende a ... tener problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

David no respondió inmediatamente. Miró hacia los escombros una última vez, hacia el lugar donde doce personas seguían enterradas bajo toneladas de hormigón defectuoso.

—Del tipo que hace que dejes de hacer preguntas —dijo finalmente—. Tenga cuidado, señora Martínez. Y si necesita cualquier cosa, cualquier documento, cualquier información que yo pueda darle, llámeme. A cualquier hora.

Le tendió una tarjeta de visita. Elena la cogió sin mirarla.

—Una última pregunta, señor Herrera.

—Dígame.

—¿Por qué me ayuda? Si lo que dice es cierto, usted también podría tener problemas.

David sonrió, pero fue una sonrisa triste, sin alegría.

—Porque aún hay familias bajo los escombros de un edificio que lleva mi nombre. Aunque yo no pusiera ese hormigón, aunque yo no supiera lo que Vega estaba haciendo, mi firma está en los planos. Mi empresa aparece en los registros. —Hizo una pausa—. Necesito saber qué pasó tanto como usted. Quizá más.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia su coche, una furgoneta blanca con el logo de "Herrera Construcciones" en la puerta lateral. Elena lo observó alejarse.

No sabía si David Herrera era culpable o inocente, cómplice o víctima. Su instinto le decía una cosa; su experiencia, otra. Había visto a demasiados hombres mentir con la misma convicción, con la misma aparente sinceridad.

Pero había algo que sí sabía con certeza.

El nombre de Ricardo Vega acababa de convertirse en el centro de su investigación.

Y si lo que David decía era cierto, esa investigación iba a ser mucho más peligrosa de lo que había imaginado.

CAPÍTULO 3: DOCUMENTOS Y DUDAS

La oficina de David Herrera no era lo que Elena había esperado. Había imaginado algo más grande. Más pretencioso. Quizá un despacho en una de esas torres de cristal del centro de Valencia, con vistas al río y secretarias que ofrecían café en tazas de porcelana. Eso era lo que solían tener los constructores que se movían en proyectos de dieciséis viviendas.

Lo que encontró fue un edificio de cuatro plantas en una calle estrecha de Ruzafa, con la fachada pintada de amarillo descolorido y un portal que olía a comida del mediodía. En el buzón del segundo piso, una placa discreta rezaba "Herrera Construcciones y Rehabilitaciones". Las escaleras crujían bajo sus pies mientras subía. David la esperaba en el rellano, con la puerta abierta.

—Pase. No es gran cosa, pero es mía.

Elena entró y se detuvo un momento para absorber el espacio. Era un piso reconvertido en oficina, con un salón grande que hacía las veces de zona de trabajo y dos habitaciones más pequeñas al fondo. Las paredes estaban cubiertas de planos enmarcados, certificados profesionales y fotografías de obras terminadas. En el centro había una mesa de madera maciza, gastada por los años, con un ordenador antiguo y varios archivadores metálicos apilados a un lado.

Lo que más le llamó la atención fueron las fotografías. No eran renders digitales ni imágenes de catálogo. Eran fotos reales, algunas incluso descoloridas por el sol, de casas rurales rehabilitadas, pequeños edificios de apartamentos y un colegio con un patio lleno de niños. En varias de ellas aparecía David junto a grupos de trabajadores, todos sonriendo, con cascos y ropa de obra.

—¿Todo esto lo ha construido usted?

—La mayoría. Algunas son rehabilitaciones, otras, obra nueva. Proyectos pequeños, pero míos.

Elena se acercó a una foto que mostraba una masía antigua, con muros de piedra y vigas de madera vista.

—Esta es bonita.

—Tardamos dos años en terminarla. Los propietarios querían conservar todo lo original que se pudiera. Fue un trabajo difícil, pero mereció la pena.

Había orgullo en su voz. No el orgullo arrogante del que presume, sino el callado del que sabe que ha hecho algo bien.

Por la ventana entraba el ruido del barrio: motos, voces y el traqueteo de una persiana metálica bajando. Ruzafa a media tarde, vivo y caótico como siempre. El sol dibujaba rectángulos de luz sobre el suelo de baldosas hidráulicas, probablemente las originales del edificio.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Doce años. Desde que me independicé. —David señaló una silla frente a la mesa—. Siéntese. Voy a buscar los documentos.

Casas, escuelas, edificios pequeños. Todos en pie. Todos sólidos. Su padre solía decirlo: "Los edificios no mienten. Solo la gente que los construye."

Por eso estaba aquí. Para descubrir quién había mentido.

* * *

La carpeta era gruesa, con una etiqueta amarillenta que decía "Poeta Querol - 2016" en rotulador negro. David la dejó sobre la mesa con un golpe sordo y la abrió.

—Aquí está todo. Proyecto original, modificaciones durante la obra, facturas, certificados de calidad e informes de inspección. Todo lo que guardé.

Elena se inclinó sobre los documentos. La primera página era la memoria del proyecto, firmada por un arquitecto cuyo nombre reconoció: Miguel Sánchez, con buena reputación en la ciudad. Los planos estructurales estaban bien organizados, con cálculos detallados y especificaciones claras. Todo parecía profesional, metódico.

—¿Conoce bien al arquitecto?

—Miguel y yo hemos trabajado juntos varias veces. Es serio, meticulado. Si él firmó este proyecto, es porque estaba bien hecho. Elena pasó las páginas lentamente, buscando anomalías. El papel viejo crujía entre sus dedos, dejando un leve olor a humedad y tinta. Cada documento tenía su fecha, su sello y su firma correspondiente. Si había irregularidades, no estaban a simple vista.

—¿Puedo ver las facturas de materiales?

—Por supuesto.

David sacó otra carpeta, más delgada, y la colocó junto a la primera. Elena la abrió y empezó a revisar. Facturas del proveedor de hierro, del suministrador de cemento, de los áridos y de la empresa de encofrados. Todo parecía en orden.

Casi todo.

—Esta factura del cemento —dijo Elena, señalando un documento—. ¿Es la del material que realmente se utilizó?

David se acercó para mirar.

—Debería ser. Yo pedí cemento Portland CEM I 42,5 R, como le dije, que es el estándar para estructuras como esta. Aquí está la especificación.

Señaló una línea en el documento. Elena la leyó y asintió.

—Pero aquí hay otra factura. —Sacó un papel que estaba medio escondido entre otros documentos—. De un proveedor diferente. Áridos Valencia Sur.

David frunció el ceño.

—No conozco esa empresa.

—Está fechada dos semanas después de la suya. Y la cantidad coincide casi exactamente.

Se miraron. Elena vio cómo la comprensión cruzaba el rostro de David, seguida de algo más oscuro. Rabia. Rabia contenida, pero rabia al fin.

—Vega —murmuró.

—¿Cree que sustituyeron los materiales?

—Es la única explicación. —David tomó la factura y la examinó de cerca—. Yo hice el pedido a mi proveedor habitual. Pero la cimentación la gestionaba Vega. Si ellos recibieron el material y lo cambiaron por otro más barato antes de usarlo...

No terminó la frase. No hacía falta.

Elena recuperó la factura y la fotografió con su móvil.

—¿Tiene más documentos de Vega y Asociados? Contratos, comunicaciones, cualquier cosa.

—Tengo el contrato de subcontratación y algunos correos. Pero Vega nunca dejaba mucho por escrito. Prefería las llamadas de teléfono y las reuniones en persona.

—Conveniente.

—Muy conveniente.

Elena siguió revisando las facturas, una por una, tomando notas en su libreta. El sol se había movido mientras hablaban. Los rectángulos de luz en el suelo ahora alcanzaban la pared opuesta, tiñendo de naranja los planos enmarcados.

La mayoría de las facturas eran normales, de proveedores conocidos con direcciones verificables. Pero había tres que le llamaron la atención.

La primera era la de Áridos Valencia Sur, la que ya había identificado.

La segunda era de una empresa llamada MEDISAL, que aparecía como suministradora de material de impermeabilización. La factura era escueta, sin detalles, solo una cantidad global.

Y la tercera era de AURECA SL.

—¿Qué es AURECA? —preguntó Elena, señalando el documento.

David se acercó y miró la factura.

—No lo sé. No recuerdo haber trabajado con ellos.

—Aparecen como proveedores de áridos. Grava y arena para el hormigón.

—Eso lo gestionaba Vega. Yo especifiqué los materiales, pero ellos se encargaban de conseguirlos y transportarlos a la obra.

Elena sacó su móvil y buscó AURECA SL en el registro mercantil. Los resultados tardaron unos segundos en cargar.

Lo que encontró le heló la sangre.

—AURECA SL fue constituida en enero de 2016 —leyó en voz alta—. Seis meses antes de empezar la obra de Poeta Querol.

—¿Y?

—Y fue disuelta en diciembre del mismo año. Seis meses después de terminar.

David la miró sin comprender del todo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que AURECA SL existió exactamente el tiempo necesario para participar en su proyecto. Ni un día más, ni un día menos. — Elena siguió leyendo—. Domicilio social: calle Periodista Azzati, 15, tercero. ¿Le suena esa dirección?

—No.

Elena la buscó en Google Maps. El resultado la hizo apretar los labios.

—Es la misma dirección que figura como sede de Vega y Asociados. El silencio que siguió fue denso, casi tangible. David se dejó caer en una silla, pasándose las manos por el pelo.

—Una empresa fantasma —dijo, más para sí mismo que para Elena—. Crearon una empresa fantasma para desviar los materiales.

—O para facturar materiales que nunca llegaron. O para ocultar el origen de lo que realmente usaron. —Elena guardó el móvil—. Las posibilidades son varias, pero ninguna es buena.

—Canallas —dijo, más para sí mismo que para Elena—. Crearon una empresa fantasma para desviar los materiales.

La rabia en su voz era contenida, pero palpable. Y había algo más. Algo parecido a la traición.

—Señor Herrera...

—David.

Esta vez Elena no lo corrigió.

—David. ¿Tiene alguna copia de las comunicaciones con Vega durante la obra? Correos, mensajes, lo que sea.

—Algunos correos. No muchos. Como le dije, Vega prefería no dejar rastro.

—Necesito todo lo que tenga.

—Lo tendrá.

* * *

Mientras David buscaba los correos en su ordenador, Elena aprovechó para examinar mejor la oficina. Había algo que no encajaba con la imagen del constructor corrupto que había esperado encontrar. Todo era demasiado modesto, demasiado funcional, demasiado real.

En una de las paredes había un pequeño corcho con notas, tarjetas de visita y una foto que le llamó la atención. Era antigua, descolorida, y mostraba a dos hombres junto a una hormigonera vieja. Uno era claramente David, más joven, quizá de veintipocos años. El otro era un hombre mayor, con la misma complexión y los mismos ojos oscuros, pero con el pelo completamente blanco.

—¿Su padre?

David levantó la vista del ordenador.

—Sí. Esa foto es de mi primer día trabajando con él, cuando tenía veintidós años. La hormigonera era una reliquia, pero funcionaba mejor que muchas nuevas.

—¿También era constructor?

—Toda su vida. Empezó como peón y terminó con su propia empresa. Pequeña, pero suya. —Hizo una pausa—. Murió hace dos años. Yo heredé esto.

Elena miró la foto de nuevo. El padre de David sonreía, con una mano apoyada en el hombro de su hijo. Había orgullo en ese gesto.

—Mi padre era albañil —dijo ella, sin saber muy bien por qué.

David la miró con renovado interés.

—¿En serio?

—Treinta años con la paleta en la mano. Me enseñó más sobre construcción que toda mi carrera de ingeniería.

—Los padres son así. Te enseñan cosas que no vienen en los libros. Elena asintió, sin añadir nada más. No solía hablar de su padre con desconocidos. Pero algo en este lugar, en este hombre, la había hecho bajar la guardia un momento.

Se arrepintió inmediatamente. No estaba aquí para hacer amigos. Estaba aquí para investigar.

—¿Ha encontrado los correos?

—Sí. Le imprimo una copia.

La impresora del rincón cobró vida con un zumbido quejumbroso. Mientras las hojas salían una a una, David se levantó.

—¿Quiere un café? Tengo una cafetera básica, pero el café es decente.

Elena dudó. Aceptar café era cruzar una línea invisible, pasar de interrogatorio a conversación. Pero también necesitaba un momento para procesar todo lo que había descubierto.

—Vale. Solo, sin azúcar.

—Como el mío.

David desapareció por una puerta lateral que daba a una cocina diminuta. Elena oyó el ruido del agua, el clic de la cafetera y el tintineo de las tazas.

Aprovechó para seguir mirando las fotos de la pared. Una le llamó especialmente la atención. No era de una obra, sino de un grupo de personas sentadas alrededor de una mesa larga, al aire libre. Parecía una comida de empresa, quizá una celebración. David estaba en el centro, rodeado de hombres y mujeres con ropa de trabajo, todos sonriendo.

En la parte inferior de la foto, alguien había escrito a mano: "Equipo Herrera - Masía Can Roca - 2019".

David volvió con dos tazas humeantes y le tendió una a Elena.

—Esa fue una buena época —dijo, siguiendo su mirada—. La rehabilitación de Can Roca. Dos años de trabajo, pero el resultado valió la pena.

—Parece que tiene un buen equipo.

—El mejor. La mayoría llevan conmigo desde que empecé. Son como familia.

Elena bebió un sorbo de café. Estaba caliente y fuerte, sin florituras. Le gustó.

—¿Por qué proyectos pequeños? —preguntó—. Con su experiencia, podría optar a cosas más grandes.

David se apoyó contra la mesa, sosteniendo su taza con ambas manos.

—Porque en los proyectos pequeños puedo controlar cada detalle. Sé qué materiales entran, quién los coloca, cómo se hacen las cosas. En los proyectos grandes tienes que delegar, subcontratar, confiar en gente que no conoces. —Hizo una pausa—. Ya vio cómo me fue la única vez que lo hice.

—Poeta Querol.

—Poeta Querol. Me gustó cómo quedó el edificio, pero no me gustó no tener el control. Después de eso, me juré que nunca más trabajaría con nadie en quien no confiara completamente. Aunque eso significara ganar menos dinero.

—Es una decisión costosa.

—Pero me permite dormir por las noches. O me permitía, hasta ayer.

Elena terminó su café en silencio. Había algo en la forma en que David hablaba que la desconcertaba. No era la defensa agresiva del culpable ni las excusas elaboradas del mentiroso. Era algo más simple, más directo.

Sonaba a verdad.

Y eso la preocupaba, porque hacía su trabajo mucho más complicado.

* * *

Una hora después, Elena tenía copias de todo: facturas, contratos, correos y especificaciones técnicas. David la acompañó hasta la puerta, cargando con una caja de cartón llena de documentos.

—¿Necesita ayuda para bajar esto?

—Puedo sola. Gracias.

Se detuvieron en el rellano. El sol de la tarde entraba por una ventana sucia, dibujando sombras alargadas en las escaleras.

—Señora Martínez.

—¿Sí?

—¿Cree que podremos demostrar lo que hizo Vega?

Elena sopesó la pregunta antes de responder.

—Todavía es pronto para saberlo. Pero las empresas fantasma son un buen comienzo. Si AURECA está conectada con otras...

—Lo está —dijo David—. Tiene que estarlo. Vega no hace nada a pequeña escala.

Elena asintió y empezó a bajar las escaleras. A mitad de camino, se detuvo y se giró.

—David.

La palabra salió antes de que pudiera pensarla. Él se detuvo en el rellano, sorprendido. Era la primera vez que usaba su nombre de pila, y ambos lo sabían. El silencio duró un segundo más de lo normal.

—¿Sí?

—¿Por qué me enseña todo esto? Podría haber destruido los documentos. Podría haberme dicho que no tenía nada. Nadie lo sabría.

David se quedó en silencio un momento, mirándola desde arriba.

—Porque mi padre me enseñó que la verdad siempre sale a la luz. Y que es mejor estar del lado correcto cuando eso pase.

Elena no respondió. Se dio la vuelta y siguió bajando, con la caja de documentos apretada contra el pecho.

* * *

En su coche, con las puertas cerradas y el motor apagado, Elena sacó su móvil y verificó las otras dos empresas sospechosas.

Tal como sospechaba: MEDISAL y Áridos Valencia Sur seguían el mismo patrón que AURECA. Constituidas meses antes de la obra, disueltas meses después. La misma dirección fiscal. Periodista Azzati, 15. El edificio de Vega y Asociados.

Tres empresas fantasma de tres.

Por instinto, buscó otras empresas registradas en esa misma dirección. Los resultados tardaron en cargar.

CONSTRUCTA LEVANTE SL. Constituida en septiembre de 2017, disuelta en agosto de 2018. Materiales de construcción.

Una cuarta. Una que no estaba en las facturas de David.

Elena se quedó mirando la pantalla, con el pulso acelerado. Esto no era un error de un subcontratista descuidado. No era un caso aislado de materiales defectuosos.

Esto era un sistema.

Un sistema diseñado para robar, para engañar, para construir sobre cimientos podridos mientras alguien se embolsaba la diferencia.

Y si había funcionado una vez, había funcionado más veces.

La pregunta era: ¿cuántos edificios más estaban afectados?

Elena arrancó el coche y se incorporó al tráfico de Ruzafa. Tenía mucho trabajo por delante.

Y la sensación, cada vez más fuerte, de que acababa de levantar la tapa de algo mucho más grande y más peligroso de lo que había imaginado.

CAPÍTULO 4: EL TESTIMONIO

El bar El Rincón no aparecía en ninguna guía turística de Valencia. Era el tipo de local que solo conocían los vecinos del barrio y los que buscaban un lugar donde nadie hiciera preguntas, fachada estrecha y puerta de madera oscurecida por el tiempo. Elena lo encontró en la calle Sagunto, entre una ferretería cerrada y un portal con buzones oxidados.

Empujó la puerta y entró.

El interior era exactamente lo que había esperado: barra de zinc, mesas de fórmica y paredes amarillentas por décadas de humo. Olía a fritanga, a cerveza derramada, a conversaciones que no querían ser escuchadas. Había media docena de personas repartidas por el local, todos hombres, todos con la mirada fija en sus vasos o en el televisor que emitía un partido de fútbol con el volumen bajo.

Nadie la miró cuando entró. En sitios como este, no mirar era una forma de cortesía.

Elena eligió una mesa al fondo, desde donde podía ver la puerta. Pidió un café con leche que no pensaba beberse y esperó.

* * *

La llamada a Manuel Ortega había sido esa mañana, desde su oficina en Mediterráneo Seguros.

Había pasado la noche anterior investigando tres de las cuatro empresas fantasma. AURECA, MEDISAL y CONSTRUCTA LEVANTE. Tres nombres vacíos que aparecían y desaparecían de los registros mercantiles como fantasmas. Detrás de cada uno, la misma dirección: calle Periodista Azzati, 15. La sede de Vega y Asociados.

A las nueve de la mañana, con dos cafés en el cuerpo y los ojos irritados por la falta de sueño, marcó el número que David le había dado.

Tres tonos. Cuatro. Cinco.

—¿Diga? —Una voz cautelosa, casi un susurro.

—¿Manuel Ortega?

Silencio.

—¿Quién pregunta?

—Me llamo Elena Martínez. Soy auditora de seguros. Estoy investigando el derrumbe del edificio de la calle Poeta Querol.

Otro silencio. Más largo.

—No sé de qué me habla.

—David Herrera me dio su número. Dijo que usted trabajó en la cimentación de ese edificio.

Al mencionar el nombre de David, algo cambió en la respiración al otro lado de la línea. Elena lo notó: una exhalación lenta, como si Manuel hubiera estado conteniendo el aire.

—¿David está bien?

—Sí. Está colaborando con la investigación. Y me dijo que usted podría ayudarnos a entender qué pasó.

—Yo no sé nada.

—Señor Ortega, doce personas siguen bajo los escombros de ese edificio. Familias enteras. Si usted sabe algo que pueda explicar por qué se derrumbó...

—No por teléfono. —La voz de Manuel bajó aún más—. ¿Conoce el bar El Rincón, en la calle Sagunto?

—Puedo encontrarlo.

—A las seis de la tarde. Venga sola. Y no le diga a nadie que va a reunirse conmigo.

Colgó antes de que Elena pudiera responder.

* * *

El café con leche se estaba enfriando cuando la puerta del bar se abrió y entró David.

Elena frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí?

—Manuel me llamó después de hablar contigo. —David se sentó frente a ella—. Quería asegurarse de que eras de fiar.

—¿Y tú le dijiste que sí?

—Le dije que eras la persona más terca y honesta que había conocido en mucho tiempo.

Elena no supo si era un cumplido o una queja. Decidió no preguntar.

—Me dijo que viniera sola.

—Manuel me conoce desde hace quince años. Conmigo hablará más.

—David hizo una seña al camarero y pidió una cerveza—. Además, yo también estoy metido en esto y... conozco a Vega.

—Puedo cuidarme sola.

—No lo dudo. Pero esto no es solo tu investigación. Es mi nombre el que está en esos planos.

Elena iba a responder cuando la puerta del bar se abrió de nuevo.

Manuel Ortega entró como alguien que no quiere ser visto.

Tenía unos cincuenta y cinco años, aunque parecía mayor. Delgado, con los hombros ligeramente encorvados y las manos curtidas de quien ha trabajado con ellas toda su vida. Llevaba un chándal azul marino, zapatillas deportivas y una gorra del Valencia CF desgastada por el uso, que se quitó al entrar dejando ver un pelo canoso y escaso.

Sus ojos recorrieron el local antes de posarse en la mesa del fondo. Cuando vio a David, algo se relajó en su expresión. Cuando vio a Elena, volvió a tensarse.

Caminó hacia ellos con pasos cortos, mirando a los lados como si esperara que alguien lo siguiera. Se sentó en la silla que quedaba de espaldas a la puerta, un error de principiante que Elena notó, pero no comentó.

—David. —Le tendió la mano, que el otro estrechó con afecto.

—Manuel. Gracias por venir.

—No me las des todavía. —Manuel miró a Elena—. ¿Es ella?

—Elena Martínez. Auditora de seguros.

—Ya. —Manuel hizo una seña al camarero y pidió una cerveza. No dijo nada más hasta que se la trajeron. Bebió un trago largo, se limpió la boca con el dorso de la mano, y finalmente habló—. Siento mucho lo que ha pasado, David. De verdad que lo siento.

—Lo sé.

—Yo vi las noticias y... —Manuel negó con la cabeza—. Esas familias. Esos niños. No he podido dormir desde entonces.

Elena dejó que el silencio se extendiera. A veces, la mejor forma de conseguir que alguien hable es no decir nada.

Funcionó.

—Supongo que quieren saber qué pasó en esa obra —dijo Manuel, mirando su cerveza.

—Queremos saber la verdad —respondió Elena—. Nada más. Manuel soltó una risa amarga.

—La verdad. —Bebió otro trago—. La verdad es que yo sabía que algo estaba mal. Lo supe desde el principio. Pero tenía familia que alimentar, ¿sabe? Mi hija mayor estaba en la universidad, y los dos pequeños todavía vivían en casa. Una mujer, una hipoteca, la matrícula... No podía permitirme perder el trabajo.

La puerta del bar se abrió. Manuel se calló de golpe, girándose en la silla. Era solo un hombre mayor que entró arrastrando los pies y se sentó en la barra, pidiendo un vino.

Manuel tardó varios segundos en volver a hablar.

—El señor Vega... —Bajó la voz hasta convertirla casi en un susurro—. El señor Vega nos dijo desde el principio cómo iban a ser las cosas. David había especificado unos materiales, pero nosotros íbamos a usar otros.

—¿Qué materiales exactamente? —preguntó Elena.

—El cemento, para empezar. David pidió CEM I 42,5 R. Cemento Portland de alta resistencia. Es el que se usa para estructuras importantes. Pero Vega nos trajo CEM II 32,5 R. Más barato, menos resistente.

—¿Y usted qué hizo?

—¿Qué podía hacer? —Manuel la miró con ojos cansados—. Se lo dije al señor Vega. Le dije que ese cemento no era el adecuado para esa estructura. ¿Sabe qué me contestó?

Elena negó con la cabeza.

—Que él llevaba treinta años en esto y sabía lo que hacía. Que los ingenieros especificaban una cosa, pero que en la práctica se podía ajustar. Que nadie notaría la diferencia.

Manuel se calló para beber otro trago de cerveza. En la barra, el hombre mayor pidió un segundo vino. En el televisor, el partido seguía su curso y alguien protestó por una falta que el árbitro no pitó.

—¿Solo fue el cemento? —preguntó Elena.

Manuel negó con la cabeza.

—Los áridos también. La grava y la arena que se mezclan con el cemento para hacer el hormigón. David había especificado material de primera calidad, áridos limpios, bien calibrados. Lo que nos llegó era porquería. Demasiado polvo, piedras demasiado pequeñas, sucio de barro. Ese tipo de árido debilita el hormigón.

David apretó los puños sobre la mesa. Elena lo notó, pero no dijo nada.

—¿Algo más?

Manuel vaciló. Miró hacia la puerta, luego hacia la barra donde el hombre mayor bebía su vino sin prestar atención a nada.

—El hierro —dijo finalmente—. Las barras de las armaduras. David especificó barras de doce milímetros para las vigas principales. Vega nos dio barras de diez.

—Dos milímetros de diferencia —murmuró Elena.

—Parece poco, ¿verdad? —Manuel sacudió la cabeza—. Pero en la resistencia estructural es una diferencia enorme. Dos milímetros menos de diámetro significan mucha menos capacidad de carga. Y cuando juntas cemento malo, áridos malos y hierro insuficiente...

No terminó la frase. No hacía falta.

El silencio se extendió durante varios segundos. En el televisor, alguien marcó un gol y hubo un murmullo de reacción en la barra, pero nadie en la mesa del fondo lo notó.

—¿David sabía algo de esto? —preguntó Elena.

Manuel miró a David antes de responder.

—No. Vega me dijo específicamente que no le dijera nada. Que él se encargaría de explicárselo cuando fuera necesario. —Hizo una pausa—. Nunca se lo explicó.

David cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, había algo roto en su mirada.

—¿Por qué no me dijiste nada, Manuel? Trabajamos juntos. Me conocías.

—Porque tenía miedo, David. —La voz de Manuel se quebró ligeramente—. Vega no es el tipo de hombre al que le dices que no. Tiene... amigos. Gente que hace cosas cuando él lo pide.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Elena.

Manuel bebió lo que quedaba de su cerveza de un trago. Sus manos temblaban ligeramente.

—Conozco a un tipo que trabajó para Vega hace años. Se llama Paco, Paco Giménez. Un día empezó a hacer preguntas sobre unos pagos que no cuadraban. Nada grave, solo curiosidad. A la semana siguiente, le robaron el coche. Al mes siguiente, su mujer perdió el trabajo. Nadie pudo demostrar que Vega tuviera nada que ver, pero...

—Pero todo el mundo entendió el mensaje —completó Elena.

—Exacto. —Manuel asintió—. Hay gente que ha tenido accidentes. Gente que ha dejado de hacer preguntas de repente. Yo tenía dos hijos pequeños, señora. No podía arriesgarme.

Elena procesó la información en silencio. Intimidación sistemática. No era solo fraude de materiales. Era una organización.

—Manuel —dijo, inclinándose hacia adelante—, ¿cuántos edificios más construyó Vega con los mismos métodos?

El hombre palideció.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque si lo hizo una vez, lo hizo más veces.

Manuel miró a David, como pidiendo permiso. David asintió lentamente.

—No sé el número exacto —dijo Manuel—. Pero en los últimos cinco años, he trabajado en seis u ocho proyectos donde se hizo lo mismo. Cambiar materiales, reducir costes y ajustar especificaciones sin que el constructor principal lo supiera.

Elena sintió que el estómago se le encogía.

—¿Seis u ocho edificios?

—Al menos. Y esos son solo los que yo conozco. Vega tiene varios equipos trabajando. Puede que haya más.

—¿Podría darme los nombres de esos proyectos? ¿Las direcciones?

Manuel se echó hacia atrás en la silla, como si la pregunta lo hubiera empujado físicamente.

—No lo sé. Tendría que revisar mis notas. Pero... —Miró hacia la puerta de nuevo—. Si Vega se entera de que estoy hablando con ustedes...

—Protegeremos su identidad —dijo Elena—. Nadie sabrá que nos ayudó.

—¿Puede garantizarme eso?

Elena dudó. Era una promesa difícil de hacer.

—Puedo prometerle que haremos todo lo posible.

Manuel se quedó en silencio durante un momento largo. Luego miró a David.

—¿Tú confías en ella?

—Sí —respondió David sin dudar—. Confío en ella.

Algo cambió en la expresión de Manuel. No era alivio exactamente. Era más bien la resignación de quien ha tomado una decisión y sabe que no hay vuelta atrás.

—Está bien. Les haré una lista de los proyectos que recuerde. Pero necesito unos días para revisar mis cosas sin levantar sospechas.

—¿Cuántos días?

—Hasta el jueves. Y necesito que me prometan una cosa.

—¿Qué? —preguntó Elena.

—Que, si algo me pasa, seguirán adelante. Que no dejarán que Vega se salga con la suya.

Elena asintió.

—Se lo prometo.

Manuel se levantó, dejando unos euros sobre la mesa para pagar su cerveza.

—Una cosa más —dijo, poniéndose la gorra—. Cuide de David. Es un buen hombre. Demasiado bueno para este negocio.

Se fue sin despedirse, caminando hacia la puerta con la cabeza baja. Elena lo observó salir y desaparecer en la calle.

* * *

Se quedaron solos en la mesa del fondo. El partido de fútbol había terminado y alguien había puesto música, una copla antigua que sonaba demasiado alta para el tamaño del local.

David no había dicho nada en varios minutos. Tenía la mirada fija en el vaso de cerveza que apenas había tocado.

—¿Estás bien? —preguntó Elena.

—No. —David levantó la vista—. Acabo de enterarme de que un hombre al que conozco desde hace quince años me mintió durante meses. Que puso en peligro a familias enteras por miedo a perder su trabajo. Que yo...

Se pasó la mano por la cara.

—Ese era mi edificio, Elena.

Era la primera vez que usaba su nombre. Ella lo notó, pero no dijo nada.

—Mi nombre en los planos. Mi responsabilidad. —Negó con la cabeza—. Confié en gente que me estaba engañando.

—No podías saberlo.

—Debería haber estado más atento. Debería haber supervisado más, preguntado más, desconfiado más.

—David, no podías controlarlo todo, además en eso consiste delegar y subcontratar.

Él la miró. Había algo en sus ojos que Elena no había visto antes. Vulnerabilidad. El tipo de vulnerabilidad que solo muestran las personas que han dejado de fingir que están bien.

—¿Cómo lo haces? —preguntó él.

—¿El qué?

—Investigar cosas así. Ver lo peor de la gente día tras día. ¿No te afecta?

Elena pensó en el peluche azul entre los escombros. En la mujer gritando el nombre de Gonzalo. En las catorce familias que se fueron a dormir creyendo que sus casas eran seguras.

—Me afecta —dijo—. Pero si me detengo, ganan ellos.

David asintió lentamente, como si la respuesta le hubiera dado algo en lo que apoyarse.

—Entonces no nos detenemos.

—No nos detenemos.

Se miraron durante un momento. No había nada romántico en esa mirada, no todavía. Pero había algo nuevo. Un reconocimiento. Dos personas que habían dejado de ser desconocidos.

Elena se levantó y dejó dinero sobre la mesa.

—Vamos. Se está haciendo tarde.

Se abrieron paso entre las mesas hacia la puerta. El aire de la calle los recibió con un frescor que Elena agradeció después del ambiente cargado del bar. El sol de la tarde todavía calentaba las aceras de Valencia y el ruido del tráfico se mezclaba con las voces de la gente que salía de trabajar y los vecinos que paseaban buscando un sitio donde tomar algo.

Elena y David caminaron en silencio hacia donde habían aparcado. Ella iba medio paso por delante, con la mente todavía procesando todo lo que Manuel les había contado. Seis u ocho edificios. Quizá más. Cientos de familias viviendo en estructuras que podían colapsar en cualquier momento.

Tenían que actuar rápido.

Fue entonces cuando lo vio.

Un Seat León gris aparcado al otro lado de la calle. Matrícula de Valencia. Con alguien dentro.

Elena aminoró el paso sin detenerse del todo. Miró de reojo, intentando no ser obvia. A través del parabrisas, vio el brillo de un cigarrillo encendiéndose. Una cara iluminada brevemente por la llama. Hombre, mediana edad, mirando hacia ellos.

—David —dijo en voz baja—. No te gires.

—¿Qué pasa?

—El coche gris de enfrente. ¿Estaba ahí cuando llegaste?

David tardó un segundo en responder.

—No lo sé. No me fijé.

Elena siguió caminando, resistiendo la urgencia de mirar hacia atrás. Probablemente no era nada. Un tipo esperando a alguien, fumando para matar el tiempo. Valencia estaba llena de coches aparcados con gente dentro.

Pero no podía quitarse la sensación de encima.

Llegaron a su coche, el Honda Civic que llevaba demasiados kilómetros y necesitaba un cambio de aceite. Elena sacó las llaves y desbloqueó las puertas.

—¿Mañana? —preguntó David.

—Mañana. Te llamo cuando tenga algo.

David asintió y se alejó hacia su furgoneta, aparcada unas calles más allá. Elena lo observó hasta que dobló la esquina. Luego, antes de entrar en el coche, miró una última vez hacia el Seat León gris.

Seguía ahí. El cigarrillo se había apagado. Pero la silueta tras el parabrisas no se había movido.

Elena entró en el coche, arrancó y se incorporó al tráfico.

Probablemente no era nada, se dijo.

Pero mientras conducía hacia casa, mirando el retrovisor más veces de las necesarias, no podía quitarse de encima una sensación nueva. Algo que no había sentido desde que empezó esta investigación.

Miedo.

CAPÍTULO 5: PRESIONES

Llamaron a la puerta a las siete y media de la mañana.

David estaba en la cocina, preparando café mientras Amparo cortaba fruta para el desayuno. El timbre sonó dos veces, corto y seco, el tipo de llamada que no espera respuesta, sino que la exige.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Amparo, dejando el cuchillo sobre la tabla.

—No.

David se secó las manos en un paño y caminó hacia la entrada. A través de la mirilla vio a dos hombres. Trajes oscuros, corbatas discretas, expresiones neutras. No parecían vendedores ni de ninguna religión.

Abrió la puerta sin quitar la cadena.

—¿Sí?

—¿David Herrera? —El que habló era el más alto de los dos. Pelo canoso peinado hacia atrás, mandíbula cuadrada, un anillo de oro grueso en el dedo índice que brillaba cuando movía la mano.

—¿Quién pregunta?

—Representamos a ciertos intereses que preferirían que el asunto del edificio de Poeta Querol se resolviera de forma... discreta.

David sintió un frío repentino en el estómago.

—No sé de qué me hablan.

—Creo que sí lo sabe, señor Herrera. —El segundo hombre habló por primera vez. Era más bajo, más ancho, con una cicatriz fina que le cruzaba la mejilla izquierda desde el pómulos hasta la comisura del labio—. Sabemos que ha estado hablando con la auditora de seguros. Sabemos que ayer se reunieron con un antiguo empleado de ciertas empresas.

Manuel. Sabían lo de Manuel.

—No tengo nada que decirles.

—No le pedimos que diga nada. —El del anillo sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos—. Solo que escuche. Hay personas muy importantes que quieren que este asunto se cierre rápidamente. Un fallo estructural, una negligencia y una indemnización. Fin de la historia.

—Doce personas murieron en ese edificio.

—Una tragedia. —El hombre asintió con fingida solemnidad—. Pero las tragedias ocurren. Y remover el pasado no las deshace. Solo crea más... problemas.

David apretó el marco de la puerta.

—¿Me están amenazando?

—En absoluto. —El de la cicatriz dio un paso adelante, lo suficiente para que David pudiera oler su colonia, cara y empalagosa—. Solo le transmitimos una preocupación. Su madre, Amparo, va al mercado de Ruzafa cada mañana sobre las nueve, ¿verdad? Y su hermana trabaja en el hospital La Fe, turno de tarde.

El frío del estómago se convirtió en hielo.

—Si le tocan un pelo a mi familia...

—Nadie va a tocar a nadie, señor Herrera. Mientras todos seamos razonables. —El del anillo volvió a sonreír—. Piénselo. Tiene una buena empresa, una madre que cuidar, una vida tranquila. ¿De verdad quiere arriesgar todo eso por un edificio que ya no existe?

Se dieron la vuelta y caminaron hacia un coche negro aparcado en la acera de enfrente. Un BMW Serie 5, cristales tintados, matrícula de Madrid.

David cerró la puerta y se apoyó contra ella, respirando hondo.

—¿Quiénes eran?

Se giró. Amparo estaba en el pasillo, con el cuchillo de la fruta todavía en la mano.

—Nadie, mamá. Vendedores.

—David. —Su voz era firme—. Llevo sesenta y ocho años en este mundo. Sé distinguir a un vendedor de un matón.

Él no respondió.

—Los he visto desde el balcón —continuó Amparo—. Iba a sacar la ropa para tender cuando han llegado. Uno llevaba un anillo de esos que usan los que se creen importantes. El otro tenía una cicatriz en la cara. No eran vendedores.

David suspiró. No tenía sentido mentirle.

—Tienen que ver con el caso del edificio. Quieren que deje de investigar.

—¿Y vas a hacerlo?

—No lo sé.

Amparo dejó el cuchillo sobre la mesita del recibidor y se acercó a su hijo.

—Tu padre pasó toda su vida construyendo cosas. Casas, edificios, reputación. Nunca se dobló ante nadie, ni siquiera cuando le costó contratos. ¿Sabes qué me dijo una vez?

—¿Qué?

—Que un hombre que vende su conciencia ya no es dueño de nada. Ni siquiera de sí mismo.

David miró a su madre. Había fuego en sus ojos, el mismo fuego que recordaba de su infancia.

—Mamá, han mencionado tu nombre. Y el de Laura.

—Ya lo he oído. —Amparo se encogió de hombros—. ¿Que voy a Ruzafa cada mañana? Pues claro que voy. Llevo quince años desayunando con Paquita y Merche en el bar de la plaza. Todo el barrio lo sabe. A mi edad, el paseo me viene bien, y de paso me asomo a ver si mi hijo está en la oficina. —Chasqueó la lengua—. Y lo de Laura... Hoy en día los jóvenes lo publicáis todo en las redes sociales. Seguro que han buscado su nombre y en dos minutos sabían dónde trabaja. No es tan difícil. —Volvió a encogerse de hombros—. No voy a dejar de vivir mi vida porque dos matones con traje sepan mis horarios. Puedo cuidarme sola. Y tu hermana también. Lo que no puedo hacer es mirarte a la cara si dejas que esos hombres te asusten.

Se dio la vuelta y volvió a la cocina.

—El café se enfría —dijo por encima del hombro—. Y tienes que llamar a esa chica. La auditora. Tiene que saber lo que ha pasado.

* * *

Elena no había dormido más de tres horas.

Después de ver el Seat León gris frente al bar, había conducido hasta su apartamento en Malvarrosa mirando el retrovisor cada treinta segundos. Aparcó en su plaza de garaje, subió las escaleras en lugar de coger el ascensor, y revisó cada habitación antes de sentirse lo bastante segura como para quitarse los zapatos.

Segura. Como si esa palabra significara algo ya.

Se había sentado en el sofá con las notas del caso esparcidas sobre la mesa, intentando encontrar patrones, conexiones, algo que se le hubiera escapado. Pero las letras se emborronaban y los párpados le pesaban como si fueran de plomo.

Al final se quedó dormida vestida, con la luz del salón encendida y el móvil en la mano.

El despertador sonó a las seis y media. Elena se levantó con dolor de cuello, se duchó con agua fría para despejarse, y buscó algo de comer en la nevera. Encontró poca cosa, ya que el domingo no había podido ir como hacía de normal a hacer la compra. Había sido un domingo... dejó de pensar en el domingo, o al menos lo intentó.

Desayunó un café solo en el bar de la esquina y llegó a la oficina antes de las ocho.

Carlos la estaba esperando.

—Elena. A mi despacho.

No era una invitación. Era una orden.

El despacho de Carlos Mendoza estaba en la esquina del edificio, con vistas al puerto que él nunca miraba. Era un hombre de cincuenta y pocos años, calvo, con gafas de montura fina que se quitaba constantemente para limpiarlas cuando estaba nervioso. Elena le había visto hacer ese gesto cientos de veces. Hoy las limpió tres veces en cinco minutos.

—Siéntate.

Elena obedeció.

—¿Qué tal va el caso de Poeta Querol?

—Avanzando. He encontrado irregularidades serias en los materiales de construcción. Hay indicios de que la subcontrata de cimentación, Vega y Asociados, sustituyó los materiales especificados por otros de menor calidad.

Carlos asintió lentamente, como si ya supiera todo eso.

—¿Tienes pruebas?

—Tengo documentación. Facturas, testimonios y empresas fantasma vinculadas. Estoy esperando más información.

—¿De quién?

Elena dudó.

—De fuentes confidenciales.

Carlos se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo, por cuarta vez.

—Elena, he recibido llamadas.

—¿Qué tipo de llamadas?

—Del tipo que viene de arriba. Muy arriba. —Volvió a ponerse las gafas—. Me han sugerido que el caso está claro. Fallo estructural por defectos de construcción. Negligencia del constructor original. Tramitación normal de la indemnización. Fin del asunto.

—Eso es mentira.

—Es la versión oficial.

—Carlos, David Herrera no es responsable de lo que pasó. Alguien cambió los materiales sin que él lo supiera. Hay un sistema de fraude que...

—Elena. —Carlos levantó una mano—. No me cuentes más. Cuanto menos sepa, mejor.

—¿Mejor para quién?

—Para ti. Para mí. Para todos. —Se inclinó hacia adelante—. Mira, yo sé que eres buena en lo que haces. La mejor investigadora que tengo. Pero esto no es un caso normal. Hay gente poderosa involucrada, gente que no quiere que se hagan preguntas.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que firme un informe falso?

—Quiero que seas prudente. Que pienses en tu carrera, en tu futuro.

—Mi trabajo es encontrar la verdad, Carlos. No taparla.

Carlos suspiró y se recostó en su silla.

—No puedo obligarte a cerrar el caso. Todavía no. Pero tampoco puedo protegerte si sigues cavando. ¿Entiendes lo que te digo?

Elena se levantó.

—Lo entiendo perfectamente.

Salió del despacho sin mirar atrás.

* * *

Llamó a David desde el coche, aparcada en el garaje de la oficina donde nadie podía oírla.

—David, soy Elena. ¿Puedes hablar?

—Sí. Iba a llamarte.

—¿Ha pasado algo?

—Han venido dos hombres esta mañana. A mi casa.

Elena sintió que el estómago se le encogía.

—¿Qué querían?

—Que deje de investigar. Han mencionado a mi madre y a mi hermana. Saben dónde trabaja, a qué hora sale. —La voz de David sonaba tensa, controlada—. No han amenazado directamente, pero el mensaje estaba claro.

—A mí me han presionado desde el trabajo. Mi jefe quiere que cierre el caso.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Qué hacemos? —preguntó David.

—Tenemos que hablar. En persona, no por teléfono.

—Ven a cenar esta noche. Mi madre insiste.

—¿Tu madre?

—Ella los vio. Desde el balcón. Dice que quiere conocer a la mujer que me ha metido en este lío.

A pesar de todo, Elena sonrió.

—¿A las ocho?

—A las ocho.

Colgó y se quedó un momento en el coche, con las manos en el volante. Afuera, el garaje estaba en silencio. Hormigón gris, tubos de neón, coches aparcados en fila.

Miró por el retrovisor. Nadie.

Pero la sensación de ser observada no desaparecía.

* * *

Amparo cocinaba como si esperara a un regimiento.

Cuando Elena llegó a las ocho en punto, la mesa del comedor ya estaba puesta con mantel de hilo, servilletas de tela y una fuente de arroz al horno que olía a gloria. Había también ensalada, pan recién cortado y una botella de vino tinto que Amparo descorchó sin preguntar.

—Pasa, pasa. No te quedes en la puerta.

Elena entró, sintiéndose extrañamente fuera de lugar. El piso era un segundo en uno de esos edificios de la Alameda con ascensor de rejilla metálica y cabina de madera, de los que ya casi no quedan. Techos altos, baldosas hidráulicas en el recibidor y balcones de hierro forjado que daban a la calle. Lleno de fotos familiares y muebles que parecían tener historia. Muy diferente de su piso vacío en Malvarrosa.

—No tenía que molestarse, señora Amparo.

—Amparo, tutéame que no soy tan mayor. Y no es molestia. Con todo este jaleo, seguro que no comes como es debido.

Elena miró a David, que se encogió de hombros desde el umbral de la cocina.

—Qué te voy a decir. Es mi madre.

—Siéntate —ordenó Amparo, señalando una silla—. Estás en los huesos. ¿Es que tu madre no te enseñó a cuidarte?

—Mi madre vive en Xàtiva. No la veo tanto como debería.

—Ya. Eso mismo decía David de su padre, hasta que ya no pudo decírselo más.

El comentario no era un reproche. Era una observación, simple y directa, del tipo que solo pueden hacer las personas que han vivido lo suficiente como para no perder tiempo con rodeos.

Cenaron hablando de todo menos del caso. Amparo preguntó por el trabajo de Elena, por su familia, por cómo había acabado investigando siniestros. Elena se encontró contando cosas que no había contado en años: su padre albañil, los veranos ayudándolo en las obras y la decisión de estudiar ingeniería.

—Por eso sabes tanto de construcción —dijo Amparo, asintiendo—. Se te nota cuando hablas. No eres de las que repiten lo que leen en un libro.

—Mi padre decía que los edificios hablan, si sabes escucharlos.

—Tu padre suena como el mío —intervino David—. Decía que podía oír cuando una viga estaba mal puesta.

—Los hombres de antes sabían cosas que ahora se han olvidado —dijo Amparo, sirviendo más vino—. Ahora todo son ordenadores y certificados. Pero al final, un muro mal hecho sigue siendo un muro mal hecho, lo firme quien lo firme.

Después de cenar, Amparo recogió los platos rechazando toda ayuda.

—Vosotros tenéis que hablar. Id al salón. Yo friego esto y me voy a la cama.

—Mamá...

—Tengo sesenta y ocho años, David. Sé cuándo sobro.

Les guiñó un ojo a ambos y desapareció en la cocina. Elena oyó el ruido del agua corriendo y el tintineo de los platos.

Se sentaron en el sofá, cada uno en un extremo, con la distancia justa entre ellos.

—Tu madre es increíble —dijo Elena.

—Lo sé. A veces demasiado. —David sonrió, pero la sonrisa se desvaneció rápido—. Elena, lo de esta mañana...

—Cuéntamelo todo.

David lo hizo. Los dos hombres, el del anillo y el de la cicatriz. Las menciones a Amparo y a su hermana Laura. El BMW negro con matrícula de Madrid. La sugerencia de que todo se resolvería "discretamente" si dejaba de hacer preguntas.

—No eran de aquí —dijo David—. Hablaban con acento de Madrid, o del norte. Profesionales.

—Vega tiene contactos en todas partes. Manuel nos lo advirtió.

—¿Y tú? ¿Qué te dijo tu jefe?

Elena le contó la conversación con Carlos. La presión de arriba, la sugerencia de cerrar el caso y la advertencia velada sobre su futuro.

—Están atacando desde todos los frentes —dijo David—. A ti en el trabajo y a mí con la familia.

—Quieren asustarnos.

—¿Y lo han conseguido?

Elena lo pensó un momento antes de responder.

—Sí. Estoy asustada. —Lo miró a los ojos—. Pero no lo suficiente como para parar.

—¿Por qué?

—Porque si paro, ganan ellos. Y habrá más edificios como el de Poeta Querol. Más familias enterradas bajo escombros. —Hizo una pausa—. No puedo vivir con eso.

David asintió lentamente.

—Yo tampoco.

Se quedaron en silencio un momento. Desde la cocina llegaba el sonido de Amparo tarareando algo, una canción antigua que Elena no reconoció.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó David.

—Seguimos. Pero con más cuidado. Nada de teléfonos para cosas importantes. Documentos en la nube, copias en sitios diferentes. Y si las cosas se ponen feas de verdad... —Vaciló—. Quizá deberíamos sacar a tu madre de Valencia unos días.

—Ya lo he pensado. Mi tía vive en Gandía. Pero convencer a Amparo de que se vaya...

—Lo entiendo.

David se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Elena, ¿por qué haces esto? No es tu edificio, no es tu familia la que está en peligro. Podrías haber cerrado el caso hace días y seguir con tu vida.

Era la misma pregunta que él le había hecho en el bar. Pero esta vez sonaba diferente. Más personal.

—Porque es lo correcto —respondió ella—. Y porque... —Se detuvo, buscando las palabras—. Porque hace mucho tiempo que no sentía que mi trabajo importaba de verdad. Esto importa.

David la miró durante un momento largo. Había algo en sus ojos que Elena no supo interpretar. Gratitud, quizá. O algo más.

—Gracias.

—No me las des todavía. Esto no ha hecho más que empezar.

* * *

Elena salió del edificio poco después de las once.

La calle estaba tranquila. Farolas proyectando círculos de luz, coches aparcados en fila y el murmullo lejano del tráfico. Caminó hacia su Honda Civic, que había dejado a unos veinte metros del portal.

Lo vio cuando estaba a mitad de camino.

Algo blanco en el parabrisas, bajo el limpiaparabrisas. Un papel.

Se detuvo en seco.

Miró a su alrededor. La calle estaba vacía. Ventanas oscuras, portales cerrados, ningún movimiento.

Siguió caminando, más despacio ahora. Llegó al coche y se quedó mirando el papel durante varios segundos antes de cogerlo.

Era una hoja doblada por la mitad. Cuando la abrió, encontró un mensaje escrito a mano con rotulador negro, en letras mayúsculas:

DEJA DE HACER PREGUNTAS.

Cuatro palabras. Ninguna firma.

Elena levantó la vista. La calle seguía vacía. Pero recordó el Seat León gris frente al bar, el cigarrillo encendiéndose en la oscuridad. No estaban improvisando. La habían seguido hasta aquí.

Guardó la nota en el bolsillo y entró en el coche. Cerró las puertas con el seguro, arrancó el motor y se incorporó al tráfico.

No llamó a David. No quería preocuparlo más de lo que ya estaba. Pero mientras conducía hacia casa, mirando el retrovisor más de lo necesario, una certeza se instaló en su pecho como un peso frío.

Ya no era solo una investigación.

Era una guerra.

Y acababan de dispararle el primer tiro.

CAPÍTULO 6: LA DECISIÓN

La llamada llegó cuando Elena estaba saliendo del portal.

Eran las ocho y cuarto de la mañana, y el sol ya calentaba las calles de Malvarrosa con esa intensidad que prometía otro día sofocante. Elena llevaba el bolso al hombro y las llaves del coche en la mano cuando el móvil vibró. Número desconocido.

Dudó un segundo antes de contestar.

—¿Diga?

—Señora Martínez. —La voz de Manuel Ortega sonaba diferente. Más baja, más tensa, como si hablara con la mano cubriendo el teléfono—. Soy Manuel. Tenemos que hablar.

—Manuel, precisamente iba a llamarle. ¿Tiene la lista de...?

—No hay lista.

Elena se detuvo en medio de la acera.

—¿Cómo que no hay lista?

—No puedo dársela. Han venido a verme. —Un silencio—. Saben que hablé con ustedes.

—¿Quiénes?

—No me dieron nombres. No hacía falta. —Otro silencio, más largo—. Me enseñaron fotos de mis nietos saliendo del colegio. ¿Entiende lo que le digo? Fotos de mis nietos.

Elena sintió que el estómago se le encogía.

—Manuel, lo siento mucho. No sabíamos que...

—Ya da igual. Lo hecho, hecho está. —Su voz se quebró ligeramente—. Pero no puedo seguir. Tengo cincuenta y cinco años, señora. Ya he vivido lo mío. Pero esos niños tienen toda la vida por delante.

Elena no supo qué decir. ¿Qué se le dice a un hombre que ha elegido a su familia por encima de la verdad? ¿Que ha hecho mal? ¿Que debería arriesgarlo todo por gente que ni siquiera conoce?

—Lo entiendo —dijo finalmente.

—No, no lo entiende. Pero lo entenderá. —Manuel respiró hondo—. Mire, no puedo darle la lista. Pero puedo decirle una cosa, y luego olvidará que hemos hablado.

—Le escucho.

—Busque los proyectos de Vega entre 2016 y 2019. Los de más de cuatro plantas. Ahí está todo. —Una pausa—. Y tenga especial cuidado con el de la avenida Blasco Ibáñez. Ese es el peor de todos.

—¿Por qué?

—Porque tiene doce plantas y cuarenta familias dentro. Y porque yo vi cómo se hizo la cimentación con mis propios ojos.

Elena sintió un escalofrío pese al calor.

—Manuel, ¿podría testificar si...?

—No. —La palabra fue cortante, definitiva—. Mi nombre no aparece en ningún sitio. Ni en documentos, ni en conversaciones, ni siquiera entre ustedes cuando hablen a solas. ¿Me ha entendido? Si Vega se entera de que he abierto la boca, soy hombre muerto. Y no es una forma de hablar.

—Se lo prometo.

—Más le vale.

Colgó antes de que Elena pudiera responder.

Se quedó parada en la acera durante varios segundos, con el teléfono todavía en la mano. A su alrededor, la gente pasaba camino del trabajo, ajena a todo. Una mujer empujaba un carrito de bebé. Un hombre paseaba a su perro. Vida normal, cotidiana.

Elena ya no recordaba cómo era eso.

* * *

Se encontraron en una cafetería del barrio de Benimaclet, lejos del centro, lejos de las rutas habituales de ambos. Un local pequeño con mesas de plástico de una marca de refrescos y una máquina de café que hacía más ruido del necesario. El tipo de sitio donde nadie mira a nadie.

David ya estaba esperando cuando Elena llegó. Tenía ojeras y el pelo revuelto, como si no hubiera dormido mucho mejor que ella.

—¿Café? —preguntó él.

—Solo. Doble.

Pidieron y esperaron en silencio hasta que la camarera se alejó. Elena miró hacia la puerta por instinto. Antes de entrar había visto a un hombre con chaqueta oscura parado en la esquina, mirando el móvil. Probablemente nada. Pero ya no creía en "probablemente nada".

—He hablado con Manuel —dijo Elena—. Esta mañana.

—¿Y?

—Se ha echado atrás. Le han amenazado. Fotos de sus nietos. David cerró los ojos un momento.

—Miserables.

—Pero me ha dado algo. Una pista. Proyectos de Vega entre 2016 y 2019 de más de cuatro plantas. Y un nombre: Blasco Ibáñez.

—¿Blasco Ibáñez?

—Dice que es el peor. Doce plantas, cuarenta familias.

La camarera trajo los cafés. Elena esperó a que se fuera antes de continuar.

—David, hay algo más. —Metió la mano en el bolso y sacó la hoja doblada que había guardado la noche anterior—. Encontré esto en mi coche cuando salí de tu casa.

David cogió la nota y la abrió. Leyó las cuatro palabras en silencio. Su expresión se endureció.

—¿Por qué no me llamaste?

—No quería preocuparte más.

—Elena. —La miró directamente—. Si estamos juntos en esto, estamos juntos en todo. No me ocultes cosas por protegerme.

Ella sostuvo su mirada.

—Lo mismo digo.

Un momento de tensión. Luego David asintió.

—De acuerdo. Nada de secretos.

—Nada de secretos.

Bebieron café en silencio durante unos segundos. Elena notó que David tamborileaba con los dedos sobre la mesa, un gesto nervioso que no le había visto antes.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó él.

—Investigar. Solos. Sin Manuel, sin ayuda externa. —Elena sacó una libreta del bolso—. Tú conoces el sector. Puedes conseguir listados de obras a través del colegio profesional, contactos antiguos. Yo tengo acceso a registros de pólizas. Si cruzamos datos, podemos identificar los edificios.

—¿Y después?

—Después decidimos qué hacer con lo que encontremos.

—¿Y la policía? —preguntó David.

—¿Con qué? ¿Con sospechas? Vega tiene abogados que nos hundirían por difamación antes de que abriéramos la boca. Necesitamos pruebas sólidas primero.

David asintió lentamente.

—Vamos a necesitar un sistema. Comunicación segura.

—Teléfonos prepago. He comprado dos esta mañana. —Elena sacó una bolsa pequeña de plástico y le pasó uno de los móviles—. Solo para hablar entre nosotros. Nada de nombres en los mensajes.

—¿Y los documentos?

—Cuenta en la nube. Compartida. La contraseña solo la sabemos tú y yo.

—¿Y si algo nos pasa?

Elena había pensado en eso también.

—Todo va automáticamente a un periodista. Ya tengo el contacto preparado. Si no entramos en la cuenta durante 48 horas, se envía todo.

David la miró con algo parecido a la admiración.

—Has pensado en todo.

—Es mi trabajo. —Elena terminó su café—. Bueno, era mi trabajo. Ahora no sé qué es.

* * *

Pasaron el resto del día investigando por separado.

David contactó a antiguos colegas, consultó registros del colegio profesional, hizo llamadas discretas preguntando por proyectos de Vega sin dar demasiadas explicaciones. Elena cruzó datos de pólizas de seguros con fechas y constructoras, buscando patrones.

Se encontraron de nuevo a las ocho de la noche, en el piso de la Alameda.

Amparo les abrió la puerta con expresión seria.

—David me ha contado lo de esta mañana. Lo del hombre que os ayudaba.

—Mamá...

—No me trates como si fuera tonta. —Amparo los dejó pasar—. Sé que estáis metidos en algo peligroso. Solo os pido que tengáis cuidado.

—Lo tendremos.

Amparo asintió y se dirigió hacia la cocina.

—Hay cena en el horno. Vosotros haced lo que tengáis que hacer.

El salón de David tenía una mesa grande junto al balcón, probablemente heredada de sus padres como todo lo demás. Elena extendió un mapa de Valencia sobre la superficie mientras David sacaba los papeles que había conseguido durante el día.

—He identificado cinco proyectos seguros —dijo él—. Todos con el mismo patrón: años 2016 a 2019, más de cuatro plantas y subcontratas vinculadas a empresas que ya no existen.

—Yo tengo tres más por el lado de los seguros. —Elena colocó sus notas junto a las de David—. Pólizas emitidas por Mediterráneo y otras dos aseguradoras. Todas con el mismo corredor de seguros, que resulta que también trabajaba para Vega.

Fueron marcando los puntos en el mapa. Uno a uno.

Ruzafa. Benimaclet. Campanar. Patraix. Jesús. Algirós. El Cabanyal. Y Blasco Ibáñez.

Cuando terminaron, había ocho puntos rojos repartidos por toda la ciudad.

—No puede ser —murmuró David.

Elena no dijo nada. No hacía falta.

Ocho edificios. Cientos de familias. Miles de personas durmiendo cada noche en estructuras que podían colapsar en cualquier momento, igual que la de Poeta Querol.

Amparo se asomó desde la cocina. Se acercó a la mesa y miró el mapa en silencio. Elena vio cómo sus ojos iban de un punto rojo a otro, contando.

—Eso son muchas familias —dijo en voz baja. Elena notó que le temblaban las manos alrededor de la taza. Y luego, casi para sí misma—: Dios mío, David. ¿En qué os habéis metido?

No esperó respuesta. Se fue a su habitación y cerró la puerta. Elena notó que le temblaban las manos.

Se quedaron solos frente al mapa.

Elena señaló el punto de la avenida Blasco Ibáñez.

—Este es el que más me preocupa.

—A mí también. —David se inclinó sobre el mapa—. Lo conozco. He pasado por delante muchas veces. Tiene grietas visibles en la fachada sur.

—¿Grietas?

—Pequeñas. Del tipo que la gente ignora porque "todos los edificios tienen grietas". Pero si la cimentación es como la de Poeta Querol...

No terminó la frase. No hacía falta.

—Tenemos que verificarlo —dijo Elena—. Ir allí, hablar con vecinos, documentar.

—Si hacemos eso, Vega sabrá que seguimos investigando.

—Ya lo sabe. —Elena tocó el bolsillo donde guardaba la nota—. La pregunta es si eso nos va a detener.

David se quedó mirando el mapa durante un momento largo. Los ocho puntos rojos. Las ocho bombas de relojería repartidas por

Valencia.

—Elena, ¿estás segura de que quieres seguir con esto? —preguntó sin mirarla—. Todavía puedes salir. Firmar el informe que quiere tu jefe, olvidarte de todo, seguir con tu vida.

—¿Y tú?

—Yo no tengo elección. —Levantó la vista—. Mi nombre está en esos planos. En el de Poeta Querol y probablemente en alguno más. Si esto sale a la luz, voy a caer de todas formas. La única diferencia es si caigo habiendo hecho lo correcto o habiendo mirado hacia otro lado.

Elena pensó en el peluche azul entre los escombros. En la mujer gritando el nombre de Gonzalo. En las familias que ya no existían.

—Entonces yo tampoco tengo elección.

Se miraron. Había algo en ese momento que Elena no supo nombrar. No era romance, no todavía. Era algo más profundo. Dos personas que habían decidido caminar juntas hacia un lugar del que quizá no volverían.

—Juntos hasta el final —dijo David.

—Juntos hasta el final.

* * *

Elena salió del portal poco después de las once.

La noche era cálida y las calles de la Alameda estaban tranquilas. Caminó hacia su coche pensando en todo lo que habían descubierto, en todo lo que quedaba por hacer. Blasco Ibáñez. Doce plantas. Cuarenta familias.

Si ese edificio caía mientras ellos investigaban...

Llegó al Honda Civic y sacó las llaves. Fue entonces cuando vio el sobre.

Estaba bajo el limpiaparabrisas, como la nota del día anterior. Pero este era más grueso. Tenía algo dentro. Blanco, sin remitente, con su nombre escrito a mano en letras mayúsculas.

Elena miró a su alrededor. La calle estaba vacía. Farolas, coches aparcados, ventanas oscuras.

Lo abrió con los dedos que no le temblaban, aunque deberían.

Dentro había una foto.

Era ella. Entrando en el portal de David la noche anterior. La imagen estaba tomada desde el otro lado de la calle, con zoom suficiente para ver su cara con claridad.

No había nota. No había mensaje. Solo la foto.

Elena la miró durante varios segundos. Luego la guardó en el bolso, entró en el coche y arrancó el motor.

Mientras conducía hacia casa, una certeza se instaló en su pecho.

Ya no solo sabían que investigaba. Sabían exactamente dónde estaba, con quién, y a qué hora.

La habían seguido hasta la puerta de David.

Y querían que ella lo supiera.

CAPÍTULO 7: LA LISTA

Elena recogió a David a las nueve de la mañana en la esquina de la Alameda pero a tres manzanas de su casa.

No habían quedado frente al portal. Precaución. Desde que encontró la foto bajo el limpiaparabrisas, Elena había empezado a pensar en cada movimiento como si alguien estuviera mirando. Porque probablemente lo estaban.

David subió al coche con una carpeta bajo el brazo y expresión seria.

—Buenos días.

—Buenos días. —Elena arrancó sin esperar—. ¿Has dormido algo?

—Poco. ¿Tú?

—Menos.

Condujeron en silencio durante unos minutos. Elena tomó la ronda norte, evitando el centro. Menos semáforos, menos oportunidades de que alguien los siguiera a pie.

—¿Repasamos el plan? —preguntó David.

—Somos una pareja buscando piso. Tú eres arquitecto, yo trabajo en una gestoría. Llevamos seis meses buscando y este barrio nos interesa por la cercanía al centro.

—¿Por qué arquitecto?

—Porque así tienes excusa para mirar las paredes, las esquinas, los techos. Si alguien pregunta, dices que es deformación profesional.

David asintió.

—¿Y si nos reconocen?

—¿Quién va a reconocernos?

—No lo sé. Pero después de la foto de anoche...

Elena miró el retrovisor. Tres coches detrás, ninguno sospechoso. O todos sospechosos. Ya no sabía distinguir.

—Si nos reconocen, improvisamos. Pero no creo que Vega tenga gente vigilando cada edificio de su lista.

—Esperemos que no.

Guardaron silencio el resto del trayecto. Elena llevaba el móvil preparado: acceso directo a la cámara desde el botón lateral y sonido del obturador desactivado. Detalles que había aprendido después de años fotografiando siniestros sin que los implicados se dieran cuenta. David llevaba la carpeta con papeles que parecían documentos de hipoteca pero que en realidad eran los planos que habían recopilado.

Cuando giraron hacia la avenida Blasco Ibáñez, Elena sintió que el estómago se le encogía.

Estaban a punto de ver con sus propios ojos si sus sospechas eran ciertas.

* * *

El edificio era exactamente como David lo recordaba. Y peor.

Doce plantas de ladrillo visto, con balcones de aluminio blanco y persianas verdes que le daban un aire mediterráneo de los años noventa, aunque se había construido en 2017. El portal tenía una marquesina de cristal y un jardín pequeño con setos recortados. A primera vista, un edificio respetable. De clase media, familias trabajadoras, gente que había ahorrado durante años para comprar su piso.

Pero David no miraba el portal ni los setos.

Miraba la fachada sur.

—Allí —dijo, señalando discretamente—. ¿Las ves?

Elena entrecerró los ojos.

—Las grietas.

—Sí. Pero no son grietas normales.

Cruzaron la calle para verlas mejor. Desde la acera de enfrente, el patrón era más visible. Líneas diagonales que subían desde la tercera planta hasta la sexta, como si alguien hubiera arañado la fachada con un cuchillo gigante. Algunas habían sido reparadas con masilla, pero la masilla ya se había agrietado también.

—¿Qué significan? —preguntó Elena.

—Asentamiento diferencial. —David habló en voz baja, como si el edificio pudiera oírlos—. Significa que una parte de la cimentación se ha hundido más que otra. El edificio está torciéndose.

—¿Torciéndose?

—Milímetros. Invisible a simple vista. Pero suficiente para que la estructura se resienta.

—Señaló otra grieta, más arriba—. Esa de arriba... creo que el año pasado no estaba así.

—¿Cómo lo sabes?

—Vine a ver un local en esta calle, un cliente quería reformarlo. De formación profesional, te fijas en los edificios sin querer. —Se encogió de hombros—. Aunque no estoy seguro al cien por cien.

Elena pulsó el botón lateral del móvil y fingió hacerse un selfie con David. En realidad, enfocó la fachada.

—¿Esto es suficiente para demostrar que el edificio es peligroso?

—No. Las grietas pueden tener muchas causas. Para demostrar que es un problema de cimentación, necesitaríamos acceder al garaje, ver los pilares, idealmente hacer una cata en los cimientos. —Hizo una pausa—. Pero esto es un indicio muy serio.

Un coche pasó a su lado, demasiado lento. Elena se tensó, pero era solo una mujer buscando aparcamiento. Respiró.

—Vamos adentro.

El portal olía a lejía y a ambientador de pino.

Había un tablón de anuncios junto a los buzones: reunión de comunidad el jueves, aviso de obras en el ascensor, un cartel de un perro perdido. Vida normal. Gente normal. Sin saber que vivían sobre cimientos podridos.

Elena examinó los buzones. Cuarenta apartamentos, cuarenta familias. Nombres escritos a mano en etiquetas adhesivas. García, Fernández, Martínez, López. Apellidos comunes. Gente corriente.

—¿Cómo lo hacemos? —susurró David.

—Esperamos. Alguien saldrá o entrará. Entablamos conversación.

No tuvieron que esperar mucho.

El ascensor se abrió con un pitido y salió una mujer mayor arrastrando un carrito de la compra. Setenta años largos, pelo blanco recogido en un moño, rebeca de punto sobre los hombros pese al calor. Caminaba con la lentitud de quien ya no tiene prisa por llegar a ningún sitio.

Elena se adelantó.

—Buenos días. ¿Le ayudo con el carrito?

La mujer la miró con desconfianza inicial, pero al ver la sonrisa de Elena se relajó.

—Ay, hija, no hace falta. Pero gracias. —Luchó con el escalón del portal—. Estos escalones me van a matar un día.

—Déjeme a mí. —Elena cogió el carrito y lo bajó a la acera—. Ya está.

—Qué amable. Ya no quedan jóvenes así.

—No es nada. —Elena sonrió—. Estamos buscando piso en la zona y nos ha gustado este edificio. ¿Qué tal se vive aquí?

La mujer se apoyó en el carrito y suspiró.

—Bueno, hija, depende de lo que busques. El barrio es tranquilo, hay de todo cerca, el metro está a dos pasos...

—¿Y el edificio en sí?

—Es bonito. Los pisos son amplios, hay mucha luz. —Hizo una pausa—. Pero tiene sus cosas.

—¿Qué cosas?

La mujer miró hacia arriba, hacia la fachada.

—No sé si debería decirlo. A lo mejor os asusto y luego resulta que no es nada.

—No se preocupe. Preferimos saberlo todo antes de decidir.

La mujer bajó la voz, como si compartiera un secreto.

—Hay grietas. En los pisos, quiero decir. El mío tiene una en el salón que le he echado masilla tres veces y siempre vuelve a salir. Y la

puerta del baño no cierra bien. Se hincha con la humedad, dice el del seguro.

—¿Y eso es normal?

—Eso es lo que dice el administrador. Que es normal, que los edificios nuevos se asientan, que no hay que preocuparse. —La mujer chasqueó la lengua—. Pero yo llevo sesenta años viviendo en pisos, y nunca había visto grietas así en un edificio de siete años.

David intervino.

—¿Le importaría enseñármela? Soy arquitecto. Podría decirle si es grave o no.

Por un momento, Elena temió que la mujer se negara. Pero los miró a ambos, evaluándolos, y finalmente asintió.

—Subid conmigo. Os enseño el piso.

Subieron en el ascensor hasta el tercero. La mujer vivía en el 3ºB, puerta de madera clara con dos placas de cerámica: una con su nombre y otra que decía "Hogar dulce hogar".

Elena leyó la placa y sonrió.

—¿Rosario? Mi abuela se llamaba igual. —Puso una mano sobre el corazón—. Qué recuerdos me trae.

La mujer se iluminó.

—¿Sí? Ay, hija, qué casualidad. Rosario es nombre de las de antes. Ya no se lleva.

Sacó las llaves y abrió.

—Pasad, pasad. Perdonad el desorden pero no esperaba visita.

El piso olía a café y a colonia de lavanda. Un pasillo largo con baldosas de gres, puertas a ambos lados y luz entrando por el fondo. Era espacioso, bien orientado, el tipo de piso que cualquier familia querría.

Pero David no miraba la luz ni el espacio.

Miraba las paredes.

—¿Dónde está la grieta del salón? —preguntó.

—Por aquí.

Los guió hasta una sala grande con sofá de flores, televisor de pantalla plana y una vitrina llena de fotos familiares. En la esquina, donde la pared del salón se encontraba con la del pasillo, había una grieta diagonal. Alguien la había pintado encima, pero seguía siendo visible. Como una cicatriz mal curada.

Elena sacó el móvil y fingió mirar un mensaje mientras fotografiaba la grieta.

David se acercó. Pasó los dedos por la superficie.

—¿Cuándo apareció?

—Hace dos años. Justo después del verano.

—¿Ha crecido desde entonces?

—Sí. Al principio era pequeña, como un pelo. Ahora ya ves.

Elena observó a David. Su expresión no había cambiado, pero ella ya lo conocía lo suficiente para notar la tensión en su mandíbula.

—¿Y la puerta del baño? —preguntó él.

—Por aquí.

El baño estaba al final del pasillo. La puerta, efectivamente, no cerraba bien. Había que empujarla con fuerza para que encajara en el marco.

—Es la humedad —dijo Doña Rosario—. Eso me dijeron.

David no respondió. Estaba mirando el suelo. Las baldosas del pasillo, cerca del baño, estaban ligeramente hundidas. Como si el suelo cediera en ese punto.

—Doña Rosario —dijo Elena—, ¿ha hablado con otros vecinos sobre estos problemas?

—Claro. La del quinto tiene lo mismo. Y los del segundo se fueron el año pasado. Decían que oían crujidos por la noche.

—¿Crujidos?

—Como si el edificio se quejara, decían ellos. —Doña Rosario soltó una risa nerviosa—. Tonterías, ¿verdad? Los edificios no se quejan.

Elena y David intercambiaron una mirada. Los edificios no se quejaban. Pero sí avisaban antes de caer.

Doña Rosario se quedó mirando la grieta del salón un momento. Su expresión cambió, volviéndose más suave.

—Mi marido murió en esta casa hace cuatro años. Le prometí que yo también moriría aquí. —Soltó otra risa, esta vez más cálida—. Pero viendo cómo está el edificio, espero que no tenga tanta prisa por reunirse conmigo.

* * *

Se despidieron de Doña Rosario diez minutos después.

La mujer les había ofrecido café, les había enseñado fotos de sus nietos, les había contado que su marido había muerto hacía cuatro años y que este piso era su último hogar. "Aquí pienso morirme", había dicho con una sonrisa. "Después de sesenta años pagando alquileres, por fin tengo algo mío."

Elena había sentido náuseas durante toda la conversación.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, bajaron por las escaleras en silencio. Al llegar al rellano del segundo, David habló en voz baja.

—¿Tu abuela se llamaba Rosario?

—No. Francisca.

David la miró con una mezcla de sorpresa y admiración.

—Eres buena.

—Hay que generar confianza. —Elena siguió bajando—. Ahora, el garaje.

Bajaron hasta el portal. El garaje estaba en el sótano, accesible por una puerta de metal junto a los buzones.

El olor los golpeó en cuanto entraron.

Humedad. Cemento viejo. Algo orgánico pudriéndose en algún rincón.

El garaje era amplio, con plazas para unos treinta coches. La iluminación era escasa, tubos fluorescentes que parpadeaban como si estuvieran agonizando. Había charcos en el suelo. Charcos que no tenían explicación, porque no había llovido en semanas.

—Mira los pilares —dijo David.

Elena los miró. Columnas de hormigón pintadas de blanco, con manchas de humedad que subían desde el suelo. Algunas tenían el hormigón descascarillado, dejando ver las barras de hierro oxidadas debajo.

David se acercó a uno de los pilares. Tocó la superficie. Frotó con el pulgar.

El hormigón se deshizo bajo sus dedos como arena mojada.

—Oh no —murmuró.

—¿Qué pasa?

—Es igual que Poeta Querol. —Su voz era apenas un susurro—. El mismo cemento de tercera. Los mismos áridos. La misma porquería.

Elena sintió que el suelo se movía bajo sus pies. No literalmente, pero casi.

—¿Y la grieta de la pared?

David caminó hacia el fondo del garaje. Allí, donde la pared se encontraba con el suelo, había una grieta horizontal. No muy ancha, quizá un centímetro. Pero se extendía a lo largo de toda la pared.

—Eso es muy malo —dijo David.

—¿Qué significa?

—Significa que la cimentación se está separando de la estructura. —La miró—. Elena, este edificio no debería tener gente dentro.

Un ruido. Motor de coche.

Se escondieron detrás de una columna justo cuando un vehículo entraba al garaje. Un Volkswagen Polo rojo. Una mujer joven al volante, mirando el móvil mientras aparcaba. No los vio.

Esperaron hasta que la mujer subió por el ascensor. Luego salieron por la puerta de emergencia, que daba a un callejón lateral.

Se sentaron en el coche de Elena, aparcado a tres calles del edificio. Durante un minuto entero, ninguno de los dos habló.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Elena finalmente.

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo antes de que caiga?

David se pasó las manos por la cara.

—No lo sé. Meses. Semanas. Depende del clima, de las vibraciones del tráfico, de cómo se distribuya el peso... Podría aguantar años. O podría caer mañana.

—Entonces tenemos que avisar a alguien.

—¿A quién?

—A los vecinos. A Protección Civil. Al Ayuntamiento.

—¿Con qué pruebas? —David la miró—. Tenemos fotos de grietas y mi palabra de que el hormigón se deshace. Eso no es suficiente para evacuar un edificio de doce plantas.

—Pero si cae mientras nosotros recopilamos pruebas...

—Lo sé.

—Cuarenta familias, David. Doña Rosario.

—Lo sé.

El silencio volvió a caer entre ellos. Pesado. Asfixiante.

—Necesitamos un informe técnico oficial —dijo David finalmente—. Algo firmado por un profesional independiente que obligue al Ayuntamiento a actuar.

—¿Y cómo conseguimos eso sin alertar a Vega?

—No lo sé. Pero tiene que haber una manera.

El móvil de Elena vibró. Su móvil normal, no el prepago.

Número desconocido.

Lo abrió. Era un mensaje con una imagen adjunta.

La foto mostraba el edificio de Blasco Ibáñez. Tomada desde el mismo ángulo donde ellos habían estado hace un rato. Misma hora, a juzgar por la luz.

No había texto. Solo la foto.

Elena se la mostró a David sin decir nada.

Él la miró durante varios segundos. Luego dejó caer la cabeza hacia atrás, contra el reposacabezas.

—Nos han seguido.

—Sí.

—Saben exactamente lo que estamos haciendo.

—Sí.

—¿Y ahora qué?

Elena guardó el móvil. Arrancó el motor. Se incorporó al tráfico.

—Ahora —dijo— seguimos. Porque si paramos, ganan ellos. Y Doña Rosario se muere en su "último hogar".

David no respondió.

Pero tampoco dijo que pararan.

CAPÍTULO 8: MÁS VÍCTIMAS

Elena no había dormido.

A las cuatro de la madrugada renunció a intentarlo. Se levantó, se preparó un café solo y se sentó frente al portátil con las persianas bajadas. La pantalla iluminaba su cara en la oscuridad del salón mientras repasaba, una vez más, las fotos del garaje de Blasco Ibáñez.

El pilar con el hormigón descascarillado. Las barras de hierro oxidadas asomando como huesos rotos. Los charcos en el suelo que no tenían explicación. Y la grieta horizontal en la base de la pared, extendiéndose como una sentencia.

Amplió la imagen del pilar. Con los dedos, hizo zoom en la zona donde David había frotado el hormigón. Se veía claramente: la textura porosa, los huecos de aire y la arena que se desprendía. Cemento barato mezclado con más agua de la debida. El mismo patrón que en Poeta Querol.

Cuarenta familias.

Elena cerró los ojos y vio el rostro de Doña Rosario. El moño blanco, la rebeca de punto, la sonrisa al hablar de sus nietos. "Aquí pienso morirme", había dicho. Como si fuera una bendición. Sin saber que podía convertirse en profecía.

El café se había enfriado. Elena lo bebió de todos modos, notó el amargor raspándole la garganta.

¿Cuánto tiempo tenían? David había dicho que podía aguantar años o caer mañana. Ruleta rusa con doce plantas de hormigón y cientos de vidas dentro.

El prepago vibró sobre la mesa. La pantallita sin color, sin aplicaciones, sin nada más que números. David.

—¿Estás despierta? —Su voz sonaba igual de agotada.

—No he dormido.

—Yo tampoco. —Pausa—. ¿Has visto las noticias?

Elena frunció el ceño.

—No. ¿Qué noticias?

—Mira el Levante. Edición digital. Sección local.

Con el teléfono entre el hombro y la oreja, Elena abrió el navegador. Tecleó. Buscó.

Y lo encontró.

El titular decía: "Vecinos de Blasco Ibáñez denuncian grietas y humedades en edificio de apenas siete años". Debajo, una foto de la fachada. La misma fachada que ella había fotografiado ayer.

—Pero, ¿qué...? —murmuró.

—Sigue leyendo.

El artículo citaba a "varios residentes anónimos" que habían contactado con el periódico para expresar su preocupación. Mencionaba grietas en las paredes, puertas que no cerraban y ruidos extraños. Un portavoz del Ayuntamiento declaraba que "no existe riesgo estructural" y que "las incidencias reportadas son propias del asentamiento normal de cualquier edificio".

—No fuimos nosotros —dijo Elena.

—No.

—Entonces, ¿quién?

—Eso es lo que me preocupa.

Elena releyó el artículo. La información era vaga, sin datos técnicos, sin mencionar el garaje ni los pilares. Quien hubiera filtrado esto no tenía acceso a lo que ellos habían visto. O no quería revelarlo todavía.

—¿Puede ser una coincidencia? —preguntó—. ¿Vecinos que se han organizado por su cuenta?

—Puede ser. O puede ser alguien más que está investigando.

—¿Un aliado?

—O alguien que quiere que salgamos a la luz para identificarnos.

Elena sintió un escalofrío. No había pensado en esa posibilidad.

—¿Nos vemos? —preguntó David.

—Sí. Pero no en tu casa ni en la mía.

—La cafetería de la calle Salamanca. La del fondo, donde no hay cámaras.

—En una hora.

Colgó. Miró de nuevo la pantalla del portátil, las fotos del garaje brillando en la oscuridad.

Alguien más estaba moviendo fichas. Y no sabían si jugaba en su equipo o en el contrario.

* * *

La cafetería se llamaba El Cafenet, aunque nadie la llamaba así. Era simplemente "la del fondo", porque estaba al final de un pasaje comercial que había conocido tiempos mejores. Mesas viejas con marcas de tazas, sillas de plástico, una barra con máquina de café italiana y un camarero de sesenta años que no hacía preguntas.

Elena llegó primera. Pidió un cortado y se sentó en la mesa más alejada de la puerta, de espaldas a la pared. Costumbre nueva. Desde que encontró la foto en el parabrisas, no le gustaba tener la espalda descubierta.

David apareció diez minutos después. Llevaba la misma ropa de ayer, o muy parecida. Ojeras marcadas, barba de dos días. Se dejó caer en la silla frente a ella.

—Tienes peor aspecto que yo —dijo Elena.

—Gracias. Tú tampoco estás para un desfile.

Casi sonrieron. Casi.

El camarero se acercó. David pidió café con leche y una tostada.

—Lo mismo —dijo Elena, sin pensarlo.

El camarero la miró con las cejas alzadas.

—¿No había pedido un cortado?

Elena parpadeó. El cortado. Cierto.

—Sí. Perdona. Solo la tostada entonces.

El camarero se alejó. David la observaba.

—¿Cuánto hace que no duermes?

—No llevo la cuenta.

Se quedaron callados unos segundos. El ruido de fondo de la cafetería —cucharillas contra tazas, murmullos, la radio sonando bajito— los envolvía como una manta.

—¿Siempre quisiste ser auditora? —preguntó David de repente.

Elena lo miró, sorprendida por la pregunta.

—No. De pequeña quería ser arquitecta.

—¿Y qué pasó?

—Mi padre. —Elena giró la taza entre las manos—. Decía que los arquitectos diseñan y otros construyen. Que el que diseña se lleva la fama, pero el que construye se lleva los callos en las manos. Él prefería a los que construyen.

—Tu padre era listo.

—Era albañil. —Elena levantó la vista—. Treinta años poniendo ladrillos. Nunca tuvo un edificio con su nombre, pero nunca se le cayó ninguno tampoco.

David no respondió inmediatamente. La miraba de una forma diferente, como si acabara de descubrir algo que no esperaba.

—Por eso te importa tanto —dijo finalmente.

—¿El qué?

—Esto. Los edificios. Las familias. No es solo trabajo para ti.

Elena sostuvo su mirada un segundo más de lo necesario. Luego apartó los ojos.

—Para ti tampoco.

El camarero llegó con el desayuno. Tostadas con tomate, aceite brillando en el pan y el olor a café recién hecho. Durante unos minutos, comieron sin hablar. Un silencio diferente al de otras veces. Más cómodo. Como si hubieran cruzado una línea invisible y ahora estuvieran en territorio compartido.

El móvil de Elena sonó.

Número desconocido.

Se tensó. Miró a David. Él asintió levemente.

—¿Diga?

—¿Elena Martínez? —Voz masculina, joven, directa.

—¿Quién pregunta?

—Me llamo Álvaro Aranda. Soy periodista. Trabajo para el Levante, pero esto es... extraoficial.

Elena hizo una señal a David: "periodista". Él se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo ha conseguido mi número?

—Tengo fuentes. —Una pausa—. Sé lo que están investigando. Lo de Blasco Ibáñez. Y lo de Poeta Querol.

El corazón de Elena se aceleró.

—No sé de qué me habla.

—Señora Martínez, no tengo tiempo para juegos. Ustedes han estado haciendo preguntas sobre Ricardo Vega. Yo llevo meses intentando conseguir algo sólido sobre él. Creo que podemos ayudarnos mutuamente.

Elena miró a David. Él articuló sin sonido: "¿Qué quiere?"

—¿Qué propone? —preguntó ella.

—Vernos. Hoy. En algún sitio discreto. Les cuento lo que sé, ustedes me cuentan lo que saben. Sin compromisos.

—¿Y por qué debería confiar en usted?

—Porque si quisiera perjudicarles, ya habría publicado que una auditora de seguros y un constructor están investigando por su cuenta a uno de los empresarios más poderosos de Valencia. —Otra pausa—. No lo he hecho.

Elena cubrió el micrófono con la mano.

—Dice que tiene información sobre Vega. Quiere quedar.

—¿Confías en él?

—No lo sé. Pero si lleva meses investigando...

—Puede ser una trampa.

—Puede ser nuestra única oportunidad de tener a alguien de la prensa de nuestro lado.

David dudó. Luego asintió.

Elena volvió al teléfono.

—¿Dónde?

* * *

El parque de Viveros a las once de la mañana estaba lleno de madres con carritos, jubilados en los bancos y corredores esquivando palomas. Olía a hierba recién cortada y a los churros del puesto de la entrada, donde un grupo de turistas hacía cola pese al calor. Ruido suficiente para disimular una conversación. Gente suficiente para que nadie destacara.

Álvaro Aranda los esperaba junto a la fuente central. Treinta y pocos, pelo castaño que no había visto un peine en días, barba descuidada y una camiseta negra de algún festival de música que había visto tiempos mejores. Tenía pinta de no haber dormido mucho más que ellos. Llevaba una mochila al hombro y miraba el móvil con el ceño fruncido.

Cuando los vio acercarse, guardó el teléfono.

—Martínez. Herrera. —No ofreció la mano—. Gracias por venir.

—Tiene diez minutos —dijo Elena.

—Voy a necesitar más, pero empecemos. —Señaló un banco apartado, a la sombra de un árbol—. ¿Caminamos?

Se alejaron del bullicio, hacia una zona más tranquila del parque. Álvaro habló mientras andaban.

—Llevo ocho meses investigando a Ricardo Vega. Empecé por un soplo de alguien del Ayuntamiento. Me dijo que había expedientes que desaparecían, permisos que se aprobaban demasiado rápido e inspecciones que no se hacían.

—¿Y qué ha encontrado? —preguntó David.

—Muros. En todas partes. Cada vez que tiro de un hilo, alguien lo corta. Fuentes que de repente no quieren hablar. Documentos que ya no existen. —Chasqueó la lengua—. Vega tiene amigos en muchos sitios.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Elena.

—Pero lo que quizá no saben es esto: hace tres años, un edificio de Vega en Torrent tuvo problemas. Grietas serias, como las de Blasco Ibáñez. Hubo una evacuación silenciosa, reparaciones de emergencia, y luego... nada. Cero noticias. El expediente desapareció del archivo municipal.

Elena y David intercambiaron una mirada.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Elena.

—Porque hablé con uno de los vecinos antes de que lo convencieran de callarse. Le ofrecieron dinero. Mucho. Y una sugerencia muy clara de lo que pasaría si no lo aceptaba.

—¿Tiene pruebas?

—Tengo testimonios. Pero sin documentos, no puedo publicar nada.

—Álvaro se detuvo, mirándolos directamente—. Por eso los necesito a ustedes.

David cruzó los brazos.

—¿Qué le hace pensar que nosotros tenemos algo?

—Porque ayer estuvieron dentro del edificio de Blasco Ibáñez. Hablaron con vecinos. Bajaron al garaje. —Sonrió levemente ante sus expresiones—. No fui yo quien los siguió, si es lo que están pensando. Pero sé que alguien lo hizo.

—¿Quién? —preguntó Elena.

—No lo sé. Pero si yo pude enterarme, otros también.

Un corredor pasó cerca de ellos. Esperaron a que se alejara.

—¿Qué propone exactamente? —preguntó Elena.

—Colaboración. Ustedes tienen acceso a documentos técnicos, informes y pruebas materiales. Yo tengo contactos en la prensa, en el Ayuntamiento, en sitios donde ustedes no pueden llegar. Compartimos información, y cuando tengamos algo sólido, lo publicamos.

—¿Y si lo que publicamos nos pone en peligro?

—Entonces nos ponemos en peligro juntos. —Álvaro los miró a ambos—. Miren, sé que no confían en mí. No tienen por qué. Pero Vega lleva años construyendo edificios que son trampas mortales, y

nadie ha podido tocarlo. Si seguimos trabajando cada uno por su lado, él gana. Si trabajamos juntos, quizá tengamos una oportunidad.

Elena pensó en Doña Rosario. En las víctimas de Poeta Querol. En el edificio de Torrent que había desaparecido de los archivos.

—Necesitamos pensarlo —dijo.

—Claro. —Álvaro sacó una tarjeta del bolsillo y se la ofreció—. Mi número personal. Cuando se decidan, llámenme.

Elena cogió la tarjeta. No había nombre impreso, solo un número de teléfono escrito a mano.

—Una cosa más —dijo Álvaro antes de irse—. La noticia de hoy, la de los vecinos de Blasco Ibáñez... No fui yo quien la escribió.

—¿Entonces quién?

—Un compañero de local. Le llegó el soplo anónimamente. —Álvaro se encogió de hombros—. Alguien más está metiendo las narices en esto. Y no sé si nos está ayudando o señalando.

Se marchó caminando hacia la salida del parque, las manos en los bolsillos, sin mirar atrás.

* * *

Volvieron al coche sin hablar.

Elena conducía, David miraba por la ventanilla. El sol de mediodía convertía Valencia en un horno y el aire acondicionado del coche luchando por mantener una temperatura soportable.

—¿Qué piensas? —preguntó Elena.

—Que no me fío de él.

—Yo tampoco.

—Pero tiene razón en algo: solos no vamos a llegar a ningún sitio.

El semáforo se puso en rojo. Elena frenó.

—Si le damos lo que tenemos y luego nos traiciona...

—Lo perdemos todo.

—Exacto.

El semáforo cambió a verde. Elena arrancó.

—Podemos darle algo —dijo David—. No todo. Solo lo suficiente para ver cómo reacciona.

—¿Probarlo?

—Sí. Si cumple, le damos más. Si no...

—Si no, al menos sabremos que no podemos confiar en él.
Otro semáforo. Otra pausa.

El móvil de David sonó. Lo sacó del bolsillo, miró la pantalla.

—Es el Colegio de Aparejadores.

Contestó. Elena lo observó de reojo mientras conducía.

La conversación duró menos de dos minutos. David apenas habló. Cuando colgó, su cara había perdido todo el color. Tenía el teléfono agarrado con tanta fuerza que los nudillos se le habían vuelto blancos.

—¿Qué pasa? —preguntó Elena.

—Van a abrir una investigación sobre mis obras anteriores. —Su voz sonaba hueca—. Dicen que han recibido una denuncia anónima por posibles irregularidades.

—¿Qué irregularidades?

—No lo saben. O no me lo quieren decir. —Se pasó la mano por la cara—. Si me retiran la licencia, estoy acabado.

El teléfono de Elena vibró. Un mensaje de Carlos, su jefe.

"Mañana a primera hora en mi despacho. Es urgente."

Se lo mostró a David sin decir nada.

Él lo leyó. Luego dejó caer la cabeza hacia atrás, contra el reposacabezas.

—Nos están atacando a los dos —dijo.

—A la vez.

—Coordinados.

Elena aparcó en doble fila, puso las luces de emergencia. No podía conducir y pensar al mismo tiempo.

—No son notas ni fotos —dijo, girándose hacia David—. Es el sistema. Colegios profesionales, jefes, expedientes. Pueden

destruirnos sin tocarnos un pelo.

—¿Y qué hacemos?

Elena miró la tarjeta que Álvaro le había dado, todavía en el salpicadero.

—Seguimos. Pero más rápido. Antes de que nos cierren todas las puertas.

David asintió lentamente.

—¿Sabes lo peor? —dijo.

—¿Qué?

—Que esto significa que les damos miedo. Que estamos cerca de algo.

Elena arrancó de nuevo, incorporándose al tráfico.

—Ya no nos están avisando, David. Nos están destruyendo.

Él no respondió.

CAPÍTULO 9: EL INSPECTOR

La oficina de Mediterráneo Seguros olía a café recalentado y a ambientador de mar sintético. Elena conocía ese olor desde hacía diez años. Normalmente le resultaba familiar, casi reconfortante. Hoy le revolvía el estómago.

Llegó a las ocho menos cinco. Cinco minutos antes de lo que Carlos le había pedido. Quería tiempo para leer el ambiente y para ver las caras de sus compañeros antes de entrar en el despacho.

No hizo falta mucho tiempo.

Julia, la recepcionista, la saludó sin mirarla a los ojos. Javier del departamento de autos se levantó a por café justo cuando ella pasaba, como si no quisiera cruzarse. Y Pilar, su compañera de mesa durante seis años, fingió estar muy concentrada en su ordenador.

Elena conocía ese silencio. Era el silencio que precedía a los despidos. El silencio de "mejor no acercarse, no vaya a ser contagioso".

La puerta del despacho de Carlos estaba cerrada. Elena respiró hondo y llamó con los nudillos.

—Adelante.

Carlos Mendoza estaba sentado detrás de su escritorio, pero no en su postura habitual. Normalmente se recostaba en la silla, relajado, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Hoy estaba rígido, con los codos sobre la mesa y los dedos tamborileando sobre una carpeta marrón.

—Siéntate, Elena.

Ella se sentó. No dijo nada. Había aprendido que en estas situaciones era mejor dejar que el otro hablara primero.

Carlos abrió la carpeta. Dentro había papeles que Elena no alcanzaba a leer desde su posición.

—¿Sabes por qué te he llamado?

—Puedo imaginarlo.

—Entonces sabrás que esto no me hace ninguna gracia.

Carlos levantó la vista. Tenía ojeras, como si él tampoco hubiera dormido bien.

—He recibido llamadas, Elena. De gente que no suele llamarme. Gente de arriba. Muy arriba.

—¿Qué dicen?

—Dicen que estás acosando a un empresario respetable. Que estás sobrepasando tus funciones como auditora. Que tienes un conflicto de intereses personal. —Hizo una pausa—. Mencionan a un tal David Herrera.

Elena sintió el calor subiéndole por el cuello.

—David Herrera es el constructor original del edificio de Poeta Querol. Es un testigo relevante, no un...

—No me expliques nada. —Carlos levantó la mano—. No quiero saber los detalles. De verdad que no.

El silencio se espesó entre ellos.

—¿Qué opciones tengo? —preguntó Elena.

Carlos suspiró. Miró la carpeta como si contuviera algo venenoso.

—Dos. La primera: cierras el caso de Poeta Querol. Fallo estructural por causas indeterminadas. La compañía paga, los abogados negocian con las familias, y todo el mundo sigue con su vida.

—¿Y la segunda?

—Te aparto del caso y abro un expediente interno por conducta inapropiada. Investigación, suspensión temporal de empleo y sueldo, posible despido.

Elena asintió lentamente. No era sorpresa, pero oírlo en voz alta dolía más de lo que esperaba.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidir?

—Cuarenta y ocho horas.

—¿Y si encuentro pruebas de que hay algo más grande detrás de ese derrumbe?

Carlos cerró la carpeta de golpe.

—Elena, escúchame bien. —Su voz bajó hasta convertirse en un susurro—. No sé qué has encontrado ni quiero saberlo. Pero las personas que me han llamado no son gente con la que se juega. No son constructores ni técnicos. Son... otro nivel.

—¿Políticos?

Carlos no respondió. No hacía falta.

Elena se levantó.

—Gracias por el aviso, Carlos.

—Elena...

Ella se giró en la puerta.

Carlos no la miraba. Tenía los ojos fijos en la carpeta, como si le costara sostenerle la mirada.

—Yo también tengo familia —dijo en voz baja.

Elena sintió algo romperse dentro de ella. No rabia. Algo peor: comprensión.

—Lo sé —respondió.

Salió del despacho. La puerta se cerró detrás de ella con un clic suave que sonó como un disparo.

* * *

Elena subió las escaleras del edificio de la Alameda sintiendo el peso de la conversación con Carlos en cada peldaño.

Amparo abrió la puerta antes de que llamara.

—Te he visto por el balcón. —La mujer la estudió con ojos que no se perdían nada—. Tienes cara de necesitar un café.

—Tengo cara de necesitar un whisky, pero el café servirá.

Amparo sonrió levemente y se apartó para dejarla pasar.

El piso olía a guiso de verduras y a algo dulce horneándose. La luz de media mañana entraba por las ventanas, creando rectángulos dorados en el suelo. Elena ya había estado allí, pero esta vez se fijó en detalles que antes le habían pasado desapercibidos: una foto de David y su hermana Laura vestidos de falleros, él con el pañuelo al

cuello y ella con el moño y las peinetas. Debían de tener quince y doce años. Sonreían como si el mundo fuera un lugar seguro.

—David está en su cuarto, al teléfono con el abogado —dijo Amparo desde la cocina—. Lo del Colegio de Aparejadores.

—¿Cómo está?

—Preocupado. Pero entero. —Amparo volvió con dos tazas de café—. ¿Y tú?

Elena cogió la taza. El calor le reconfortó las manos.

—Me han dado cuarenta y ocho horas para cerrar el caso o me abren expediente.

—Vaya.

No había sorpresa en la voz de Amparo. Solo una aceptación tranquila, como si llevara toda la vida oyendo malas noticias y hubiera aprendido a recibirlas sin tambalearse.

—¿Y qué vas a hacer?

—Seguir. —Elena bebió un sorbo del café. Estaba fuerte, casi amargo—. No puedo parar ahora.

Amparo asintió.

—Mi marido era igual. Cuando empezaba algo, no lo soltaba hasta terminarlo. —Hizo una pausa—. A veces eso es una virtud. A veces es una condena.

—¿Y cómo se distingue?

—No se puede. Solo lo sabes cuando ya es demasiado tarde.

Pasos en el pasillo. David apareció en la puerta del salón, el móvil todavía en la mano. Llevaba una camiseta gris arrugada y el pelo revuelto. Cuando vio a Elena, algo en su expresión se suavizó.

—¿Qué ha pasado con Carlos?

Elena le contó. Todo. Las llamadas de arriba, las opciones, la frase final.

—"Yo también tengo familia" —repitió David cuando terminó—.

—No es un mal hombre. Solo tiene miedo.

—Todo el mundo tiene miedo. La diferencia es qué haces con él.

Amparo se levantó, recogiendo las tazas.

—Os dejo hablar. Voy a bajar a comprar pan.

Cuando la puerta se cerró, Elena miró a David.

—Tengo una idea. Pero necesito hacerlo sola.

—¿Qué idea?

—Luis Morales. Inspector municipal. Lo conozco de otros casos. Siempre me pareció honesto.

—¿Y crees que hablará?

—No lo sé. Pero si hay alguien dentro del sistema que todavía tiene conciencia, es él.

David se acercó a ella. Estaban a menos de un metro de distancia.

—¿Quieres que te acompañe?

—Es mejor que vaya sola. Si nos ven juntos...

—Lo sé. —David asintió—. Pero ten cuidado.

Una pausa. Sus ojos se encontraron.

—Por favor —añadió él, en voz más baja.

Elena sintió algo cálido en el pecho. Algo que no tenía tiempo de examinar ahora.

—Lo tendré.

* * *

Llamó a Morales desde el teléfono prepago, sentada en su coche aparcado en una calle tranquila de Campanar.

—¿Diga? —La voz sonaba cautelosa.

—¿Luis Morales? Soy Elena Martínez. Nos conocemos de...

—Sé quién es. —Silencio—. ¿Cómo ha conseguido este número?

—Contactos. Necesito hablar con usted.

—No es buena idea.

—Media hora. Si después no quiere ayudar, lo entenderé. No volveré a molestarle.

Silencio largo. Elena casi podía oír los engranajes girando en la cabeza de Morales. El miedo luchando contra algo más.

—¿Conoce el bar Los Arcos, en la carretera de Ademuz? —dijo finalmente.

—Lo encontraré.

—A las seis. Venga sola. Y no me llame más a este número.

Colgó.

* * *

El bar Los Arcos era exactamente lo que Elena esperaba: un establecimiento de carretera con aparcamiento de grava, máquinas tragaperras junto a la entrada, y una barra donde hombres con mono de trabajo tomaban cañas después del turno. El tipo de sitio donde cada uno miraba su vaso y punto.

Morales ya estaba allí cuando Elena llegó. Mesa del fondo, espalda contra la pared y una cerveza sin tocar frente a él. La televisión sobre la barra emitía un partido de fútbol con el volumen bajo y las voces del comentarista mezclándose con el ruido de la cafetera.

Cincuenta y pocos años, pelo canoso cortado al rape, cara de no haber dormido bien en meses. Llevaba una camisa de cuadros con las mangas remangadas, como si hubiera intentado parecer informal pero no supiera cómo.

Elena se sentó frente a él.

—Gracias por venir.

—No me las dé todavía. —Morales miró hacia la puerta—. ¿Alguien sabe que está aquí?

—No.

—Bien. —Bebió un sorbo de cerveza. La mano le temblaba ligeramente—. ¿Qué quiere saber?

—Todo lo que pueda contarme sobre Ricardo Vega.

Morales soltó una risa amarga.

—Eso es mucho pedir.

—Entonces empiece por Torrent.

El nombre cayó entre ellos como una piedra en un estanque.
Morales se quedó muy quieto.

—¿Qué sabe de Torrent?

—Sé que hace tres años hubo problemas en un edificio de Vega. Evacuación silenciosa, reparaciones de emergencia. Y que el expediente desapareció.

—¿Quién le ha contado eso?

—No importa. Lo que importa es que usted estaba allí.

Morales cerró los ojos un momento. Elena contuvo la respiración; había sido un farol, pero por la cara del inspector, acababa de dar en el blanco. Cuando los abrió, había algo diferente en ellos. No resignación exactamente. Más bien el alivio de quien lleva demasiado tiempo guardando un secreto.

—Yo hice la inspección inicial —dijo en voz baja—. Detecté grietas en los pilares del garaje, humedades ascendentes y problemas en la cimentación. Redacté un informe recomendando evaluación estructural urgente.

—¿Y qué pasó?

—Me llamaron al despacho. Mi jefe y alguien más. Un hombre que no conocía, trajeado, con pinta de abogado. Me dijeron que había cometido un error técnico en el informe. Que lo revisara.

—¿Y lo revisó?

—No tuve que hacerlo. —Morales apretó la mandíbula—. El informe desapareció. Simplemente dejó de existir. Y un mes después, el edificio fue "reparado" en tiempo récord. Sin evaluación independiente, sin supervisión.

—¿Y los vecinos?

—Les dijeron que eran obras de mejora. Nadie preguntó demasiado. Elena tomaba notas mentalmente. No se atrevía a sacar papel.

—¿Quién estaba detrás? ¿Vega directamente?

—Vega nunca da la cara. Tiene gente para eso. —Morales bajó aún más la voz—. Pero hay alguien más arriba. Alguien que firma los

permisos, que acelera los expedientes, que hace desaparecer los problemas.

—¿Quién?

—No puedo darle un nombre. No todavía. —Morales la miró directamente—. Pero es alguien del Ayuntamiento. Alguien con poder real. Político.

Elena sintió que el corazón se le aceleraba.

—¿Tiene pruebas?

—No digitales. Esas han desaparecido todas. Pero hay copias físicas. Expedientes antiguos que nadie se ha molestado en destruir porque nadie baja ya al archivo del sótano.

—¿Puede conseguirme acceso?

Morales dudó. Era visible la lucha en su rostro: el miedo contra la conciencia.

—Hay una puerta lateral. Suele estar cerrada, pero puedo dejarla abierta mañana entre las dos y las tres de la tarde. Hora de cambio de turno, los que salen pasándole los marrones a los que entran. Nadie mira quién entra o sale.

—¿Y usted?

—Yo no estaré allí. No puedo estar vinculado a esto. —Morales se inclinó hacia adelante—. Pero señora Martínez, tiene que entender algo. Si la pillan ahí dentro, no habrá nadie que la ayude. Nadie.

—Lo entiendo.

—No, no lo entiende. —Su voz se volvió urgente—. Vega tiene amigos en todas partes. En el Ayuntamiento, en.... en sitios que no puedo mencionar. Si deciden ir a por usted, encontrarán la manera. Elena sostuvo su mirada.

—¿Por qué me ayuda entonces?

Morales tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz era apenas un susurro.

—Porque llevo desde lo de Torrent sin poder dormir. Porque cada vez que veo las noticias y hay un derrumbe, pienso que podría ser uno

de los edificios relacionados con Vega. —Hizo una pausa—. Y porque mis hijos merecen un padre que pueda mirarse al espejo.

Elena asintió. No había nada que añadir.

—Gracias —dijo simplemente.

Se levantó para irse. Morales la detuvo con una mano en el brazo.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—Cuando encuentre lo que busca... no vuelva a contactarme. Por su bien y por el mío.

—Entendido.

Elena salió del bar. El sol de la tarde caía sobre la huerta, dorando los bancales de naranjos antes de desaparecer. El aparcamiento de grava crujía bajo sus pies mientras caminaba hacia el coche.

Arrancó el motor. Estaba a punto de salir del aparcamiento cuando el móvil vibró.

Morales.

Frunció el ceño. Acababan de despedirse hacía menos de un minuto.

—¿Sí?

La voz al otro lado era irreconocible. Temblorosa. Rota.

—Olvide todo lo que le he dicho.

—¿Qué?

—No me llame más. No vuelva a buscarme.

—Morales, ¿qué ha pasado?

—Por favor. —Un sollozo ahogado—. Tengo hijos.

La línea se cortó.

Elena se quedó mirando el teléfono. El motor seguía encendido, el sol seguía bajando, el mundo seguía girando. Pero algo había cambiado en apenas unos minutos.

No habían pasado ni cinco minutos desde que se despidieron.

Eso era lo que tardaba Ricardo Vega en destruir a una persona.

Guardó el teléfono. Apretó el volante con fuerza.

Y condujo hacia Valencia con la certeza helada de que ahora estaba completamente sola.

CAPÍTULO 10: EL ARCHIVO

Elena no durmió.

A las tres de la madrugada dejó de intentarlo. Se sentó en el sofá con las piernas recogidas, el portátil sobre las rodillas y la luz de la pantalla como única compañía. Repasó una vez más todo lo que sabía: los edificios, las empresas fantasma, los nombres y las fechas. Poeta Querol. Blasco Ibáñez. Torrent. Una telaraña de corrupción que se extendía más de lo que había imaginado.

Y en el centro, siempre, Ricardo Vega.

Pero ahora había algo más. Alguien más arriba, había dicho Morales. Alguien del Ayuntamiento. Alguien con poder real.

Cerró el portátil. La oscuridad del salón la envolvió.

Morales le había dado una oportunidad. Una puerta lateral que estaría abierta entre las dos y las tres de la tarde. Pero eso fue antes de la llamada. Antes de "Tengo hijos". Antes de que Vega lo destruyera en cinco minutos.

¿Seguiría la puerta abierta?

Morales había dicho que la prepararía para "mañana". Eso significaba hoy. Si lo habían amenazado después de preparar el acceso...

Era un riesgo enorme. Si la puerta estaba cerrada, habría ido para nada. Si estaba abierta pero alguien la veía entrar... No habría nadie que la ayudara. Eso también lo había dicho Morales.

Pero las cuarenta y ocho horas de Carlos se iban consumiendo. Y los archivos del sótano eran la única prueba física que les quedaba.

Elena miró el reloj de la pared. Las tres y cuarto.

Diez horas hasta la ventana de oportunidad.

Diez horas para decidir si estaba dispuesta a arriesgarlo todo.

* * *

A las siete de la mañana, alargó la mano hacia el smartphone por costumbre. Se detuvo a medio gesto. Lo dejó en la mesilla y cogió el

prepago.

Llamó a David.

—¿Has dormido algo? —preguntó él, la voz todavía ronca.

—No. ¿Tú?

—Poco.

Elena se levantó del sofá, caminó hacia la ventana. El sol ya calentaba las calles de Valencia, prometiendo otro día de bochorno.

—Voy a ir al archivo —dijo.

Silencio al otro lado.

—¿Qué?

—El Ayuntamiento. El sótano. Los expedientes. Morales dijo que la puerta estaría abierta hoy entre las dos y las tres.

—Elena, Morales te dijo que olvidaras todo. Que no volvieras a contactarlo.

—No dijo que no fuera al archivo.

—Porque daba por hecho que no serías tan...

—¿Tan qué?

David no terminó la frase. Elena podía imaginarlo pasándose la mano por el pelo, frustrado.

—Es una locura —dijo finalmente—. Si te pillan ahí dentro...

—Si no voy, perdemos la única pista real que tenemos. Mañana se acaba el plazo de Carlos. Pasado mañana estaré suspendida de empleo, o peor. Y todo lo que tenemos son testimonios de gente que ya no puede hablar.

—¿Y si la puerta está cerrada?

—Entonces me vuelvo a casa y buscamos otra manera.

—¿Y si está abierta pero hay alguien vigilando?

—David, no tengo respuestas para todo. Solo sé que, si no lo intento, me arrepentiré el resto de mi vida.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—Voy contigo —dijo David.

—No.

—Elena...

—A ti te están vigilando más de cerca. Lo del Colegio de Aparejadores, la denuncia anónima... Si te ven cerca del Ayuntamiento hoy, será peor para los dos.

—No me gusta que vayas sola.

Elena cerró los ojos un momento.

—A mí tampoco —dijo en voz baja—. Pero no hay otra opción. Silencio. Podía sentir la tensión de David a través del teléfono, la frustración de no poder hacer nada.

—Si no me llamas a las tres y media, voy a buscarte —dijo él finalmente.

—De acuerdo.

—Elena.

—¿Sí?

—Ten cuidado. Por favor.

Cuando colgó, Elena se quedó mirando el teléfono durante un momento. Luego fue a ducharse. Tenía siete horas por delante. Siete horas para prepararse mentalmente para lo que iba a hacer.

* * *

A las dos menos diez, Elena aparcó a tres calles del Ayuntamiento. El calor era brutal. Ese calor húmedo de Valencia en verano que te pega la ropa al cuerpo y te hace sentir que el aire es demasiado espeso para respirar. Las calles estaban casi vacías. Hora de comer para algunos y de siesta para otros. Persianas bajadas, comercios cerrados, ni un alma en las aceras.

Perfecto.

Caminó despacio, intentando parecer una funcionaria que volvía de comer. Llevaba una blusa clara, pantalones de vestir y un bolso grande donde cabía todo lo que pudiera necesitar. Y el móvil preparado: cámara con acceso directo, sonido desactivado.

El edificio del Ayuntamiento era imponente incluso de espaldas. Fachada neoclásica, banderas ondeando perezosamente en el aire caliente y guardias de seguridad en la entrada principal. Pero Elena no iba a la entrada principal.

Rodeó el edificio por la calle lateral. Menos ventanas, menos ojos. Un callejón estrecho que daba a una puerta de servicio. Metal gris, sin distintivos, con una cerradura electrónica que parpadeaba en rojo.

Elena se detuvo. Miró a su alrededor. Nadie.

Esto va contra todo lo que me han enseñado. Pero el plazo de Carlos se acaba mañana y ya no hay tiempo para hacer las cosas bien.

Empujó la puerta.

Se abrió.

El alivio fue tan intenso que casi le fallan las rodillas. Morales había cumplido. Antes de que lo amenazaran, antes de que lo destruyeran, había preparado el camino.

Elena entró y dejó que la puerta se cerrara suavemente detrás de ella.

El interior olía a humedad y a desinfectante barato.

Un pasillo largo, iluminado por fluorescentes que zumbaban como insectos moribundos. Puertas a ambos lados, la mayoría cerradas. Al fondo, unas escaleras que bajaban.

Elena caminó sin hacer ruido. Zapatillas de suela blanda, otra precaución. Cada paso medido, cada respiración controlada.

Las escaleras descendían dos tramos. Al final, otra puerta. Esta no tenía cerradura electrónica, solo un pomo oxidado que chirrió cuando lo giró.

El sótano.

La luz era peor aquí. Un solo tubo fluorescente que parpadeaba cada pocos segundos, creando sombras que se movían como cosas vivas.

El olor a papel viejo era tan denso que casi se podía masticar.

Humedad, polvo, décadas de documentos pudriéndose en el olvido.

Estanterías metálicas se extendían en filas hasta donde alcanzaba la vista. Archivadores de cartón apilados hasta el techo. Cajas sin etiquetar. Carpetas que se salían de sus sitios como lenguas marrones.

Elena sacó el móvil y activó la linterna. El haz de luz recorrió las estanterías, iluminando etiquetas descoloridas.

"Hacienda 1998-2002". "Personal jubilado". "Contratos menores".

Siguió avanzando. El suelo estaba húmedo en algunos puntos, charcos que reflejaban la luz de la linterna. En un rincón, algo goteaba con ritmo constante.

"Licencias de obra 2010-2015".

Se detuvo. Urbanismo. Tenía que estar cerca.

Giró a la izquierda, entre dos estanterías que casi se tocaban.

Telarañas le rozaron la cara. Las apartó con el dorso de la mano, reprimiendo un escalofrío.

Y entonces lo encontró.

"Expedientes urbanísticos. Promotoras A-L."

Elena empezó a buscar. AURECA. AURECA SL. Sus dedos recorrían las carpetas, dejando marcas en el polvo. A... AU... AUR...

No estaba.

Claro que no estaba. AURECA era una empresa fantasma. Sus expedientes habrían sido los primeros en desaparecer.

Pero Vega y Asociados sí debía estar. Vega era demasiado grande, demasiado visible para borrarlo completamente.

Fue a la sección V.

"Vega y Asociados. Proyectos 2015-2018."

Sacó la carpeta. Era gruesa, pesada. La abrió sobre una caja cercana y empezó a hojear.

Muchas páginas faltaban. Arrancadas, a juzgar por los bordes irregulares. Otras estaban tachadas con rotulador negro, ilegibles. Pero algunas habían sobrevivido.

Permisos de obra. Informes de inspección. Certificados de habitabilidad.

Y entonces lo vio.

Un documento que no debería estar ahí. Una autorización especial firmada a mano. La letra era elegante, de otra época. Y debajo de la firma, un sello oficial.

"Concejal de Urbanismo."

Elena sintió que el corazón se le aceleraba. El cargo estaba claro, pero el nombre... La tinta se había corrido, o alguien había intentado borrarlo. Solo se leían las iniciales: "F.R."

Fotografió el documento. Y el siguiente. Y el siguiente. Trabajaba rápido, metódica, sin perder tiempo en leer todo. Ya lo analizaría después. Ahora lo importante era documentar.

Diez minutos. Veinte. Treinta fotografías.

Y entonces oyó el ruido.

Pasos. Arriba. Acercándose.

Elena apagó la linterna del móvil. La oscuridad la tragó como una boca negra. Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración.

Los pasos bajaban las escaleras. Voces. Dos hombres.

—...órdenes de arriba. Hay que revisar los archivos antiguos.

—¿Ahora? ¿Con este calor? ¿No puede esperar a septiembre?

—Ya sabes cómo son. Cuando dicen que hay que hacerlo, hay que hacerlo.

Elena retrocedió lentamente, pegándose a la estantería. El metal frío le presionaba la espalda. Cada centímetro que se movía era un riesgo. Si algo caía, si hacía ruido...

La puerta del sótano se abrió. Luz de linterna barriendo el espacio.

—Madre mía, qué olor —dijo uno de los hombres.

—Bienvenido al glamour de la administración pública.

Se adentraron en el sótano. Elena podía ver el haz de sus linternas moviéndose entre las estanterías, acercándose, alejándose.

Se agachó detrás de una pila de cajas. El polvo le picaba en la nariz. Apretó los labios, luchando contra el impulso de estornudar.

Los hombres estaban a dos filas de distancia. Podía oír su conversación.

—¿Qué estamos buscando exactamente?

—Expedientes anteriores a 2015. Urbanismo, licencias, todo eso.

—Eso es media sección.

—Por eso he dicho que esto va a llevar tiempo.

Pasos más cerca. Elena cerró los ojos. Si giraban a la izquierda, la verían. Si seguían recto...

Siguieron recto.

—Empecemos por el fondo —dijo uno—. Así terminamos antes.

Se alejaron. Elena esperó. Un minuto. Dos. Las voces se volvieron murmullos distantes.

Se incorporó lentamente. Las piernas le temblaban. Al moverse, su pie golpeó algo en el suelo. Una caja. El cartón crujió.

Las voces se callaron.

—¿Has oído eso?

—Serán ratas.

—No sonaba a ratas.

Pasos. Uno de los hombres venía hacia ella.

Elena se pegó contra la estantería, fundiéndose con las sombras. El hombre apareció al final del pasillo, la linterna barriendo el suelo.

A diez metros. Cinco. Tres.

El haz de luz pasó a centímetros de sus zapatos.

Elena no respiraba. No parpadeaba. Era una estatua. Una sombra más entre las sombras.

El hombre iluminó la caja que ella había golpeado. La miró un momento.

—Una rata... sí... —murmuró—. Este sitio es un asco.

Se dio la vuelta y volvió con su compañero.

Elena esperó treinta segundos más. Guardó el móvil, aseguró la carpeta que todavía tenía en las manos, y empezó a moverse hacia la salida. Cada paso una victoria. Cada metro una huida.

Llegó a la puerta. La abrió un centímetro. Silencio al otro lado.

Salió. Subió las escaleras conteniendo las ganas de correr. El pasillo. La puerta de servicio.

El sol la golpeó como un puño de luz blanca.

Estaba fuera.

* * *

Caminó tres calles antes de permitirse respirar con normalidad.

El corazón todavía le latía en las sienes. Las manos le temblaban cuando sacó el prepago. Quién me iba a decir que en pleno siglo XXI volvería a usar un móvil sin internet, pensó con amargura. Pero antes de que pudiera marcar, lo vio.

Su coche estaba donde lo había dejado. Y había dos figuras esperando junto a él.

El estómago le dio un vuelco hasta que reconoció a David. A su lado, Álvaro Aranda.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Elena al acercarse.

—No contestabas al teléfono. —David la miró con una mezcla de alivio y enfado—. Álvaro me llamó. Él también estaba vigilando el edificio.

—¿Vigilando?

—Llevo semanas haciéndolo —dijo Álvaro. No sonreía—. Te vi entrar por la puerta lateral. Estuve a punto de seguirte, pero pensé que era mejor esperar. —Hizo una pausa—. Tengo un contacto dentro que me avisa cuando hay movimientos raros en los archivos. Hoy me dijo que habían mandado a dos tipos a "revisar expedientes antiguos".

Elena sintió un escalofrío pese al calor.

—Los he oído. Estaban en el sótano. Casi me pillan.

—Pero no lo hicieron —dijo David. No era una pregunta. Era alivio puro.

—No.

—¿Has encontrado algo?

Elena asintió. Pero antes de que pudiera explicarse, vio la expresión de Álvaro.

—Hay algo más —dijo el periodista—. Por eso te estaba buscando.

—¿Qué?

Álvaro la miró fijamente.

—Han detenido a alguien esta mañana. Hace unas tres horas.

El frío en el estómago de Elena se convirtió en hielo.

—¿Quién?

—Manuel Ortega. El capataz que os habló del cemento, de los materiales. Lo acusan de falso testimonio y obstrucción a la justicia. Elena recordó la cara de Manuel en aquel bar de la calle Sagunto. El miedo en sus ojos cuando aceptó hablar con ella. Había hablado de sus nietos, de cómo podían haber sido ellos los enterrados bajo los escombros. De la familia que tenía que alimentar. Y ahora estaba en un calabozo.

Por haber hablado con ella.

—No... —murmuró David.

—Hay más —lo cortó Álvaro—. La denuncia contra Manuel es anónima, pero viene de dentro del sistema. Alguien con acceso a información que solo podía venir de una cosa: vuestra conversación con él.

Elena sintió que las piernas le fallaban. Se apoyó en el coche.

—Nos estaban escuchando.

—O alguien habló. —Álvaro se encogió de hombros—. El resultado es el mismo. Vega está limpiando el tablero. Morales neutralizado, Manuel detenido. ¿Quién queda?

Nadie respondió. No hacía falta.

Quedaban ellos.

David, Álvaro, Elena.

Y el reloj seguía corriendo.

CAPÍTULO 11: CONSECUENCIAS

El coche de Elena estaba aparcado en una calle estrecha del barrio del Carmen, lejos de ojos curiosos. Los tres miraban la pantalla del móvil como si contuviera una bomba a punto de estallar.

En cierto modo, así era.

—Amplía esa —dijo Álvaro, señalando una de las fotografías.

Elena deslizó los dedos sobre la pantalla. La imagen se expandió: un documento amarillento, una firma elegante, un sello oficial.

"Concejal de Urbanismo. F.R."

—Fernando Ribes —dijo Álvaro sin dudar.

David lo miró.

—¿Lo conoces?

—Llevo meses investigando a Ribes. Ya tenía su entorno controlado.

—Álvaro se recostó en el asiento trasero—. Quince años en el cargo. Intocable.

Elena no decía nada. Miraba la pantalla, pero sus ojos estaban en otra parte. En un bar de barrio obrero. En la cara de un hombre que había aceptado hablar con ella porque sus nietos podrían haber sido los que estuvieran enterrados bajo los escombros.

Y ahora ese hombre estaba en un calabozo.

—Elena —dijo David, tocándole el brazo—. ¿Estás bien?

Ella parpadeó. Guardó el móvil.

—Sí. Perdona. ¿Qué decías?

—Que Ribes es el eslabón que une a Vega con el Ayuntamiento —repitió Álvaro—. Con esto, tenemos la conexión directa. Político corrupto, constructor corrupto, edificios que se caen.

—Tenemos fotos de documentos —corrigió Elena, con voz plana—. No tenemos los originales. Y el único testigo que podía corroborar lo de los materiales está detenido por falso testimonio.

El silencio cayó sobre el coche como una losa.

—Manuel sabía en lo que se metía —dijo Álvaro.

—No. —Elena lo miró por el retrovisor—. Manuel sabía que tenía miedo. Yo lo convencí de que hablara. Le dije que era lo correcto.

—Y lo era.

—Ah, ¿sí? —Elena sintió que algo se rompía dentro de ella—. ¿Y ahora qué? ¿Le digo a su familia que fue "lo correcto" mientras él se pudre en una celda?

Nadie respondió.

David arrancó el coche.

—Vamos a casa. Aquí no podemos seguir hablando.

* * *

El piso de la Alameda olía a tortilla recién hecha.

Amparo los recibió en la puerta con ese sexto sentido que tienen las madres para detectar problemas. No dijo nada. Solo los miró uno por uno, asintió, y se apartó para dejarlos pasar.

—Sentaos. Voy a poner la mesa.

—No tenemos hambre, mamá —dijo David.

—No te he preguntado si tenéis hambre. He dicho que voy a poner la mesa.

Cinco minutos después, los cuatro estaban sentados frente a platos de tortilla, pan y una ensalada que nadie tocaba. Álvaro fue el único que comió con normalidad. Elena movía el tenedor sin llevarse nada a la boca.

Amparo la observaba sin disimulo.

—¿Qué ha pasado?

David miró a Elena. Ella asintió levemente.

—Han detenido a Manuel Ortega —dijo David—. El capataz que nos contó lo de los materiales.

Amparo dejó el tenedor sobre el plato.

—¿El hombre del bar? ¿El que tenía nietos?

—Sí.

—¿De qué lo acusan?

—Falso testimonio. Obstrucción a la justicia.

Amparo se quedó en silencio. Luego miró a Elena.

—¿Fuiste tú quien habló con él primero?

Elena sintió el peso de esos ojos. No había acusación en ellos. Solo una pregunta directa que exigía una respuesta directa.

—Sí.

—¿Y lo convenciste de que hablara?

—Sí.

Amparo asintió lentamente.

—No lo denunciaste tú —dijo—. Pero ahora tienes una deuda con él. Las palabras cayeron como piedras en un pozo. Elena sintió que se hundían hasta el fondo de su estómago.

—Lo sé.

—Bien. —Amparo se levantó y empezó a recoger los platos—. Mientras lo sepas.

David abrió la boca para decir algo, pero su madre lo cortó con una mirada.

—Voy a fregar. Vosotros seguid hablando.

Cuando desapareció en la cocina, el silencio volvió a instalarse.

Álvaro fue el primero en romperlo.

—Tengo que irme. Voy a investigar más sobre Ribes, ver si encuentro algo que podamos usar. —Se levantó—. Os llamo mañana.

David lo acompañó a la puerta. Elena se quedó sentada, mirando el plato de tortilla que no había probado.

Mañana.

Mañana se acababa el plazo de Carlos. Cuarenta y ocho horas para cerrar el caso o enfrentarse al expediente. Y aquí estaba ella, con fotos de documentos que no podía usar, un testigo en prisión, y una deuda que no sabía cómo pagar.

* * *

La terraza era pequeña, apenas un balcón con dos sillas de plástico y unas macetas con geranios que Amparo cuidaba como si fueran hijos. Elena salió sin encender la luz. El aire de la noche era cálido, espeso, típico de Valencia en verano.

Se apoyó en la barandilla y miró las luces de la ciudad.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que oyó que alguien se acercaba.

—¿Puedo? —preguntó David.

Elena asintió sin girarse.

Él se colocó a su lado, apoyado también en la barandilla. Sus brazos casi se rozaban.

—Mi madre tiene esa forma de decir las cosas —dijo David—.

Directa. Sin anestesia.

—Tiene razón.

—No es culpa tuya que Manuel esté detenido.

—Sí lo es. —Elena por fin lo miró—. Yo lo busqué. Yo lo convencí. Le dije que era importante, que la verdad tenía que salir. Y ahora él está pagando el precio mientras yo sigo libre.

David no respondió inmediatamente. Se quedó mirando las luces, pensativo.

—¿Sabes qué me dijo mi padre una vez? —dijo finalmente—. Que las decisiones difíciles no son las que tienen una opción buena y una mala. Son las que tienen dos opciones malas, y tienes que elegir cuál puedes soportar.

—¿Y cuál puedo soportar yo?

—Eso solo lo sabes tú.

Elena cerró los ojos. El ultimátum de Carlos resonaba en su cabeza como un reloj que no dejaba de hacer tic-tac. Mañana. Todo se acababa mañana.

—No sé si puedo seguir con esto —dijo en voz baja.

—Puedes parar. —David se giró hacia ella—. Nadie te culparía. Has hecho más de lo que cualquiera habría hecho.

—Yo sí. —Elena abrió los ojos—. Me culparía yo.

Se miraron. La luz de la calle iluminaba el rostro de David desde abajo, creando sombras que lo hacían parecer mayor, más cansado.

—Entonces seguimos —dijo él.

—Entonces seguimos.

David alargó la mano y le tocó el hombro. Un gesto simple, sin pretensiones. Elena no se apartó. Durante un momento, ninguno de los dos se movió. Había algo en ese silencio. Algo que no tenía nombre todavía, pero que los dos reconocieron.

Luego él retiró la mano.

—Voy a bajar a por el correo. Mi madre se queja de que nunca lo recojo.

Elena sonrió débilmente.

—Las madres.

—Las madres.

David entró en el piso. Elena se quedó en la terraza, mirando las estrellas que apenas se veían entre la contaminación lumínica de la ciudad.

Mañana todo cambiaría. Para bien o para mal.

Pero esta noche, por un momento, había sentido que no estaba completamente sola.

* * *

—¡Serán miserables! —La voz de David la arrancó de sus pensamientos.

Elena corrió hacia el interior del piso. Encontró a David en el recibidor, de pie junto a la puerta abierta, con un sobre marrón en las manos. Amparo había salido de la cocina, secándose las manos con un trapo.

—¿Qué pasa? —preguntó Elena.

David no respondió. Tenía la cara del color de la ceniza.

Elena se acercó y miró el sobre. Sin remitente. Sin sello. Solo el nombre de David escrito a mano.

Dentro había fotografías.

Laura en el mostrador de urgencias, con el teléfono en la mano, hablando con alguien. El pasillo del hospital detrás de ella, lleno de gente.

Laura inclinada sobre una camilla, tomando constantes a un paciente mayor. Concentrada. Sin saber que alguien la observaba.

Laura saliendo del Hospital La Fe con su uniforme de enfermera.

Laura abriendo la puerta de su coche en el aparcamiento.

Laura entrando en el portal de su casa.

Todas tomadas sin que ella lo supiera. Todas desde ángulos que demostraban vigilancia profesional. Las del hospital eran las peores: alguien había entrado en urgencias, se había mezclado con los pacientes, las visitas, el caos característico de estos turnos y había fotografiado a Laura mientras trabajaba. Sin que nadie lo notara. Y, debajo de las fotos, una nota. Letras recortadas de periódico, como en las películas antiguas. Pero no había nada antiguo en el mensaje.

"LA FAMILIA ES LO PRIMERO."

Amparo se llevó la mano al pecho.

—Dios mío —susurró.

David levantó la vista. Por primera vez desde que Elena lo conocía, vio miedo real en sus ojos. No preocupación. No tensión. Miedo puro, animal, el miedo de quien ve amenazado a alguien que ama.

—Mi hermana —dijo, con la voz rota—. Saben dónde trabaja. Saben dónde vive.

Elena sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

Ya no era solo ella.

Había arrastrado a David a esto. Y a través de David, a su madre. A su hermana. A su familia entera.

Manuel estaba en prisión.

Morales estaba destruido.

Y ahora los Herrera estaban en el punto de mira.

Todo por seguir adelante. Todo por hacer "lo correcto".

Elena miró las fotos esparcidas sobre la mesa del recibidor. Laura sonreía en una de ellas, ajena a la cámara que la vigilaba. Ajena al peligro que se cernía sobre ella por culpa de una mujer que ni siquiera conocía.

Amparo se acercó a su hijo y le puso una mano en el brazo.

—Hay que llamar a Laura —dijo, con voz firme pese al temblor—. Ahora.

David asintió. Sacó el móvil.

Elena se quedó de pie, inmóvil, mientras el peso de las consecuencias caía sobre ella como un edificio derrumbándose.

Había querido encontrar la verdad.

Ahora la verdad estaba destrozando todo lo que tocaba.

CAPÍTULO 12: APOYO MUTUO

La luz del amanecer entraba gris por las persianas cuando Laura Herrera llegó al piso. Elena la vio desde el sofá donde llevaba horas sin dormir: una mujer de treinta y pocos, el pelo recogido de cualquier manera, los ojos enrojecidos, todavía con el uniforme de enfermera bajo la chaqueta.

David la abrazó en la entrada. Un abrazo largo, de hermanos que no necesitan explicaciones.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—No. —Laura se separó y miró alrededor. Sus ojos se detuvieron en Elena—. ¿Quién es ella?

—Elena Martínez. La auditora de la que te hablé.

Laura no respondió inmediatamente. Dejó el bolso en una silla y se sentó en el sofá de enfrente, como si necesitara distancia física.

Amparo apareció desde la cocina con una taza de café que nadie había pedido.

—Hija, tienes que comer algo.

—No tengo hambre. —Laura seguía mirando a Elena—. Quiero que alguien me explique por qué me están siguiendo.

El silencio que siguió fue denso. Elena sintió el peso de esos ojos sobre ella, la acusación implícita que no necesitaba palabras.

—Están presionando a David —dijo finalmente—. Y a cualquiera que esté cerca de él.

—¿Por qué?

—Porque estamos investigando algo que no quieren que se sepa.

Laura soltó una risa seca, sin humor.

—No te conozco. No sé quién eres. Y ahora resulta que me siguen por tu culpa.

Elena no respondió. No había nada que decir.

—Laura, ella no tiene... —empezó David.

—Ya lo sé. —Laura se frotó los ojos con el dorso de la mano—. Ya sé que no es culpa suya. Pero necesitaba decirlo.

Amparo dejó la taza sobre la mesa con un golpe suave.

—Lo que necesitamos es pensar con claridad. No echarnos las culpas.

Nadie discutió. El café se enfrió sin que nadie lo tocara.

* * *

A las ocho en punto, el móvil de Elena vibró. Carlos Mendoza.

Llevaba esperando esa llamada desde que amaneció.

Salió a la terraza para contestar. El aire de la mañana olía a lluvia que no acababa de caer.

—Elena.

—Carlos.

—¿Has tomado una decisión?

Ella miró hacia el interior del piso, donde David hablaba en voz baja con su hermana. Dos personas cuyas vidas se habían complicado por su culpa. Por hacer lo correcto.

—No voy a firmar ese informe.

Un silencio al otro lado de la línea. Cuando Carlos habló, su voz sonaba cansada.

—Sabes lo que significa eso.

—Sí.

—Elena, llevo diez años trabajando contigo. Eres la mejor auditora que he tenido. No me hagas esto.

—No te lo hago a ti. Me lo hago a mí misma.

—Es lo mismo. Si no firmas, tendré que despedirte. Y no será bonito. Conducta inapropiada, conflicto de intereses, lo que haga falta para proteger a la empresa.

Elena cerró los ojos. El vértigo de caer sin red.

—Entonces hazlo.

—Elena...

—No voy a firmar algo que sé que es mentira. No puedo.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—Recoge tus cosas esta tarde. Antes de las cinco. Seguridad te acompañará.

Colgó sin despedirse.

Elena se quedó mirando el teléfono como si fuera un objeto extraño. Diez años. Una carrera entera. Y se había acabado en menos de tres minutos.

La puerta de la terraza se abrió. David salió con dos tazas humeantes.

—He oído parte. —Le ofreció una taza—. ¿Te han despedido?

Elena asintió. No confiaba en su voz.

—Lo siento. Esto es culpa mía.

—No. —Ella bebió un sorbo del café. Estaba demasiado caliente, pero no le importó—. Es culpa de quien hizo trampas con los materiales. De quien sobornó a los inspectores. De quien dejó que un edificio se cayera encima de catorce personas.

David no respondió. Se quedaron en silencio, mirando los tejados de Valencia bajo el cielo gris.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó él finalmente.

—No lo sé. —Elena se sorprendió al descubrir que era verdad—. Pero no voy a parar.

—Bien. —David asintió—. Yo tampoco.

No hubo abrazos ni grandes declaraciones. Solo dos personas de pie en una terraza, sosteniendo tazas de café, decidiendo juntas que no iban a rendirse.

Era suficiente.

* * *

La llamada de Álvaro llegó a media mañana. David puso el altavoz y todos se reunieron alrededor de la mesa del comedor: Elena, Amparo y Laura, que había decidido quedarse pese a todo.

—¿Estáis todos? —La voz del periodista sonaba diferente. Más grave.

—Sí. ¿Qué has encontrado?

Una pausa. Elena oyó el sonido de papeles al otro lado de la línea.

—Fernando Ribes. Concejal de Urbanismo desde hace quince años. Casado, dos hijos. Historial limpio, al menos en la superficie.

—¿Y debajo?

—Debajo hay trapos sucios. Muchos —Álvaro respiró hondo—. Su hija mayor, Cristina Ribes, se casó hace cuatro años. ¿Sabéis con quién?

Nadie respondió.

—Con Jaime Vega Pla. Sobrino de Ricardo Vega.

El silencio que siguió fue absoluto. Elena sintió que las piezas encajaban con un clic casi audible.

—Son familia —dijo David.

—Familia política. Pero familia. Y hay más. He estado revisando el registro de la propiedad. Ribes tiene tres apartamentos en la playa que no cuadran con su sueldo de funcionario. Y adivina quién los construyó.

—Vega y Asociados.

—Bingo. —La voz de Álvaro perdió cualquier rastro de satisfacción—. Mirad, esto... esto es más grande de lo que pensé. No es un constructor corrupto y un inspector comprado. Es una red. Llevan años protegiéndose mutuamente. Familias, contratos, propiedades. Todo conectado.

Laura, que había permanecido en silencio, habló por primera vez:

—¿Y por eso me vigilan a mí? ¿Por una boda?

—Te vigilan porque tu hermano es una amenaza para esa red. Y las amenazas se neutralizan atacando los puntos débiles.

Elena pensó en Manuel Ortega, detenido. En la licencia de David, suspendida. En su propio despido, hacía apenas dos horas. Puntos débiles. Todos ellos.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó David.

—De momento, nada. Necesito verificar algunas cosas más antes de publicar. Pero quería que lo supierais. —Otra pausa—. Tened cuidado. Esta gente no juega.

Colgó. El silencio volvió a instalarse en el comedor.

—Deberías irte a casa de la tía Montse —dijo David mirando a Laura—. En Gandía estarías más segura.

—No.

—Laura...

—He dicho que no. —Se levantó de la silla y caminó hasta la ventana—. ¿Por qué tengo que irme yo? Y, además, ¿qué pasa con mamá? ¿Con vosotros? Amparo intervino desde su sitio:

—Tu hermano tiene razón en preocuparse. Pero tú tienes razón en lo demás. Huir no es la solución.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos quedamos esperando a que nos hagan algo?

—Nos quedamos siendo más listos que ellos —dijo Elena. Todos la miraron—. Cambiar rutinas. No ir solos. Documentar todo. Si saben que estamos vigilando, quizás se lo piensen dos veces.

Laura la estudió durante un momento largo. Algo cambió en su expresión, un ablandamiento casi imperceptible.

—¿Tú te quedas?

—Sí.

—¿Por qué? Ya no tienes trabajo. Podrías alejarte de todo esto.

Elena pensó en la pregunta. Pensó en las víctimas de Poeta Querol, en los ocho edificios con defectos estructurales, en las familias que dormían cada noche sin saber que sus casas podían derrumbarse.

—Porque alguien tiene que hacerlo. Y resulta que sé cómo.

Laura asintió lentamente. Luego, para sorpresa de todos, extendió la mano.

—Entonces supongo que estamos en el mismo equipo.

Elena se la estrechó. La mano de Laura era firme, de enfermera acostumbrada al trabajo duro.

—Supongo que sí.

* * *

Amparo y Laura salieron a comprar algo para comer. Juntas, como habían acordado.

Caminaban por la calle Colón cuando Amparo se detuvo de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura.

—El hombre del banco. El de la gorra azul.

Laura miró disimuladamente. Un tipo de unos cuarenta años, gorra azul, leyendo el periódico en un banco frente a la panadería.

—¿Qué pasa con él?

—Estaba en la puerta del edificio cuando salimos. Y ahora está aquí.

Laura sintió un escalofrío.

—Quizás es coincidencia.

—Quizás. —Amparo siguió caminando, pero su voz era de acero—. Vamos a comprobarlo.

En lugar de entrar en la panadería, giró a la derecha, hacia una calle lateral. Laura la siguió sin preguntar.

Tres minutos después, volvieron a salir a Colón por otra esquina.

El hombre del banco ya no estaba.

—¿Ves? —dijo Laura—. Solo era...

—Mira el portal de enfrente.

Laura miró. El hombre de la gorra azul estaba allí, fingiendo mirar el móvil. Pero sus ojos seguían la calle por donde ellas deberían haber salido.

Amparo sacó su móvil y, sin decir nada, le hizo una foto.

—¿Qué haces? —susurró Laura.

—Documentar. Como dijo Elena. —Guardó el teléfono—. Ahora volvemos a casa por el camino largo. Y no miramos atrás.

Laura la siguió sin decir nada. Había cosas de su madre que nunca había visto hasta ahora.

Elena las vio volver desde la ventana, dos figuras que caminaban cerca la una de la otra, vigilantes sin ser obvias.

—Mi madre te ha adoptado —dijo David a su espalda—. Es buena señal.

Elena se giró. Él estaba apoyado en el marco de la puerta, los brazos cruzados, una media sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—¿Y tu hermana?

—Laura es más difícil. Pero si te ha dado la mano, es que has pasado la prueba.

Se quedaron en silencio. El piso se sentía extrañamente vacío sin Amparo y Laura.

—¿Y ahora qué? —preguntó Elena—. Sin trabajo, sin protección institucional, sin...

—Tenemos a Álvaro. Tenemos las fotos del archivo. Tenemos la verdad.

—La verdad no sirve de nada si no podemos demostrarla.

—Entonces encontraremos la forma. —David se separó del marco y caminó hacia ella—. No estás sola en esto, Elena. Quiero que lo sepas.

Ella lo miró. Había algo en sus ojos que no había visto antes, o que no se había permitido ver. Algo más que alianza profesional, más que gratitud.

—Gracias —dijo—. Por no echarme la culpa de todo esto.

—¿Por qué iba a hacerlo? Estamos juntos en esto.

Juntos. La palabra quedó flotando entre ellos, cargada de un significado que ninguno se atrevió a explorar.

El móvil de Elena vibró en su bolsillo, rompiendo el momento.

Un mensaje de un número desconocido. Una foto: ella misma, entrando en el Ayuntamiento el día anterior. Se veía claramente su cara, la carpeta bajo el brazo.

Debajo, un texto:

"Sabemos lo que cogiste. Devuélvelo o lo siguiente no será una foto."

Elena sintió el frío trepando por su columna.

—¿Qué pasa? —preguntó David, viendo su expresión.

Ella le mostró la pantalla sin decir nada.

El cerco se estaba cerrando.

CAPÍTULO 13: FISURAS

Elena miró la pantalla del móvil como si pudiera cambiar lo que veía. La foto seguía ahí: ella misma entrando en el Ayuntamiento, la carpeta bajo el brazo, el rostro perfectamente reconocible.

"Sabemos lo que cogiste. Devuélvelo o lo siguiente no será una foto."

—Esto es de ayer. —David se inclinó sobre su hombro, la mandíbula tensa—. Yo estaba en el coche esperándote. No vi a nadie.

—Pues alguien te vio a ti. Y a mí.

—Maldición.

Se quedaron en silencio. El salón estaba vacío; Amparo y Laura se habían ido a dormir hacía una hora, agotadas por un día que había durado demasiado.

—¿Qué hacemos? —dijo David finalmente.

Elena bloqueó el teléfono y lo dejó sobre la mesa, boca abajo, como si eso pudiera hacer desaparecer la amenaza.

—No vamos a devolverlo.

—Elena...

—Si devolvemos esas fotos, perdemos la única prueba física que tenemos. Todo lo demás son testimonios, y ya hemos visto lo que pasa con los testigos. —Pensó en Manuel, en su celda. En Morales, neutralizado—. Esto es lo único sólido.

—Y también es lo que te pone una diana en la espalda.

—Ya la tengo. Da igual si devuelvo los documentos o no. Saben quién soy, saben lo que estoy haciendo. Eso no va a cambiar.

David se pasó una mano por el pelo, un gesto que Elena empezaba a reconocer como señal de frustración.

—Entonces, ¿qué propones?

—Copias. Muchas copias. En sitios diferentes. Que, aunque encuentren una, queden otras.

—Álvaro ya tiene los archivos digitales.

—No es suficiente. —Elena se levantó y caminó hacia la ventana. Las luces de Valencia parpadeaban en la distancia—. Necesitamos una copia fuera de aquí. Fuera del alcance de Vega.

—¿Fuera de Valencia?

—Fuera de su red de influencia. Madrid, Barcelona, donde sea.

David la miró con cautela.

—¿Tienes a alguien?

Elena pensó durante un momento. Repasó mentalmente sus contactos: compañeros de trabajo que ahora la evitarían, conocidos del sector que no querrían problemas... Y entonces recordó un nombre que llevaba años sin pronunciar.

—Alejandro Ferrer. Fue mi profesor de estructuras en la universidad. Ahora da clases en la Politécnica de Madrid.

—¿Confías en él?

—Me escribió una carta de recomendación cuando empecé a trabajar. Siempre me dijo que si necesitaba algo...

—Eso fue hace años, Elena.

—Lo sé. —Se giró hacia él—. Pero es lo mejor que tengo. Es técnico, entiende la documentación, y no tiene ninguna conexión con Valencia.

David no parecía convencido del todo, pero asintió.

—Hazlo. Pero ten cuidado con lo que le cuentas.

Elena cogió el móvil y empezó a redactar un mensaje. Dudó varias veces antes de enviarlo. Era un riesgo. Quizá un error. Pero quedarse quieta también lo era.

El mensaje salió a las once y cuarto de la noche.

* * *

No podía dormir.

Elena salió a la terraza poco después de medianoche, cuando el piso se había quedado en silencio. El aire de la noche era tibio, denso, con ese peso húmedo que Valencia arrastraba incluso en las horas más oscuras.

Se apoyó en la barandilla y miró la calle. Las farolas de la Alameda proyectaban círculos de luz sobre el asfalto, y más allá, entre las copas de los árboles del Turia, se adivinaban las luces de los edificios del centro. El rumor lejano del tráfico nocturno y el olor a tierra húmeda de los jardines.

¿En qué me he metido?

Hacía una semana era auditora de seguros. Tenía un trabajo estable, un piso propio, una vida ordenada. Ahora no tenía nada de eso. Solo una carpeta con fotos robadas, una lista de enemigos que crecía cada día, y un sofá prestado en casa de un hombre al que apenas conocía.

Pensó en su apartamento de Malvarrosa. En las plantas que se estarían muriendo porque nadie las regaba. En la taza de café que había dejado en el fregadero antes de que Carlos la llamara.

Parecía otra vida.

—¿Tú tampoco duermes?

La voz de David la sobresaltó. Se giró y lo vio en el umbral de la puerta, descalzo, con una camiseta vieja y el pelo revuelto.

—No. Demasiadas cosas en la cabeza.

Él se acercó y se apoyó en la barandilla, a su lado. No demasiado cerca. Lo justo.

—¿Has enviado el mensaje?

—Sí. Ahora solo queda esperar.

Un silencio se instaló entre ellos. No era incómodo. Era el silencio de dos personas que han pasado demasiadas horas juntas para necesitar llenar cada hueco con palabras.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo David finalmente.

—Claro.

—¿Por qué no firmaste el informe?

Elena tardó en responder. No porque no supiera la respuesta, sino porque nunca la había dicho en voz alta.

—Porque ya lo hice una vez.

David no dijo nada. Esperó.

—Hace tres años. Una fábrica de muebles en Paterna. Hubo un incendio pequeño, sin víctimas. Me mandaron a investigar. —Elena respiró hondo. El recuerdo todavía dolía—. Encontré irregularidades. El sistema eléctrico estaba mal instalado, había materiales inflamables almacenados donde no debían. Pero las pruebas no eran concluyentes. El dueño tenía contactos, presionaron a la empresa...

—Y firmaste.

—Firmé que no había negligencia demostrable. —La palabra le supo amarga—. Seis meses después, otro incendio. Mismo edificio. Esta vez murieron dos trabajadores. Un hombre de cuarenta años y un chaval de veintitrés que llevaba dos semanas en el puesto.

David permaneció en silencio.

—Se llamaba Rubén. El joven. Lo leí en el periódico. —Elena se miró las manos—. Nunca lo conocí, pero sé su nombre. Y cada vez que pienso en firmar algo que no es verdad, lo veo a él.

Hizo una pausa.

—Encontré una foto suya después del segundo incendio. Alguien la había dejado en el memorial improvisado que pusieron los compañeros. Sonreía. Llevaba una camiseta del Valencia CF, de esas antiguas, con el murciélago grande.

David no dijo nada. Solo escuchaba.

—Todavía la tengo. En un cajón de la mesilla. No puedo tirarla, pero tampoco puedo mirarla.

—No fue culpa tuya.

—No directamente. Pero podría haberlo evitado. Si hubiera insistido más, si hubiera encontrado mejores pruebas, si no hubiera cedido a la presión...

—Elena. —La voz de David era suave—. No puedes cargar con todas las decisiones que no tomaste.

—¿Y tú? —Ella lo miró—. ¿No cargas con Poeta Querol?

La pregunta quedó flotando entre ellos. David tardó en responder.

—Cada día. Cada vez que veo las noticias, cada vez que paso por esa calle. —Suspiró—. Me digo que yo no sabía lo que Vega estaba haciendo. Que confié en quien no debía. Pero eso no cambia el resultado.

—No eres responsable de lo que otros hicieron a tus espaldas.

—Lo mismo podría decirte a ti.

Se miraron. Había algo en ese intercambio, en esa comprensión mutua de la culpa, que los acercaba más que cualquier palabra de consuelo.

—¿Puedo contarte algo? —dijo David después de un momento.

—Claro.

—Mi ex mujer. Marta. —El nombre salió con esfuerzo, como si llevara tiempo sin pronunciarlo—. Nos casamos jóvenes. Yo tenía veintiséis, ella veinticuatro. Creía que lo teníamos todo claro.

Elena escuchó sin interrumpir.

—Pero ella quería otra cosa. Madrid, una vida más grande, salir del negocio familiar. Y yo... yo no podía dejar a mi padre. Estaba enfermo, la empresa lo necesitaba, mi madre lo necesitaba. —David se encogió de hombros—. No había malos en esa historia. Solo dos personas que querían cosas diferentes.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Cuatro años. Los últimos dos fueron... difíciles. Cuando firmamos el divorcio, casi fue un alivio. —Hizo una pausa—. Pero desde entonces no he vuelto a confiar fácilmente. En nadie.

—¿Y ahora?

David la miró. En la penumbra de la terraza, sus ojos parecían más oscuros.

—Ahora estoy aquí, contándole mi vida a una auditora que conocí hace una semana y que ha puesto mi mundo patas arriba.

Elena sonrió a pesar de todo.

—Lo siento.

—No lo sientas. —Él también sonrió, pero la suya era diferente. Más seria—. Hacía mucho tiempo que no sentía que lo que hago importa de verdad. Tú me has recordado por qué empecé en esto.

El silencio que siguió fue diferente. Más denso. Cargado de algo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

Elena notó que David se había acercado. O quizá había sido ella. La distancia entre ellos se había reducido sin que ninguno lo planeara. Podía ver las líneas alrededor de sus ojos, las canas que empezaban a platearse sobre sus orejas, la forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración.

Él alzó una mano. Despacio. Como si fuera a apartar un mechón de pelo de su cara. O a tocar su mejilla.

Elena contuvo la respiración.

Y entonces el móvil vibró en su bolsillo.

La mano de David se quedó suspendida un instante antes de bajar. El momento se rompió como cristal fino. Elena dio un paso atrás, sacando el teléfono con los dedos que no le obedecían del todo.

—Es Álvaro.

Contestó con la voz más firme que pudo reunir.

—¿Álvaro?

—¿Estáis despiertos? Tenéis que oír esto.

Elena puso el altavoz. David se acercó, el roce de su hombro contra el de ella era un recordatorio de lo que acababa de no pasar.

—Te escuchamos.

—He estado cruzando datos toda la noche. Transferencias bancarias, registros de propiedad, actas de reuniones. —La voz de Álvaro sonaba agotada pero excitada—. Ribes ha recibido pagos de tres empresas diferentes vinculadas a Vega. Todos disfrazados de "servicios de consultoría". Estamos hablando de más de doscientos mil euros en los últimos cinco años.

—Eso es soborno —dijo David.

—Eso es la punta del iceberg. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—He intentado acceder de nuevo a los archivos del Ayuntamiento. Los digitales, los que consulté hace unos días. —Una pausa—. Han desaparecido.

Elena sintió un escalofrío.

—¿Desaparecido cómo?

—Borrados. Alguien con acceso de administrador ha limpiado todo lo relacionado con Vega y Asociados de los últimos diez años. Permisos de obra, informes de inspección, certificados de habitabilidad. Todo.

—Están limpiando la casa —murmuró David.

—Exacto. Y eso significa que lo que vosotros tenéis, esas fotos del archivo físico, es ahora la única prueba que existe.

Elena miró la carpeta que descansaba sobre la mesa del salón. Veinte fotografías. Documentos que ya no existían en ningún otro sitio.

—¿Entendéis lo que os estoy diciendo? —continuó Álvaro—. Si perdéis esas fotos, no queda nada. Nada. Es vuestra palabra contra la de ellos. Y ellos tienen abogados, políticos y un concejal de urbanismo en el bolsillo.

—No las vamos a perder —dijo Elena.

—Más os vale. Porque ahora mismo sois los únicos que pueden hundir a Vega. Y él lo sabe.

Colgó.

El silencio que siguió pesaba como plomo. Elena se quedó mirando el teléfono, procesando lo que acababa de oír.

—He enviado una copia a Alejandro —dijo finalmente—. A Madrid.

—¿Ya te ha respondido?

—Todavía no. —Se mordió el labio—. Espero haber hecho bien.

David la miró. Había preocupación en sus ojos, pero también algo parecido a la confianza.

—Has hecho lo que podías. Es más de lo que hace la mayoría.

Elena asintió, pero la duda seguía ahí, enquistada en el pecho como una astilla.

Había enviado documentos cruciales a un hombre al que no veía en años. Un profesor que recordaba vagamente, una relación profesional que quizá ya no significaba nada.

¿Y si se había equivocado?

¿Y si la lógica no era suficiente?

Miró a David, que seguía a su lado, y por un momento quiso decirle todo eso. Quiso confesarle que estaba aterrada, que no sabía si lo que hacía tenía sentido, que a veces sentía que estaba arrastrando a todos a un pozo del que no podrían salir.

Pero no lo hizo.

En lugar de eso, cuadró los hombros y dijo:

—Mañana haremos más copias. Y encontraremos la forma de usar lo que tenemos.

David asintió.

—Juntos.

Era la segunda vez que usaba esa palabra en dos días. Y Elena descubrió que, pese a todo, le gustaba cómo sonaba.

CAPÍTULO 14: PLAN B

El olor a café recién hecho llenaba la cocina cuando Elena entró. Amparo estaba de espaldas, removiendo algo en una sartén. David, sentado a la mesa, levantó la vista del periódico.

Sus miradas se cruzaron.

Un segundo. Quizá dos.

Elena apartó los ojos primero.

—Buenos días —dijo, dirigiéndose hacia la cafetera.

—Buenos días. —La voz de David sonaba normal. Demasiado normal.

Amparo se giró con la sartén en la mano.

—Siéntate. He hecho huevos revueltos.

—No tengo mucha hambre.

—No te he preguntado si tienes hambre.

Elena se sentó frente a David. La mesa era pequeña, sus rodillas casi se rozaban por debajo. Ninguno de los dos se movió.

Amparo sirvió los platos sin decir nada. Pero Elena notó cómo sus ojos iban de uno a otro, evaluando, midiendo. Las madres siempre lo saben.

Laura apareció en la puerta, todavía en pijama, el pelo revuelto.

—¿Hay café?

—Siempre hay café —dijo Amparo.

Se sentaron los cuatro. El silencio pesaba como plomo.

—¿Habéis dormido bien? —preguntó Amparo, con un tono que dejaba claro que sabía la respuesta.

—Sí —mintieron Elena y David al unísono.

Laura los miró con curiosidad, pero no dijo nada.

El desayuno transcurrió entre frases cortas y silencios largos. Elena comió sin saborear nada, pendiente del móvil que había dejado boca arriba junto a su plato.

A las ocho y cuarto, la pantalla se iluminó.

Correo nuevo. Remitente: A. Ferrer.

Elena cogió el teléfono con dedos que intentó mantener firmes.

—Perdonad un momento.

Se levantó y fue al salón. Abrió el correo.

"Elena:

He revisado los archivos que me enviaste. No son concluyentes por sí solos, pero si son auténticos, estamos hablando de algo muy serio.

No me fío de los envíos digitales para algo así. Necesito ver los originales. En persona.

Puedo recibirme en mi despacho de la Politécnica el martes a las 11:00. Territorio neutral, sin oídos indiscretos.

Una cosa más: tengo contactos tanto en la Fiscalía Anticorrupción española como en instancias europeas. Dependiendo de lo que veamos, decidiremos qué vía es más segura. Pero primero necesito ver los documentos.

Ten cuidado. Si es lo que creo, te estás metiendo en algo muy gordo.

A. Ferrer"

Elena releyó el mensaje dos veces. Luego una tercera.

Madrid. El martes. Dos días.

Volvió a la cocina. Los tres la miraban expectantes.

—Era mi antiguo profesor. El de Madrid. —Se sentó despacio—.

Quiere ver los documentos originales. En persona. El martes.

David dejó la taza de café sobre la mesa.

—¿Ir a Madrid?

—Sí.

—¿Con los originales?

—Es la única copia física que existe.

El silencio que siguió fue diferente. Más denso.

Laura fue la primera en hablar.

—¿Qué documentos?

Elena la miró. Hasta ahora, Laura solo sabía que estaba amenazada. No sabía por qué.

—Las fotos que saqué del archivo municipal. Prueban la conexión entre Vega y el concejal de urbanismo. Son la única evidencia que queda.

—¿La única? ¿Qué ha pasado con las demás?

—Las borraron. Alguien con acceso de administrador limpió los archivos digitales del Ayuntamiento. Todo lo relacionado con Vega. Laura se quedó muy quieta. Luego se levantó y fue hacia el salón. Volvió con la carpeta que Elena había dejado sobre la mesa la noche anterior.

La abrió.

Pasó las fotos una por una. Su rostro no mostraba nada. Ni miedo, ni rabia. Solo concentración.

—¿Esto es por lo que me están siguiendo? —preguntó finalmente—. ¿Por unas fotos de papeles viejos?

—Esos papeles demuestran que Vega sobornó a funcionarios durante años. Que construyó edificios con materiales defectuosos. Que doce personas murieron por su culpa.

Laura cerró la carpeta.

—¿Desde cuándo saben esto?

La pregunta cayó como una piedra en un pozo.

—No lo sé exactamente —admitió Elena—. Pero nos vigilan desde hace días.

Laura asintió lentamente. No gritó. No lloró. Solo miró a su hermano.

—¿Tú lo sabías?

—Sí.

—¿Y no me lo dijiste?

—Quería protegerte.

Laura soltó una risa amarga.

—Protegerme. —Negó con la cabeza—. David, me están haciendo fotos cuando salgo del trabajo. Eso no es protección. Eso es estar en el punto de mira sin saberlo.

David no respondió. No había respuesta posible.

Amparo, que había permanecido en silencio, intervino:

—Lo hecho, hecho está. Ahora la pregunta es qué hacemos.

Elena tomó aire.

—Tengo que ir a Madrid. Si Alejandro puede conectarnos con la Fiscalía Anticorrupción, tenemos una oportunidad real.

—No irás sola —dijo David.

—David...

—No. —Su voz era firme—. Ya no es solo tu investigación. Es mi familia. Mi empresa. Mi nombre. Voy contigo.

Elena lo miró. Había algo en sus ojos que no había visto antes. Determinación, sí. Pero también algo más. Algo que no quería nombrar.

Amparo suspiró.

—No me gusta. —Hizo una pausa—. Pero tampoco me gusta que vaya sola.

—Puedo quedarme con Laura —dijo—. Álvaro puede pasar por aquí mientras estéis fuera.

—Mamá, no necesito niñera —protestó Laura.

—No es de niñera. Es de no estar sola.

Laura iba a replicar, pero algo en la expresión de su madre la detuvo.

—Está bien.

Elena miró a David.

—Entonces el martes.

—El martes.

* * *

A kilómetros de allí, en un despacho con vistas al puerto de Valencia, Ricardo Vega colgó el teléfono.

—¿Y bien? —preguntó el hombre sentado frente a él. Traje gris, corbata discreta, maletín de cuero. El tipo de abogado que cobra por horas y nunca pierde un caso.

Vega se reclinó en su sillón.

—Han contactado con alguien en Madrid. Un profesor de la Politécnica.

—¿Nombre?

—Alejandro Ferrer. Estructuras e ingeniería. Sin conexiones políticas aparentes.

—¿Peligroso?

—Potencialmente. Tiene contactos en la Fiscalía.

El abogado tamborileó los dedos sobre el maletín.

—¿Quiere que lo investigue?

—No. —Vega se levantó y caminó hacia la ventana. El Mediterráneo brillaba bajo el sol de media mañana—. Quiero que entiendan que esto no es un juego.

—¿El plan B?

—El plan B.

El abogado asintió y se levantó.

—¿Alguna instrucción específica?

Vega no se giró.

—La gente cree que el miedo es el final. El miedo es solo el principio.

* * *

Elena llegó a su piso de Malvarrosa a las cuatro de la tarde. Necesitaba ropa limpia, documentos, su portátil. Cosas prácticas para el viaje a Madrid.

David había insistido en acompañarla, pero ella se negó. Necesitaba unos minutos a solas. Unos minutos para respirar, para pensar, para

procesar todo lo que estaba pasando.

El portal estaba en silencio. Subió las escaleras despacio, las llaves ya en la mano.

Se detuvo en el rellano del tercero.

La puerta de su piso estaba entornada.

Elena se quedó inmóvil. El corazón le latía en los oídos.

Cálmate. Piensa.

Empujó la puerta con el pie, sin tocar el pomo.

El salón estaba revuelto. Cojines fuera del sofá. Libros en el suelo. Cajones abiertos.

Pero no destrozado. No era un robo violento. Era... metódico.

Elena recorrió el piso sin tocar nada. Dormitorio: armario abierto, ropa movida. Baño: botiquín revisado. Cocina: cajones fuera de sitio.

Nada roto. Nada robado.

Solo desorden. Solo la certeza de que alguien había estado allí.

Tocando sus cosas. Mirando su vida.

Te conocemos.

Ese era el mensaje.

Elena miró de reojo su smartphone, abandonado en el bolsillo exterior del bolso. Inútil. Pinchado, probablemente. Suspiró y sacó el prepago con manos que temblaban ligeramente. Marcó el número de David.

—¿Elena? ¿Ya estás...?

—Han entrado en mi piso.

Silencio al otro lado.

—¿Estás bien? ¿Hay alguien?

—No. Ya se han ido. Pero han revuelto todo.

—¿Han robado algo?

Elena miró a su alrededor.

—No. Eso es lo peor. No buscaban nada. Solo querían que supiera que pueden entrar cuando quieran.

—Sal de ahí. Ahora. Voy a buscarte.

—David...

—Ahora, Elena.

Colgó.

Elena cogió lo imprescindible: algo de ropa, el cargador del móvil y un neceser. Lo metió todo en una mochila sin mirar atrás.

En el rellano, se detuvo un momento. Miró su piso una última vez.

Ya no era su refugio. Ya no era seguro.

Ya no era nada.

Bajó las escaleras y esperó en el portal hasta que vio el coche de David doblar la esquina.

* * *

Eran casi las ocho cuando el móvil de David sonó.

Estaban los cuatro en el salón: Elena, David, Amparo, Laura. La televisión encendida sin sonido, nadie mirándola realmente.

David miró la pantalla.

—Es Álvaro.

—Ponlo en altavoz —dijo Elena.

David contestó y activó el altavoz.

—¿Álvaro?

—¿Estáis juntos? —La voz del periodista sonaba tensa.

—Sí. Estamos todos. ¿Qué pasa?

—Han encontrado un cuerpo en el puerto. Esta mañana temprano. Llevaba documentos a nombre de Julián Ortega.

Elena frunció el ceño.

—¿Julián Ortega? No me suena.

—A mí tampoco —dijo David—. ¿Quién es?

—Era el ingeniero que firmaba todos los informes técnicos de Vega.

—Álvaro hizo una pausa—. Sin su firma, ninguno de esos edificios habría pasado las inspecciones. Y... el único que podía testificar desde dentro del sistema.

El silencio en el salón fue absoluto.

—Nosotros ni siquiera sabíamos que existía —murmuró Elena.

—Lo sé —dijo Álvaro—. Y ese es el mensaje.

—¿Qué quieres decir?

—Que Vega está limpiando el tablero. Eliminando cabos sueltos antes de que podáis tirar de ellos. Se está adelantando.

David miró a Elena. Ella vio en sus ojos lo mismo que sentía: iban un paso por detrás. Y Vega lo sabía.

Ya no eran amenazas.

Ya no eran advertencias.

Era otra cosa. Algo que cambiaba todas las reglas.

Amparo se llevó una mano al pecho, sin decir nada.

Laura miraba a su hermano con ojos muy abiertos.

Y Elena, por primera vez desde que todo esto empezó, sintió un miedo diferente. No el miedo a perder su trabajo. No el miedo a las amenazas.

El miedo a no salir viva de esto.

David la miró.

—Esto ya no es corrupción, Elena.

Ella asintió despacio.

—Lo sé.

Fuera, la noche caía sobre Valencia.

Y en algún lugar de la ciudad, alguien estaba limpiando el tablero.

Pieza por pieza.

CAPÍTULO 15: PUNTO DE NO RETORNO

Elena estaba despierta. No había dormido. Algo que, últimamente, empezaba a parecerle normal. Llevaba horas tumbada en el sofá, mirando las sombras del techo del salón, escuchando los ruidos del piso: el crujido de las tuberías, el zumbido lejano del frigorífico y los pasos de Amparo en la cocina.

Los primeros rayos de luz empezaban a filtrarse por las persianas cuando sonó el teléfono de David.

Eran las 7:12 de la mañana.

Elena se incorporó de golpe. David apareció por el pasillo con el móvil en la mano y cara de no haber dormido mucho más que ella. David contestó antes del tercer tono.

—¿Álvaro?

Pausa.

—¿Estás seguro? —La voz de David sonaba hueca—. ¿Cómo lo saben?

Pausa.

—David maldijo en voz baja—. Vale. Sí. Te llamo luego.

Colgó.

Elena ya estaba en el pasillo cuando él se giró.

—Era Álvaro —dijo David, aunque ella ya lo sabía—. Su contacto en la policía portuaria le ha dado más información de Ortega.

—¿Causa de muerte?

—Oficialmente, ahogamiento accidental. —David hizo una pausa—. Extraoficialmente, hay cosas que no encajan.

Elena cerró los ojos un momento. Julián Ortega. El ingeniero que firmaba los papeles de Vega. El único testigo desde dentro del sistema.

Lo mataron.

—¿Elena?

Abrió los ojos.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. —David dio un paso hacia ella—. Ninguno de los dos lo estamos.

Tenía razón. Pero no había tiempo para no estar bien.

—¿Qué más ha dicho Álvaro?

—Que la policía no va a investigar mucho. Ahogamiento accidental, caso cerrado. Nadie quiere remover esto.

—Deberíamos denunciarlo nosotros.

—¿A quién? ¿A la comisaría de Valencia? David, recuerda lo que dijo Morales. Vega tiene contactos en sitios que ni imaginamos. Un caso así puede acabar en un cajón para siempre.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Buscar a alguien que esté fuera de su alcance.

David no respondió.

* * *

Media hora después estaban los cuatro en el salón. Amparo había preparado café que nadie bebía. Laura estaba sentada en el borde del sofá, con las manos entrelazadas sobre las rodillas.

El silencio era espeso.

—Entonces...—dijo Laura finalmente—. El ingeniero. Lo han matado.

—No sabemos si...

—David. —Laura lo cortó—. Sabemos exactamente lo que pasó.

Nadie la contradijo.

Elena pensó en Ortega. No en el ingeniero que firmaba papeles, pensó en el hombre. El que probablemente tenía familia, amigos, una vida más allá de los documentos que firmaba.

Tenía una mujer. Álvaro lo había mencionado. Una mujer que no sabía dónde estaba. Que probablemente seguía sin saber qué había pasado realmente.

Amparo dejó su taza sobre la mesa. El ruido pareció demasiado fuerte en el silencio.

—¿Y ahora qué?

Elena miró a David. David la miró a ella. Ninguno habló.

—Puedo deciros lo que pienso —dijo Amparo, con voz firme—. Pero no os va a gustar.

—Dilo, mamá.

—Pienso que esto se ha vuelto demasiado peligroso. Pienso que hay un hombre muerto, y que vosotros podríais ser los siguientes. Pienso que ningún caso, ninguna verdad, vale la vida de mis hijos.

Laura asintió.

—Estoy de acuerdo.

David se pasó una mano por el pelo.

—No es tan simple.

—¿Por qué no? —Laura se inclinó hacia delante—. ¿Qué tenemos? Unas fotos. Un profesor en Madrid que quizá pueda ayudarnos. Y enfrente, gente que mata testigos y lo hace parecer un accidente. ¿De verdad crees que podemos ganar esto?

—No se trata de ganar.

—¿Entonces de qué se trata?

David no respondió. Miró a Elena.

Ella llevaba callada desde que empezó la conversación. Los observaba a todos: a Amparo con su miedo real, a Laura con su duda, a David dividido entre proteger y no ceder.

Todos esperaban que dijera algo.

Pero ¿qué podía decir? ¿Que tenían razón? ¿Que era demasiado peligroso? ¿Que deberían dejarlo?

Probablemente sí.

Probablemente eso era lo sensato.

—Elena. —La voz de Amparo era suave—. Nadie te culparía si decides parar.

Elena la miró. Luego miró a Laura. A David.

—Lo sé —dijo finalmente.

Se levantó y salió a la terraza.

El aire de la mañana era fresco, todavía sin el peso del calor que vendría después. Elena se apoyó en la barandilla y miró la calle. Coches aparcados. Una mujer paseando un perro. Un repartidor descargando cajas de una furgoneta. Vida normal. Gente que no sabía nada de edificios derrumbados, de documentos falsificados, de cuerpos flotando en el puerto.

Cerró los ojos.

Y los vio.

Las víctimas.

No sus nombres —nunca había conseguido memorizarlos todos—, pero sí sus caras. Las había visto en el periódico, en las noticias, en los informes que había leído una y otra vez. Una niña de seis años con trenzas. Un hombre mayor que sonreía en una foto de vacaciones. Una pareja joven que acababa de comprar su primer piso.

Personas que se habían ido a dormir la noche del sábado y no habían vuelto a despertar.

Si paro ahora, los estoy enterrando otra vez.

El pensamiento llegó sin aviso. Claro. Definitivo.

Elena abrió los ojos.

Ya sabía lo que iba a hacer.

Cuando volvió al salón, los tres la miraban.

—No voy a parar —dijo.

Laura abrió la boca para protestar, pero Elena levantó una mano.

—Escuchadme. Sé que es peligroso. Sé que hay un hombre muerto. Sé que podríamos ser los siguientes. —Hizo una pausa—. Pero si paramos ahora, Vega gana. Y no solo eso. Si paramos ahora, las próximas víctimas serán culpa nuestra.

—Elena...

—Hay más edificios, Laura. Construidos igual que Poeta Querol. Con los mismos materiales, los mismos métodos. Y siguen en pie, con

familias viviendo dentro. Si no hacemos nada, algún día uno de esos edificios se va a caer. Y esa sangre estará en nuestras manos.

El silencio que siguió fue diferente.

—No es que quiera seguir —dijo Elena, más bajo—. Es que no puedo parar.

—Y, además —continuó Elena—, ¿quién nos dice que si paramos no van a asegurarse de que no hablemos? Ni ahora ni nunca. Ya han matado a un hombre. ¿Creéis que van a dejarnos en paz solo porque abandonemos?

David se levantó despacio. Caminó hacia ella. Se detuvo a un paso de distancia.

—Entonces seguimos.

—David —dijo Amparo—, piénsalo bien.

—Ya lo he pensado. —No apartó los ojos de Elena—. Llevo pensándolo toda la noche. Y Elena tiene razón. No podemos parar. No después de todo lo que sabemos.

Laura los miraba a los dos. Su expresión era indescifrable.

—¿Y nosotras qué? —preguntó—. ¿Nos quedamos aquí esperando a que os maten?

—No —dijo Elena—. Vosotras os vais.

—¿Cómo?

—A Gandía. Con tu tía Montse. Hasta que esto termine.

Laura negó con la cabeza.

—Ya dije que no voy a huir.

—No es huir. Es ser inteligente. —Elena se acercó a ella—. Laura, tú no elegiste esto. No tienes por qué pagar el precio.

—¿Y David sí?

—David eligió. Igual que yo.

Laura miró a su hermano. Él asintió despacio.

—Elena tiene razón. Mamá y tú estaréis más seguras lejos de aquí.

Amparo, que había permanecido callada, se levantó.

—Está bien.

Todos la miraron, sorprendidos.

—¿Mamá?

—He dicho que está bien. —Su voz era firme, aunque sus ojos brillaban—. Iré con Laura a Gandía, le deben vacaciones y horas de guardia. Puede cogerse una semana o dos sin que nadie sospeche. Pero, con una condición.

—¿Cuál? —preguntó David.

—Que me llaméis todos los días. Y que, si algo sale mal, os echéis atrás. Sin heroicidades.

David asintió.

—Te lo prometo.

Amparo lo miró durante un momento largo. Luego se acercó y lo abrazó. Un abrazo breve, fuerte.

—Ten cuidado, hijo.

—Lo tendré.

Cuando se separaron, Amparo miró a Elena.

—Cuida de él.

—Lo haré.

—Y cuídate tú también. —Hizo una pausa—. Eres buena gente, Elena. No dejes que esto te destroce.

Elena no supo qué responder. Solo asintió.

* * *

Las dos horas siguientes fueron pura logística.

David salió y volvió media hora después con una bolsa de plástico.

—Teléfonos prepago —dijo, sacando dos móviles básicos, de los que ya casi no se vendían—. Para mamá y para Laura. Los vuestros pueden estar pinchados.

Amparo miró el aparato con expresión escéptica.

—Esto parece de hace veinte años.

—Mejor. Nadie los rastrea. —David le enseñó los botones—. Solo llamadas y mensajes. Nada de internet, nada de localización.

—¿Y cómo os llamo?

Elena intervino:

—Una vez al día. A las nueve de la noche. Si no llamáis a esa hora, sabremos que algo va mal. Si nosotros no respondemos... —Hizo una pausa—. Contactad con Álvaro. Él sabrá qué hacer.

Amparo asintió lentamente, guardando el teléfono en el bolsillo de su bolso.

—Una vez al día. A las nueve. —Miró a su hijo—. Más te vale responder siempre.

David llamó a la tía Montse para avisarla, mientras, Amparo y Laura hicieron maletas. Elena preparó los documentos para Madrid: las fotos originales en una carpeta impermeable, copias digitales en dos pendrives y una tercera copia enviada a una dirección de correo que solo Álvaro conocía.

—Si algo nos pasa —le dijo a David mientras organizaban los papeles—, Álvaro lo publica todo.

—¿Se lo has dicho?

—Sí. Está de acuerdo. Y le he pasado también el contacto de Alejandro.

David asintió. No hacía falta decir más.

A las once, Amparo y Laura estaban listas para irse. Un taxi las esperaba abajo.

En el recibidor, Laura abrazó a su hermano sin decir nada. Luego miró a Elena.

—Acabad con esto —dijo—. Y volved enteros.

—Lo intentaremos.

Amparo fue la última en salir. En el umbral, se giró una vez más.

—David.

—¿Sí, mamá?

—Tu padre estaría orgulloso.

Luego desapareció escaleras abajo.

David cerró la puerta. El piso quedó en silencio.

—¿Estás bien? —preguntó Elena.

—No. —La miró—. Pero vamos a hacerlo igualmente.

—Sí.

Se quedaron de pie en el recibidor, sin moverse. La distancia entre ellos era de apenas un paso. Elena notó cómo la mano de David rozaba la suya. Solo un momento. Luego él se apartó.

—Voy a reservar los billetes de tren —dijo David, sacando el móvil—.

Lo vio alejarse hacia el salón. Y por un instante, solo un instante, se permitió pensar en lo que podría haber sido si se hubieran conocido de otra manera.

Luego apartó el pensamiento y volvió al trabajo.

* * *

Los billetes estaban reservados. Las maletas hechas. El taxi pedido para las cinco de la mañana del día siguiente.

Eran casi las ocho de la tarde cuando el móvil de David sonó.

—Es Álvaro —dijo, mirando la pantalla.

—Ponlo en altavoz.

David contestó.

—¿Álvaro?

—¿Estáis sentados? —La voz del periodista sonaba extraña. Tensa.

Elena recordó la última vez que Álvaro había empezado una conversación así. No había acabado bien.

—¿Qué pasa?

—Mi contacto en la policía portuaria acaba de llamarme. Han hecho la autopsia completa de Ortega.

Elena sintió un escalofrío.

—¿Y?

—No murió la noche que lo encontraron.

El silencio se extendió como una mancha de aceite.

Elena cerró los ojos.

Días desaparecido. Sin que nadie lo supiera.

—¿Nadie denunció su desaparición? —preguntó ella.

—No. Según su mujer, Ortega dijo que tenía que irse unos días por trabajo. Un proyecto fuera de Valencia. Nada raro en alguien como él.

—¿Lo dijo él... o se lo hicieron decir?

Álvaro no respondió. No hacía falta.

Y, otra vez, silencio.

David miró a Elena.

Ya no había vuelta atrás.

—Mañana salimos para Madrid —dijo David.

—Lo sé. Tened cuidado. Y llamadme cuando lleguéis.

—Lo haremos.

David colgó.

El silencio que siguió era diferente a todos los anteriores. Más pesado. Más oscuro.

Elena miró por la ventana. Fuera, Valencia seguía con su vida normal, igual que cuando se asomó por la mañana. Coches, luces, gente volviendo a casa después del trabajo.

Pero dentro de aquel piso, algo había cambiado para siempre.

Ya no investigaban un fraude.

Huían de asesinos.

CAPÍTULO 16: FUERA DE VALENCIA

La estación de Joaquín Sorolla estaba casi vacía a las cinco y media de la mañana.

Elena caminaba junto a David por el vestíbulo iluminado con luz artificial, arrastrando una maleta pequeña con ruedas. El sonido reverberaba contra las paredes de cristal y acero, amplificando cada paso, cada roce de equipaje. A esa hora, los pocos viajeros que esperaban el primer AVE tenían el aspecto gris de quien no ha dormido o de quien preferiría seguir durmiendo.

Ella no había pegado ojo.

—¿Café? —preguntó David, señalando una máquina expendedora.

—Sí. Solo.

Mientras él se acercaba a la máquina, Elena miró a su alrededor. Un hombre de negocios con maletín. Una pareja joven con mochilas enormes. Una mujer mayor leyendo el periódico en un banco. Gente normal, haciendo cosas normales.

¿Y aquel tipo del fondo, el de la chaqueta oscura que miraba el móvil? ¿Llevaba ahí cuando llegaron?

Para, se dijo. No puedes sospechar de todo el mundo.

Pero tampoco podía dejar de hacerlo.

David volvió con dos vasos de plástico humeantes. Le pasó uno.

—El de la chaqueta oscura —murmuró David sin mirarla—. ¿Lo has visto?

—Sí.

—Estaba en la cafetería de la estación cuando llegamos.

Elena no respondió. No hacía falta.

—El tren sale en veinte minutos.

—Lo sé.

—¿Estás bien?

Elena bebió un sorbo. El café estaba demasiado caliente y sabía a máquina, pero al menos era algo que hacer con las manos.

—Estoy despierta. Es un comienzo.

David no insistió. Habían aprendido a leer los silencios del otro.

Cuando anunciaron el embarque, caminaron hacia el andén sin hablar. Elena pasó el billete por el lector y cruzó las puertas automáticas. No miró atrás. Si alguien los seguía, no quería saberlo.

Todavía no.

* * *

El AVE arrancó con esa suavidad casi imperceptible de los trenes de alta velocidad. Un momento estaban quietos, al siguiente Valencia se deslizaba hacia atrás por la ventanilla, primero despacio, luego cada vez más rápido, hasta convertirse en un borrón de luces naranjas contra el cielo que empezaba a clarear.

Elena observó cómo desaparecía la ciudad. Las últimas farolas, los polígonos industriales, los campos de naranjos que se extendían hacia el horizonte. Todo lo que conocía quedándose atrás.

—¿En qué piensas? —preguntó David.

Estaba sentado a su lado, junto a la ventanilla. El vagón estaba medio vacío a esa hora, lo que les daba cierta privacidad. Aun así, Elena habló en voz baja.

—En que hace una semana estaba en mi oficina, rellenando informes. —Hizo una pausa—. Ahora voy en un tren huyendo de gente que...

—No estamos huyendo.

—¿No?

David tardó en responder.

—Estamos buscando ayuda. Es diferente.

Elena no discutió. Quizá tenía razón. Quizá era lo mismo con otro nombre.

El tren atravesaba ahora la llanura manchega, un paisaje monótono de tierra parda y cielo inmenso. El sol empezaba a asomar por el este, tiñendo las nubes de rosa y naranja. Bonito, pensó Elena. Casi inusualmente bonito para un día como aquel.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo David.

—Claro.

—¿Qué harás cuando esto acabe?

La pregunta la pilló desprevenida. Llevaban semanas hablando de documentos, de pruebas, de estrategias. Nunca de después.

—No lo sé —admitió—. Supongo que depende de cómo acabe.

—¿Y si sale bien?

Elena lo miró. Tenía ojeras, el pelo revuelto, la sombra de una barba que no se había afeitado. Y, aun así, había algo en sus ojos que no era solo cansancio. Era esperanza. O algo parecido.

—Si sale bien —dijo ella despacio—, supongo que tendré que buscar otro trabajo. No creo que Carlos me readmita después de esto.

—¿Volverías a la auditoría?

—No lo sé. —Apartó la mirada hacia la ventanilla—. Antes me gustaba mi trabajo. Pensaba que hacía algo útil. Que encontrar fraudes y hacer que la gente pagara por ellos significaba algo.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que el sistema está podrido desde dentro. Que por cada fraude que descubres, hay diez que nadie investiga porque alguien ha pagado para que no se investiguen. —Suspiró—. Es difícil volver a creer en algo después de eso.

David asintió lentamente.

—Mi padre siempre decía que construir es un acto de fe. Que pones ladrillos uno encima de otro creyendo que van a sostenerse. Que la gente va a vivir ahí, criar a sus hijos y envejecer. —Hizo una pausa—. Supongo que la fe se puede perder en muchas cosas.

—¿Tú la has perdido?

—En el sistema, sí. —La miró—. En las personas, no del todo.

El silencio que siguió no fue incómodo. Era el tipo de silencio que solo existe entre personas que ya no necesitan llenar cada hueco con palabras.

Elena notó que sus ojos se cerraban. El cansancio acumulado de días sin dormir bien empezaba a pasarle factura. Luchó contra él durante unos minutos, pero el movimiento suave del tren era hipnótico.

—Duerme un poco —dijo David—. Yo vigilo.

—¿Vigilar qué?

—No lo sé. Pero alguien tiene que hacerlo.

Elena sonrió a su pesar. Cerró los ojos.

En algún momento, sin darse cuenta, su cabeza se inclinó hacia un lado y acabó apoyada en el hombro de David. Él no se movió. Simplemente dejó que se quedara ahí y su respiración notó como se volvía más lenta y profunda.

Y cuando ella se despertó, cuarenta minutos después, su mano estaba entrelazada con la de él.

Ninguno de los dos dijo nada.

Ninguno de los dos la soltó.

* * *

Atocha era todo lo que Valencia no era: inmensa, ruidosa, anónima.

Elena caminaba entre la multitud con la sensación extraña de ser invisible. En Valencia, después de semanas de paranoia, había llegado a sentir que cada esquina escondía una amenaza. Aquí, rodeada de miles de desconocidos que iban y venían sin mirarla, casi podía creer que nadie sabía quién era.

Casi.

El jardín tropical de la estación se alzaba bajo la cúpula de cristal, palmeras y plantas exóticas que parecían fuera de lugar en medio de aquel caos de viajeros y maletas. Elena se detuvo un momento a mirarlo. Había algo absurdo en aquella selva artificial, algo que le recordó que el mundo seguía girando, aunque el suyo se estuviera cayendo a pedazos.

—¿Lista? —preguntó David.

—Sí.

Salieron a la calle. Madrid los recibió con ruido de tráfico, olor a tubo de escape y un cielo gris que amenazaba lluvia. Tan diferente del azul perpetuo de Valencia que Elena sintió un escalofrío.

Territorio neutral, pensó. O territorio enemigo. Aún no lo sabía.

* * *

Alejandro Ferrer los esperaba en un despacho del centro, cerca de la Puerta del Sol. El edificio era antiguo, con fachada de piedra y un portal oscuro que olía a humedad y a historia. El ascensor era de esos con puertas de hierro que hay que cerrar a mano.

Ferrer les abrió la puerta personalmente. Era más joven de lo que Elena recordaba—cincuenta y pocos, calculó— con gafas de montura fina y un traje que parecía caro, pero no ostentoso. Su apretón de manos fue firme, su sonrisa contenida.

—Pasad. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Sin incidentes —dijo David.

—Eso ya es algo.

El despacho era pequeño pero ordenado, con estanterías llenas de libros técnicos y carpetas etiquetadas. Una ventana daba a un patio interior que apenas dejaba entrar luz. Ferrer les indicó que se sentaran en dos sillas frente a su escritorio.

—He revisado con detalle los documentos que me enviaste—dijo, sentándose frente a ellos—. Tengo que deciros que es... considerable.

—¿Considerable? —Elena frunció el ceño.

—Quiero decir que, si las pruebas son lo que son, estamos hablando de un caso que afecta a múltiples niveles institucionales.

Constructoras, ayuntamientos... y posiblemente a la Generalitat. —Ferrer se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo—. Eso lo hace importante. También lo hace peligroso.

—Ya lo sabemos —dijo David—. Por eso estamos aquí.

—Lo sé. Y por eso voy a ayudaros. —Ferrer volvió a ponerse las gafas—. Pero necesito que entendáis cómo funciona esto.

—Lo primero sería la Fiscalía Anticorrupción —dijo Ferrer—. La española, es el camino normal.

Elena asintió. Era lo que esperaba.

—Pero... —Ferrer hizo una pausa, quitándose las gafas— tengo que ser honesto con vosotros. Conozco a gente ahí dentro. Buenos profesionales, la mayoría. Pero también sé cómo funciona esto. Un caso que implica a un concejal, a constructoras con contratos públicos, posiblemente a gente de la Generalitat...

—Vega tiene contactos —dijo David. No era una pregunta.

—No conozco a Vega personalmente. —Ferrer se frotó los ojos—. Pero llevo veinte años viendo casos así. Y con lo que me habéis enseñado, puedo imaginar el tipo de red que tiene detrás. Ya sabéis lo que dicen: la realidad siempre supera a la ficción. No digo que la Fiscalía española esté comprada. Pero sí digo que un caso así puede dormir en un cajón durante años. Recursos que no llegan, pruebas que se pierden, testigos que de repente no recuerdan nada.

Elena sintió un peso en el estómago.

—Entonces, ¿qué opciones tenemos?

Ferrer se reclinó en la silla.

—Hay otra vía. Más lenta, más complicada, pero una vez que entra ahí, nadie la puede parar desde Valencia. Ni desde Madrid.

—Europa —dijo Elena.

—La comisión europea anticorrupción. —Ferrer asintió—. Tienen jurisdicción cuando hay fondos europeos implicados, que en construcción pública casi siempre los hay. Y lo más importante: no le deben favores a nadie de aquí.

David soltó una risa amarga.

—Tener que ir a Bruselas para denunciar lo que pasa en Valencia. Vaya país de pandereta.

—Bienvenido a España, amigo mío —dijo Ferrer sin sonreír—.

Durante los siguientes veinte minutos, Ferrer les explicó el proceso. La comisión europea anticorrupción. Los mecanismos de protección para denunciantes. Los tiempos —meses, quizá más de un año—

que podía llevar una investigación formal. Las garantías, pero también las limitaciones.

Elena escuchaba con una mezcla de esperanza y frustración. Era real. Era posible. Pero no era rápido.

—Entonces, ¿qué pasa mientras tanto? —preguntó—. ¿Qué pasa con Vega? ¿Con Ribes?

—Mientras tanto, seguirán operando. —Ferrer no endulzó la respuesta—. Lo que vosotros habéis conseguido no es una varita mágica. Es una semilla. Hay que plantarla, regarla y esperar a que crezca.

—¿Y si nos matan antes de que crezca?

Ferrer la miró directamente.

—Por eso existen los mecanismos de protección. Por eso Álvaro tiene copias. Por eso yo voy a registrar todo esto hoy mismo en tres jurisdicciones diferentes. —Hizo una pausa—. Lo que habéis hecho no va a desaparecer. Aunque vosotros desaparezcáis.

No era exactamente reconfortante. Pero era honesto.

—Esto no os va a salvar mañana —continuó Ferrer—. Pero puede evitar que vuelva a pasar. Eso es lo que estáis comprando con todo esto. No justicia inmediata, es futuro.

Elena miró a David. Él asintió levemente.

—Está bien —dijo ella—. ¿Qué necesitas de nosotros?

Ferrer abrió un cajón y sacó una carpeta.

—Todo lo que tengáis. Documentos, fotos, grabaciones, testimonios. Todo. Vamos a pasar las próximas dos horas clasificándolo y haciendo copias certificadas.

Fue un proceso tedioso pero necesario. Elena y David fueron sacando carpetas, pendrives, fotocopias. Ferrer lo examinaba todo con ojo clínico, haciendo preguntas ocasionales, tomando notas. De vez en cuando asentía con aprobación. Otras veces fruncía el ceño. Cuando terminaron, Ferrer se recostó en su silla.

—Tenéis un caso sólido —dijo—. Mejor de lo que esperaba, sinceramente. Pero van a luchar. Van a intentar desacreditaros,

asustaros y compraros. Tenéis que estar preparados para eso.

—Ya lo han intentado —dijo David.

—Van a intentarlo más fuerte.

Se despidieron en la puerta del despacho. Ferrer les dio una tarjeta con un número de emergencia —"solo para situaciones graves, no me llaméis para preguntar cómo va"— y les deseó suerte.

—Una cosa más —dijo cuando ya se iban—. Tened cuidado con quién habláis. A partir de ahora, cualquier conversación puede acabar en el sitio equivocado.

Elena asintió. Lo sabía. Llevaba semanas sabiéndolo.

* * *

Salieron a la calle. Había empezado a lloviznar, esa lluvia fina de Madrid que parece no mojar, pero acaba calándote hasta los huesos.

—¿Comemos algo antes de volver? —preguntó David.

—Sí, pero lejos de aquí. No quiero quedarme cerca del despacho.

Caminaron unas manzanas hasta encontrar un bar de aspecto anodino, de esos con barra de zinc y jamones colgando del techo. Pidieron bocadillos y cañas y se sentaron en una mesa del fondo, lejos de la ventana.

Elena sacó el móvil para comprobar si tenía mensajes. Uno de Amparo confirmando que habían llegado bien a Gandía. Otro de Álvaro preguntando cómo había ido.

Y uno más.

Número desconocido. Sin texto. Solo una línea:

"Sabemos que ya se lo has dado."

Elena sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies.

—¿Qué pasa? —David vio su expresión y se tensó inmediatamente.

Ella le pasó el teléfono sin decir nada.

David leyó el mensaje. Su mandíbula se apretó.

—¿Cuándo ha llegado?

—Hace tres minutos.

Tres minutos. Mientras estaban sentados aquí, creyéndose a salvo.

Elena miró a su alrededor. El bar seguía igual: el camarero limpiando vasos, un viejo leyendo el Marca en la barra y dos mujeres charlando en una mesa cercana. Nadie que pareciera fuera de lugar.

Pero alguien sabía exactamente dónde habían estado. Y qué habían hecho.

—Tenemos que irnos —dijo David.

—¿A dónde?

No tenía respuesta.

Madrid ya no parecía territorio seguro.

Parecía una trampa que se cerraba despacio.

CAPÍTULO 17: LA RED

Ricardo Vega se despertó a las seis en punto, como todos los días. No necesitaba despertador. Después de cuarenta años madrugando, su cuerpo había aprendido a funcionar como un mecanismo de relojería. Seis en punto, sin importar la hora a la que se hubiera acostado. Sin importar lo que hubiera hecho el día anterior.

Se quedó un momento inmóvil en la cama, mirando el techo de su dormitorio. La casa estaba en silencio. Demasiado grande para un hombre solo, pero nunca había querido mudarse. Mercedes había elegido cada mueble, cada cuadro, cada cortina. Venderla habría sido como enterrarla por segunda vez.

Se levantó sin hacer ruido —costumbre de cuando ella dormía a su lado— y fue al baño. En el espejo, un hombre de sesenta y dos años le devolvió la mirada. Pelo canoso, todavía abundante. Ojos oscuros que no revelaban nada. Mandíbula firme. Había envejecido bien, le decían. Él sabía que era disciplina, no genética.

Se afeitó con la misma maquinilla que usaba desde hacía veinte años. Ducha caliente, tres minutos exactos. Traje gris oscuro, camisa blanca, corbata azul marino. Los zapatos, lustrados la noche anterior por la asistente.

Bajó a la cocina. Café solo y dos tostadas con aceite. El periódico ya estaba sobre la mesa, doblado como a él le gustaba. Leyó los titulares sin interés. Nada sobre Valencia. Nada sobre edificios. Bien. Antes de salir, pasó por el salón. Sobre la chimenea, en un marco de plata, Mercedes le sonreía desde una foto de hacía quince años. Vacaciones en Menorca. El último verano antes del diagnóstico. Vega se detuvo frente a ella, como hacía cada mañana.

—Buenos días —murmuró.

No esperaba respuesta. Nunca la había.

Se preguntó, como se preguntaba a veces, qué pensaría ella de todo esto. De lo que había construido. De cómo lo había construido. Pero

era una pregunta que había aprendido a no hacerse demasiado a menudo. Mercedes estaba muerta. Los muertos no juzgan.

Solo los vivos.

* * *

El teléfono sonó cuando estaba a punto de salir. Miró la pantalla. Sonrió.

—Buenos días, cariño.

—¡Papá! —La voz de Lucía era cálida, llena de energía—. Te pillo saliendo, ¿verdad?

—Siempre me pillas saliendo. Pero para ti tengo tiempo.

—Solo quería confirmar lo de la cena del viernes. Adrián ha reservado en ese restaurante nuevo del centro, el que te comenté.

—Apuntado.

—¿Seguro que puedes? Sé que estás muy liado con el proyecto de Castellón.

El proyecto de Castellón. Así lo llamaba ella. No sabía que no existía ningún proyecto de Castellón. Que era solo una de las muchas mentiras que su padre había tejido a su alrededor como una red invisible.

—Para mi hija siempre puedo —dijo Vega, y lo decía en serio.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti.

Colgó. Se quedó un momento con el teléfono en la mano, mirando la pantalla donde aparecía la foto de Lucía. Treinta y un años.

Abogada. Casada con un buen hombre. Feliz, o eso creía él. Feliz porque no sabía...

Y nunca sabría.

Eso era lo único que importaba.

* * *

La reunión fue en una finca a las afueras de Valencia, propiedad de uno de los socios. Oficialmente, era una explotación agrícola. En la práctica, nadie había cultivado nada allí en décadas.

Cuando Vega llegó, ya estaban todos. Fernando Ribes, el concejal, con su traje arrugado y su expresión de perpetua preocupación. Augusto Beltrán, el abogado, impecable como siempre. Y dos hombres más que Vega no presentaría por nombre: uno de Madrid y otro de Castellón. Tentáculos de la misma red.

—Gracias por venir —dijo Vega, sentándose a la cabecera de la mesa—. Seré breve.

—¿Es verdad lo de Madrid? —Ribes no podía contener el nerviosismo. Nunca había podido—. ¿Han ido a ver a alguien?

—Es verdad.

—¿A quién?

—Alejandro Ferrer. Abogado, conexiones con la comisión anticorrupción europea.

El silencio que siguió fue denso. Ribes se puso pálido.

—Ricardo. La comisión europea. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sé perfectamente lo que significa.

—Significa que esto ya no es local —intervino el hombre de Madrid—. Si esto llega a Bruselas, no hay forma de pararlo.

Vega levantó una mano. El gesto bastó para que todos callaran.

—Escuchadme bien. Lo que esa auditora y ese constructor tienen son documentos. Papeles. Fotos de un archivo que ni siquiera deberían haber visto. —Miró a Ribes—. Papeles que deberían haber desaparecido hace meses.

Ribes tragó saliva.

—Hubo un error. Un funcionario...

—Los errores se pagan, Fernando. Lo sabes.

—Ricardo, yo no...

—Ahora no. —Vega volvió a levantar la mano—. Ahora lo que importa es contener esto.

—¿Cómo? —preguntó Beltrán—. Si ya han entregado las pruebas a Ferrer, ya está hecho. No podemos recuperarlas.

—No necesitamos recuperarlas.

—¿Entonces?

Vega se recostó en su silla. Fuera, el sol de mediodía caía sobre los campos abandonados. Dentro, cinco hombres esperaban sus palabras como si fueran sentencias.

—¿Qué vale una prueba sin testigos creíbles? —preguntó—. ¿Qué vale un documento si quien lo presenta está desacreditado?

—¿Qué propones? —El hombre de Castellón habló por primera vez.

—Propongo que dejemos de perseguirlos y empecemos a destruirlos. —Vega hizo una pausa—. Legalmente.

Beltrán asintió lentamente, comprendiendo.

—Expedientes disciplinarios.

—Para empezar. La auditora fue despedida por Mediterráneo Seguros. Eso ya es un punto a nuestro favor. Pero podemos ir más lejos. Conflicto de intereses. Relación inapropiada con un investigado. Filtración de documentos confidenciales.

—¿Y el constructor? —preguntó Ribes.

—David Herrera tiene una empresa pequeña. Muy pequeña. Una auditoría fiscal exhaustiva, un par de contratos cancelados, problemas con los permisos... En seis meses no podrá pagar a sus empleados.

—¿Y Ferrer?

—Ferrer es más complicado. Pero todo el mundo tiene puntos débiles. —Vega miró al hombre de Madrid—. Encárgate de averiguar cuáles son los suyos.

El hombre asintió sin decir nada.

—¿Y si no basta? —Ribes seguía nervioso—. ¿Y si siguen adelante de todas formas?

—Entonces pasaremos al plan siguiente.

—¿Qué plan?

Vega no respondió inmediatamente. Miró por la ventana, hacia los campos que se extendían hasta el horizonte.

Recordó, sin querer, otra reunión. Hacía treinta años. Otra mesa, otras caras, pero la misma sensación de estar cruzando una línea.

* * *

Tenía treinta y dos años y una empresa a punto de quebrar.

Tres empleados que dependían de él. Una hipoteca. Una esposa embarazada de cuatro meses. Y un contrato que podía salvarlo todo, si conseguía la adjudicación.

El problema era que no iba a conseguirlo. No limpiamente.

El funcionario se llamaba Ramírez. Un hombre gris, con un despacho gris, en un edificio gris del ayuntamiento. Vega había ido a verlo para preguntar por qué su oferta había sido rechazada.

—Cuestiones técnicas —le había dicho Ramírez, sin mirarlo a los ojos.

—¿Qué cuestiones?

—Cuestiones.

Vega entendió. No era la primera vez que veía cómo funcionaba el sistema. Pero era la primera vez que tenía que decidir si quería formar parte de él.

—¿Cuánto? —preguntó.

Ramírez levantó la vista. En sus ojos no había sorpresa. Solo cálculo.

—Quinientas mil pesetas. Y el contrato es suyo.

Quinientas mil pesetas. Todo lo que tenía ahorrado. Todo lo que Mercedes y él habían guardado para la habitación y la llegada del bebé.

Podía levantarse y marcharse. Podía denunciarlo. Podía hacer lo correcto.

Pero si hacía lo correcto, en tres meses estaría en la calle. Sin empresa. Sin ingresos. Con un bebé en camino y ningún sitio donde vivir.

Solo esta vez, pensó. Solo para salir del hoyo. Luego seré limpio.

Sacó el talonario.

Lo que no sabía entonces —lo que tardó años en comprender— era que no había "solo esta vez". Que cada línea cruzada hacía más fácil cruzar la siguiente. Que el sistema no te dejaba salir una vez que entrabas.

No fue una pendiente. Fue una decisión. Y la tomó con los ojos abiertos.

Todas las que vinieron después también.

* * *

—¿Ricardo?

La voz de Beltrán lo devolvió al presente.

—¿Qué plan? —repitió Ribes—. ¿Qué hacemos si no basta con desacreditarlos?

Vega lo miró. Ribes era el eslabón más débil de la cadena. Siempre lo había sido. Demasiado nervioso, demasiado visible, demasiado cobarde para hacer lo que había que hacer, pero no lo suficiente para mantenerse fuera.

—Si no basta —dijo Vega lentamente—, entonces nos aseguraremos de que nadie los escuche.

—¿Cómo?

—Eso déjame a mí.

La reunión terminó veinte minutos después. Instrucciones claras, responsabilidades asignadas, plazos establecidos. Vega se despidió de cada uno con un apretón de manos firme y una mirada que decía más que cualquier palabra.

Cuando se quedó solo, sacó el teléfono y marcó un número que no estaba guardado en ninguna agenda.

—Soy yo —dijo cuando contestaron—. Necesito que actives los contactos en Hacienda. Y en el Colegio de Aparejadores. Sí, los dos.

—Hizo una pausa—. También quiero un informe completo sobre Alejandro Ferrer. Todo. Familia, finanzas, debilidades. Para el viernes. Colgó.

Fuera, el sol empezaba a bajar. Las sombras de los árboles se alargaban sobre la tierra seca.

Vega caminó hacia su coche sin prisa. Tenía sesenta y dos años. Había construido un imperio con las manos y con decisiones que otros no se atrevían a tomar. Había enterrado a su esposa, criado a una hija, sobrevivido a crisis que habrían destruido a hombres más débiles.

No iba a permitir que una auditora y un constructor de medio pelo tiraran todo eso abajo.

Subió al coche. Antes de arrancar, miró una vez más hacia la finca.

No necesitaba tocarlos para destruirlos.

El sistema era su arma. Y sabía exactamente cómo usarla.

CAPÍTULO 18: CENIZAS

El tren de vuelta a Valencia fue silencioso.

Elena miraba por la ventanilla sin ver realmente el paisaje. Los campos de la Mancha pasaban como manchas ocre y verdes, pero su mente estaba en otra parte. En el mensaje que seguía sin respuesta. En la sensación de que algo se había roto y no sabía exactamente qué.

David dormitaba a su lado, o fingía hacerlo. Tenía los ojos cerrados, pero su respiración no era la de alguien dormido. Elena no dijo nada. A veces el silencio es la única forma de compañía que se puede ofrecer.

Cuando llegaron a Joaquín Sorolla, el sol de la tarde caía sobre Valencia con esa luz dorada que hacía brillar las fachadas. Otra ciudad, pensó Elena. La misma de siempre y completamente diferente.

—Vamos a mi piso —dijo David mientras recogían las maletas.

—Sí. No quiero estar sola.

—No era una pregunta.

No añadió "esta noche". Ambos sabían que era más que eso.

* * *

El primer golpe llegó a las siete de la tarde.

David estaba preparando café en la cocina cuando sonó su móvil. Elena lo vio contestar, vio cómo su expresión cambiaba en cuestión de segundos. De cansancio a confusión. De confusión a incredulidad. De incredulidad a algo que parecía miedo.

—¿Qué? —Su voz sonó extraña, como si viniera de muy lejos—. No, eso es... ¿Cuándo? ¿Hoy?

Elena se acercó. David la miró y ella vio en sus ojos algo que no había visto antes: derrota.

—Entiendo —dijo él al teléfono—. Sí. Gracias por avisarme.

Colgó. Se quedó mirando el móvil como si fuera un objeto desconocido.

—¿Qué ha pasado?

—Era mi gestor. —David hablaba despacio, como si las palabras le costaran—. Hacienda ha abierto una inspección fiscal a mi empresa. Exhaustiva. Todos los ejercicios de los últimos cinco años.

—¿Pueden hacer eso?

—Pueden hacer lo que quieran. —Dejó el móvil sobre la encimera—. Pero eso no es todo. También me ha dicho que dos contratos que tenía firmados para los próximos meses han sido cancelados. Sin explicación. Solo "cambio de circunstancias".

Elena sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—David...

—Es Vega. —No era una pregunta—. Es el mensaje. "Sabemos que ya se lo has dado." Esto es la respuesta.

Se apoyó en la encimera, la cabeza baja. Elena quiso acercarse, tocarlo, pero algo en su postura le dijo que no era el momento.

—¿Qué significa esto para tu empresa?

—Significa que, si no consigo más contratos en los próximos meses, no podré pagar las nóminas. —Levantó la vista—. Tengo empleados, Elena. Familias que dependen de mí.

Antes de que ella pudiera responder, su propio móvil sonó.

El segundo golpe fue peor.

Era un número de la Comunidad Valenciana. Elena contestó con el presentimiento de que no iban a ser buenas noticias.

—¿Elena Martínez?

—Sí.

—Le llamo de la Conselleria de Economía. Se ha abierto un expediente disciplinario contra usted por presunta filtración de documentos confidenciales durante su ejercicio como auditora en Mediterráneo Seguros.

Elena se sentó en el sofá. Las piernas no la sostenían.

—¿De qué están hablando?

—Según la denuncia, usted accedió a archivos municipales restringidos y los compartió con terceros sin autorización. Esto constituye una infracción grave que puede resultar en inhabilitación profesional.

—Eso es... —Se detuvo. ¿Qué iba a decir? ¿Que era mentira? No lo era, técnicamente. Había accedido a esos archivos. Los había compartido. La diferencia era el motivo, pero eso a la burocracia no le importaba.

—Recibiré la notificación oficial en los próximos días. Tiene derecho a presentar alegaciones en un plazo de quince días hábiles.

—Entendido.

Colgó.

David la miraba desde la cocina.

—¿Qué?

—Expediente disciplinario. Por filtración de documentos. —Se rio, pero era una risa vacía, sin humor—. Pueden inhabilitarme para ejercer.

—Elena...

—No. —Levantó la mano—. No digas nada. Todavía no.

Se quedaron en silencio. El café se enfrió en la cafetera sin que nadie lo sirviera.

El tercer golpe llegó veinte minutos después.

Esta vez fue una llamada de Álvaro. Elena puso el altavoz.

—¿Estáis juntos? —La voz del periodista sonaba tensa, diferente a su tono habitual.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Me han puesto una demanda por difamación. —Álvaro hizo una pausa—. Vega y Asociados. Dicen que mis artículos sobre el derrumbe contienen "información falsa y calumniosa que daña la reputación de la empresa".

—Pero todo lo que publicaste era verdad —dijo David.

—Lo sé. Y puedo demostrarlo. Pero eso no importa ahora mismo. —
Otra pausa, más larga—. Mi director me ha llamado hace una hora.
Me ha "sugerido" que deje de investigar este tema. Por el bien del
periódico.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. —Por primera vez, Álvaro sonaba perdido—. Tengo una
hija, Elena. Tengo una hipoteca. Si pierdo este trabajo...

No terminó la frase. No hacía falta.

—Lo siento, Álvaro —dijo Elena—. Esto es culpa mía.

—No. Esto es culpa de ellos. —Pero su voz no sonaba convencida—.
Os llamo mañana. Necesito pensar.

Colgó.

El silencio que siguió era de un tipo diferente. Más pesado. Más
oscuro.

* * *

Durante un rato, ninguno de los dos habló.

Elena estaba sentada en el sofá, la vista fija en algún punto de la
pared. David se había dejado caer en el sillón frente a ella, las
manos colgando entre las rodillas.

El piso estaba en penumbra. Nadie había encendido las luces cuando
el sol empezó a ponerse. Ahora la única iluminación venía de las
farolas de la calle, que proyectaban sombras alargadas sobre el
suelo.

—En veinticuatro horas —dijo Elena finalmente. Su voz sonaba
hueca—. Han tardado veinticuatro horas en destruirnos.

David no respondió.

—Tu empresa, mi carrera y el trabajo de Álvaro. —Se pasó las manos
por la cara—. Todo lo que hemos construido, todo lo que somos... lo
han quemado en un día.

—Elena...

—Y ni siquiera han tenido que tocarnos. —La risa que salió de su
garganta era amarga—. No han mandado a nadie a amenazarnos.

No han roto ninguna ventana. Solo han hecho unas llamadas y el sistema ha hecho el resto.

David se levantó. Caminó hasta la ventana y se quedó mirando la calle.

—¿Sabes lo que me da más rabia? —dijo sin girarse—. Que tenían razón.

—¿Quién?

—El primer aviso de Vega, los dos matones que vinieron aquí y desde el umbral de la puerta, como quien intenta venderte una Thermomix, me “dijeron” que dejara de investigar o habría consecuencias. —Su voz era plana, sin emoción—. Me avisaron. Y no les hice caso.

Elena se levantó también.

—David, no puedes pensar así.

—¿Por qué no? —Ahora sí se giró. Sus ojos brillaban en la penumbra—. Mira a tu alrededor, Elena. Mi madre está escondida en Gandía. Mi hermana ha tenido que cambiar de rutinas. Mis empleados van a quedarse sin trabajo. Y tú... —Se detuvo.

—¿Yo qué?

—Tú no deberías estar aquí. —La voz de David se quebró ligeramente—. No deberías haber tenido que sacrificar tu carrera por un edificio que yo construí.

—Tú no sabías lo que Vega...

—¡Da igual lo que supiera! —El estallido fue breve, como un trueno que se apaga enseguida. David cerró los ojos, respiró hondo—. Da igual. El resultado es el mismo. Todo está destruido.

Elena cruzó la distancia que los separaba. Se detuvo frente a él, tan cerca que podía ver las líneas de agotamiento en su rostro.

—Escúchame —dijo, y su voz era firme aunque por dentro temblaba—. Tú no me arrastraste a nada. Yo elegí estar aquí. Yo elegí seguir investigando cuando podría haber firmado el informe y olvidarme de todo.

—¿Y de qué ha servido?

La pregunta quedó flotando entre ellos. Elena no tenía respuesta. O quizá la tenía, pero no sabía cómo decirla.

Se quedaron en silencio. Ya no era un silencio de rabia. Era un silencio de agotamiento, de dos personas que han llegado al fondo y no saben si queda algo debajo.

Fue Elena quien lo rompió.

—Gonzalo —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—El nombre que gritaba la mujer del camión. La mañana del derrumbe. Repetía ese nombre una y otra vez. Gonzalo, Gonzalo, Gonzalo. —Elena cerró los ojos—. Nunca supe quién era. Si era su marido, su hijo o su hermano. Solo sé que estaba ahí, en los escombros, y que ella lo esperaba.

David no dijo nada.

—Víctimas, David. Personas que se fueron a dormir pensando que su casa era segura. Que confiaron en que alguien había hecho bien su trabajo. —Abrió los ojos—. Y murieron porque a Ricardo Vega le importaba más el dinero que sus vidas.

—Lo sé.

—Si paramos ahora, si dejamos que nos aplasten, habrán ganado. Y dentro de un año, o de dos, otro edificio se caerá. Otras familias morirán. Y nadie hará nada, porque todos los que lo intentaron fueron destruidos antes de poder hablar.

David la miró durante un largo momento.

—¿Y qué propones? ¿Que sigamos adelante aunque nos cueste todo?

—Propongo que no dejemos que esto haya sido en vano.

Antes de que David pudiera responder, el teléfono prepago de Elena sonó. Era Amparo.

—¿Elena? ¿Estás con David?

—Sí, estoy aquí, mamá. —David había cogido el teléfono, aunque seguía con el altavoz puesto—. ¿Va todo bien en Gandía?

—Sí, hijo. Tu tía nos cuida bien. —La voz de Amparo era tranquila, como siempre—. Solo llamaba para saber cómo estáis.

—Bien, mamá. Todo bien.

Hubo una pausa al otro lado.

—David, te he parido yo. Sé cuándo me mientes. ¿Qué ha pasado?

David miró a Elena. Ella asintió despacio.

—Han ido a por nosotros, mamá. —Resumió en pocas frases: la inspección fiscal, los contratos cancelados, el expediente de Elena, la demanda a Álvaro—. Nos están destruyendo.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Pero mamá, no quiero que te preocupes...

—No me preocupo. —Hubo una pausa—. Bueno, sí me preocupo. Pero no por lo que crees.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que sé que estáis pensando en rendiros. Y lo entiendo. De verdad que lo entiendo. —La voz de Amparo se suavizó—. Pero antes de que toméis ninguna decisión, quiero que recordéis una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que vuestro padre pasó toda su vida construyendo cosas que duraran, casas, sí. Pero también algo más. Una reputación. Un nombre. La idea de que hay formas correctas de hacer las cosas, aunque sean más difíciles.

David cerró los ojos.

—Mamá...

—Si paráis ahora, no os culparé. Nadie os culpará. Pero si seguís...

—Amparo hizo una pausa—. Si seguís, hacedlo bien. No os perdáis por el camino. No os convertáis en aquello contra lo que lucháis.

El silencio que siguió estaba cargado de algo que Elena no supo identificar. Amor, quizá. O fe. O las dos cosas.

—Te quiero, mamá —dijo David.

—Y yo a vosotros. A los dos.

Colgó.

Elena y David se miraron. Algo había cambiado en el aire. No era esperanza, exactamente. Era algo más pequeño y más resistente. Determinación, quizá.

El móvil de Elena vibró. Un mensaje de Ferrer:

"He recibido noticias de lo que está pasando. Quiero que sepáis algo: las pruebas están registradas en tres jurisdicciones. Pase lo que pase con vosotros, eso ya no pueden cambiarlo. Seguid adelante o no, pero la verdad ya está a salvo."

Elena leyó el mensaje en voz alta.

—La verdad ya está a salvo —repitió David.

—Sí.

—Entonces, aunque nos destruyan...

—Aunque nos destruyan, no habrá sido en vano.

Se quedaron de pie en medio del salón oscuro. Fuera, Valencia seguía con su vida: coches, voces y el murmullo constante de una ciudad que no sabía nada de lo que pasaba en aquel piso.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó David.

Elena lo pensó durante un momento. Luego, por primera vez en horas, algo parecido a una sonrisa cruzó su rostro.

—Ahora dejamos de huir. Y empezamos a luchar.

David asintió. Extendió la mano. Elena la tomó.

No era un gesto romántico. Era un pacto.

Lo que viniera después, lo enfrentarían juntos.

CAPÍTULO 19: EL ESLABÓN

Elena se despertó antes del amanecer.

No había dormido bien —tres, quizá cuatro horas— pero cuando abrió los ojos, algo era diferente. El peso que había sentido en el pecho durante días seguía ahí, pero ya no la aplastaba. Ahora era combustible.

Se levantó del sofá donde había pasado la noche y fue a la cocina. David ya estaba allí, con dos tazas de café sobre la encimera. Tenía ojeras, el pelo revuelto, pero sus ojos estaban despejados.

—¿Has dormido algo? —preguntó Elena.

—Lo suficiente.

Le pasó una taza. Elena bebió un sorbo. Estaba fuerte, casi amargo. Perfecto.

—He estado pensando —dijo David.

—Yo también.

Se miraron. No hacía falta decir más. Ambos habían llegado a la misma conclusión durante la noche: el tiempo de lamentarse había terminado.

—Necesitamos un plan —dijo Elena—. Uno real. No reaccionar a lo que ellos hagan, sino adelantarnos.

—¿Por dónde empezamos?

—Por saber exactamente qué nos falta.

Elena dejó la taza sobre la encimera y sacó su móvil.

—Voy a llamar a Ferrer.

Alejandro Ferrer contestó al tercer tono. Su voz sonaba profesional, controlada, como si las ocho de la mañana fuera una hora perfectamente normal para recibir llamadas de clientes en apuros.

—Elena. ¿Cómo estáis?

—Vivos. Es un comienzo.

—He oído lo que os han hecho. Expedientes, auditorías, demandas.

—Una pausa—. Es el manual clásico de destrucción por vía legal.

—Lo sabemos. Por eso llamamos.

Elena puso el altavoz y dejó el móvil sobre la mesa de la cocina. David se acercó.

—Necesitamos saber exactamente qué tenemos y qué nos falta —dijo Elena—. Sin adornos. Sin optimismo.

Ferrer tardó un momento en responder. Cuando lo hizo, su voz era más seria.

—Lo que tenéis es sólido. Documentos falsificados, empresas pantalla, conexiones entre Vega y el Ayuntamiento, testimonios de trabajadores, informes técnicos sobre los materiales defectuosos. Todo eso está registrado y es verificable.

—Pero no es suficiente.

—Es suficiente para abrir una investigación. Quizá incluso para llevar a juicio a algunos implicados menores. Pero para Vega... —Ferrer suspiró—. Para Vega necesitáis algo más.

—¿Qué exactamente?

—Un vínculo directo. Algo que lo conecte personalmente con las decisiones. Una firma suya en un documento comprometedor. Una orden escrita. O mejor aún: un testigo interno que pueda declarar que Vega sabía exactamente lo que se estaba haciendo y lo ordenó.

Elena intercambió una mirada con David.

—Sin eso, ¿qué pasa?

—Sin eso, Vega se escuda detrás de sus empresas, sus testaferros, sus abogados. Dice que él no sabía nada, que eran decisiones de subordinados, que confió en la gente equivocada. Y probablemente se libre.

—¿Probablemente?

—En este país, los peces gordos rara vez van a la cárcel. Ya lo sabéis.

El silencio que siguió era denso. Elena lo rompió:

—Entonces necesitamos un testigo interno.

—Eso sería lo ideal. Alguien de dentro que pueda declarar con conocimiento directo. Alguien que estuviera en las reuniones, que viera las órdenes, que sepa dónde están los documentos que Vega no quiere que nadie encuentre.

—¿Y si lo conseguimos?

—Si lo conseguís, el caso cambia completamente. Ya no es "corrupción empresarial". Es "organización criminal con responsabilidades penales directas". Y eso sí que no pueden pararlo.

David intervino por primera vez:

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—¿Para qué?

—Para encontrar a ese testigo. Antes de que Vega termine de destruirnos.

Ferrer tardó en responder.

—No lo sé. Semanas, quizá. Depende de lo rápido que se muevan los expedientes, de si encontráis trabajo, de cuánto podáis aguantar.

—Hizo una pausa—. Pero hay algo que debéis entender: Vega cree que ha ganado. Cree que os ha neutralizado. Esa es vuestra única ventaja ahora mismo.

—¿Que nos crea derrotados?

—Exacto. Si no sabe que seguís luchando, no estará preparado para lo que venga.

Elena asintió, aunque Ferrer no podía verla.

—Gracias, Alejandro. Te mantendremos informado.

—Tened cuidado. Y si encontráis a ese testigo... no lo asustéis. La gente que sabe demasiado tiende a desaparecer.

Colgó.

* * *

Durante la hora siguiente, Elena y David repasaron todo lo que sabían.

La cocina se convirtió en una sala de operaciones improvisada.

Papeles sobre la mesa, nombres escritos en el reverso de un sobre y

conexiones trazadas con bolígrafo.

—La red —dijo Elena, señalando los nombres—. Vega en el centro. Debajo, Ribes, el concejal. Beltrán, el abogado. Los contactos en Madrid y Castellón que mencionó Morales. Empleados de Vega y Asociados que ejecutan las órdenes.

—¿Quién de todos estos podría hablar?

Elena estudió los nombres.

—Los contactos de fuera no nos conocen. No confiarán en nosotros. Beltrán es abogado; sabe exactamente lo que se juega si habla, y probablemente tenga inmunidad pactada. Los empleados de base no saben lo suficiente.

—¿Entonces?

—Entonces nos queda Ribes.

David frunció el ceño.

—Ribes es un político. Lleva quince años en el cargo. Sabe cómo funciona esto mejor que nadie.

—Precisamente por eso. —Elena tocó el nombre con el dedo—. Ribes es el eslabón débil. La cara pública. Vega no confía en él. Y tiene más que perder que nadie.

—¿Por qué?

—Porque es el único con cargo público. Si esto explota, Vega puede esconderse detrás de sus empresas. Pero Ribes... Ribes es la cara visible. El que firmó los permisos. El que aprobó las inspecciones. Si alguien va a caer primero, es él.

David lo pensó durante un momento.

—¿Y crees que estaría dispuesto a hablar?

—Creo que, si no es tonto, estará aterrorizado o nervioso como mínimo. Y la gente en esas circunstancias hace cosas desesperadas que, en circunstancias normales no haría.

—¿Cómo lo encontramos? No podemos presentarnos en su despacho del Ayuntamiento.

Elena miró su móvil.

—Hay alguien que puede ayudarnos.

* * *

Quedaron con Morales a las doce del mediodía.

El lugar lo eligió él: un aparcamiento de un centro comercial en las afueras de Valencia, cerca de la V-30. Sitio de paso, anónimo, lleno de coches, pero vacío de personas a esa hora. El tipo de lugar donde dos coches pueden aparcar juntos sin que nadie preste atención.

Elena y David llegaron diez minutos antes. Aparcaron en una esquina alejada de las cámaras y esperaron.

—¿Crees que vendrá? —preguntó David.

—Ha dicho que sí.

—Eso no significa nada.

Elena no respondió. Tenía razón.

A las doce y tres minutos, un Renault Mégane azul oscuro apareció por la rampa y se detuvo dos plazas más allá. Elena reconoció la silueta de Morales al volante. El inspector no salió del coche. Solo bajó la ventanilla unos centímetros y les hizo un gesto con la cabeza.

—Espera aquí —dijo Elena.

—Ni hablar.

—David, si nos ven juntos a los tres, es más llamativo. Déjame hablar con él.

David apretó la mandíbula, pero asintió.

Elena salió del coche y caminó hasta el coche de Morales. Abrió la puerta del copiloto y se sentó dentro. El interior olía a ambientador de pino y a nervios.

Morales no la miró. Tenía las manos en el volante, los nudillos blancos.

—No debería estar aquí —dijo.

—Lo sé.

—Si alguien me ve contigo...

—No te verán. Hemos tenido cuidado.

Morales soltó una risa seca, sin humor.

—Cuidado. ¿Sabes lo que le pasó a Ortega por tener cuidado?

Elena no respondió. El silencio fue más efectivo que cualquier palabra.

—¿Qué quieres, Elena? —Morales finalmente la miró. Tenía los ojos inyectados en sangre, como si no hubiera dormido en días—. Ya os di todo lo que tenía. Los documentos del archivo, la información sobre Ribes. No me queda nada más.

—Necesitamos a alguien de dentro.

—¿De dentro de qué?

—De la red. Alguien que pueda testificar que Vega ordenó personalmente los cambios de materiales. Que sabía lo que se estaba haciendo.

Morales negó con la cabeza.

—Eso es imposible. Nadie va a hablar. Todos saben lo que le pasó a Ortega.

—Alguien está nervioso. —Elena se inclinó hacia él—. Tú sabes cómo funciona su entorno. Has visto las reuniones, las caras, los gestos. Alguien está asustado. Alguien sabe que, si esto explota, va a pagar él mientras Vega se escapa.

Morales se quedó callado durante un largo momento. Fuera, un coche pasó lentamente buscando aparcamiento. Ninguno de los dos se movió hasta que desapareció.

—Ribes —dijo Morales finalmente, casi en un susurro.

—¿Qué pasa con él?

—Está... diferente. Desde hace semanas. —Morales se frotó los ojos—. En las reuniones ya no habla. Solo asiente. Mira el móvil constantemente, como si esperara un mensaje. Suda. Tartamudea cuando alguien le hace una pregunta directa.

—¿Crees que sabe lo que se le viene encima?

—Creo que lo sabe desde que cayó el edificio de Poeta Querol. —Morales hizo una pausa—. Pero ahora es peor. La semana pasada, después de una reunión del pleno, lo vi hablando por teléfono en el

pasillo. No sé con quién, pero estaba pálido. Temblaba. Cuando me vio mirarlo, colgó y se fue casi corriendo.

—¿Crees que Vega ya no confía en él?

—Creo que Ribes es el chivo expiatorio perfecto. Si las cosas se ponen feas, Vega lo sacrificará sin pensarlo. Y Ribes lo sabe.

Elena procesó la información. Todo encajaba.

—¿Dónde puedo encontrarlo? Fuera del Ayuntamiento.

—¿Vas a ir a hablar con él?

—Sí.

Morales la miró fijamente.

—Estás loca. Si Ribes habla con Vega, si le cuenta que le habéis contactado...

—Ribes no va a hablar con Vega. Ribes tiene más miedo de Vega que de nosotros.

Morales negó con la cabeza, pero sacó un papel del bolsillo de la chaqueta. Lo había traído preparado, se dio cuenta Elena. Ya sabía lo que iba a pedirle.

—Vive en una urbanización en Rocafort. Esta es la dirección. —Le pasó el papel—. Su mujer se llama Sofía. Tienen dos hijos, adolescentes. Ribes sale a correr todas las mañanas a las siete. Solo. Es el único momento en que no está rodeado de gente.

Elena guardó el papel.

—Gracias.

—No me las des. —Morales arrancó el motor—. Y Elena... ten cuidado. Ribes está desesperado. La gente desesperada es impredecible.

—Lo sé.

—No. No lo sabes. —La miró por última vez—. Mira cómo acabó Ortega.

Elena abrió la puerta y salió. Morales arrancó antes de que pudiera decir nada más. En treinta segundos había desaparecido por la rampa.

Cuando volvió al coche, David la esperaba con expresión tensa.

—¿Y bien?

—Ribes. Es él.

Elena le contó todo mientras salían del aparcamiento. La dirección, los horarios, el miedo que Morales había visto en los ojos del concejal.

—Mañana a las siete —dijo David—. Vamos a su casa.

—Sí.

—¿Y si no quiere hablar?

—Entonces le recordaremos lo que le espera si no lo hace.

Estaban entrando en Valencia por la Ronda Norte cuando el móvil de Elena sonó. Era Álvaro.

—¿Dónde estáis? —Su voz sonaba extraña. Urgente.

—Volviendo al piso de David. ¿Por qué?

—Acabo de hablar con un contacto en el Ayuntamiento. —Álvaro hizo una pausa—. Ribes no ha ido a trabajar hoy.

Elena sintió un escalofrío.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ha pedido una baja médica esta mañana. Por teléfono. Sin previo aviso. Nadie sabe dónde está.

David la miró. Elena apretó el móvil con fuerza.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy. Su secretaria dice que llamó a primera hora, que sonaba raro, que dijo que no se encontraba bien y que necesitaba unos días. Pero Elena... —Álvaro bajó la voz—. Su coche sigue en el garaje de su casa. No ha salido. O está encerrado ahí dentro, o alguien se lo ha llevado.

El silencio en el coche era absoluto.

—¿Elena? ¿Sigues ahí?

—Sí.

—¿Qué vais a hacer?

Elena miró a David. Él asintió.

—Vamos a ir a Rocafort. Ahora.

—¿Ahora? Elena, si Vega...

—Si Vega se nos ha adelantado, ya da igual. Pero si Ribes está escondido porque tiene miedo, necesita saber que hay otra opción. Que no tiene que enfrentarse a esto solo.

Colgó antes de que Álvaro pudiera responder.

David aceleró hacia la salida de Valencia.

—Si llegamos tarde... —empezó.

—No vamos a llegar tarde.

Pero mientras el coche devoraba kilómetros hacia Rocafort, Elena no podía quitarse de la cabeza las últimas palabras de Morales:

Mira cómo acabó Ortega.

El reloj había empezado a correr.

Y no sabían cuánto tiempo les quedaba.

CAPÍTULO 20: LA ÚLTIMA PIEZA

La urbanización de Rocafort parecía sacada de un catálogo inmobiliario. Chalets adosados con jardines recortados, coches alemanes en las entradas y farolas de última generación. El tipo de lugar donde la gente pagaba un sobreprecio por la ilusión de seguridad.

Elena observó las casas mientras David conducía despacio, buscando el número que Morales les había dado.

—Ahí —dijo ella, señalando un chalet de dos plantas con fachada de piedra clara.

David aparcó a unos veinte metros, junto a un seto alto que les daba algo de cobertura. Apagó el motor, pero no se movió.

—¿Ves algo?

Elena estudió la casa. Persianas bajadas en la planta superior. Ninguna luz visible. El garaje cerrado.

—Parece vacía.

—O quiere que lo parezca.

Se quedaron en silencio un momento. Un vecino salió de la casa de enfrente, sacó a pasear a un perro pequeño, ni siquiera miró en su dirección. Normalidad aplastante.

—Vamos —dijo Elena.

Caminaron por la acera con paso tranquilo, como si fueran visitas esperadas. Elena llevaba el bolso cruzado, David las manos en los bolsillos. Nada que llamara la atención.

La verja del jardín estaba entornada. No cerrada del todo, como si alguien hubiera salido con prisa y no se hubiera molestado en asegurarla.

—Mala señal —murmuró David.

—O buena. Significa que sigue aquí.

Cruzaron el jardín. Césped descuidado, un par de semanas sin cortar. Macetas con plantas medio secas. Pequeños signos de abandono que no encajaban con el resto de la urbanización.

La puerta principal estaba entreabierta.

Elena se detuvo. Intercambió una mirada con David. Él asintió.

Empujó la puerta con el dorso de la mano.

—¿Señor Ribes?

Silencio.

El recibidor estaba en penumbra. Un perchero con varias chaquetas, zapatos amontonados sin orden, correo sin abrir sobre una mesita. Y en el suelo, una maleta abierta, medio llena de ropa arrugada.

—Ribes —repitió Elena, más alto—. Somos Elena Martínez y David Herrera. Venimos a hablar.

Un ruido arriba. Pasos. Luego nada.

David señaló las escaleras con la cabeza. Elena asintió.

Subieron despacio, cada peldaño crujiendo bajo sus pies. La casa olía a cerrado, a aire estancado, a días sin abrir ventanas. En el rellano superior, tres puertas. Una abierta: un baño vacío. Otra cerrada. La tercera, entornada, dejaba ver una rendija de luz.

Elena se acercó.

—Señor Ribes, sabemos que está ahí. No venimos a hacerle daño. Venimos a ofrecerle una salida.

Silencio.

Luego, una voz ronca, quebrada:

—No os mováis.

Elena empujó la puerta suavemente.

Fernando Ribes estaba de pie junto a la ventana, con una pistola en la mano. Le temblaba el pulso. Tenía los ojos enrojecidos, la camisa arrugada, barba de varios días. Detrás de él, sobre la cama, otra maleta abierta con más ropa y lo que parecían carpetas de documentos.

—He dicho que no os mováis.

Elena se quedó en el umbral. Levantó las manos despacio, con las palmas abiertas.

—Tranquilo. No estamos armados. Solo queremos hablar.

—¿Hablar? —Ribes soltó una risa amarga—. ¿Sabéis lo que me ha costado llegar hasta aquí? ¿Sabéis quién me busca?

—Sí —dijo Elena con calma—. Por eso estamos aquí.

David apareció detrás de ella, también con las manos visibles.

—Baje el arma, Ribes. No va a disparar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque si quisiera matarnos, ya lo habría hecho. Y porque sabe que dispararnos no arregla nada.

Ribes los miró con ojos de animal acorralado. El arma seguía en su mano y el temblor era cada vez más visible.

—Vega va a matarme —dijo—. Da igual lo que haga. Si hablo, me mata. Si huyo, me encuentra. Si me quedo callado... ya habéis visto lo que le pasó a Ortega.

Elena dio un paso adelante. Despacio. Sin apartar la mirada de Ribes.

—Ortega murió porque estaba solo. Porque no tenía a nadie que lo protegiera. Usted no tiene por qué acabar igual.

—¿Protegerme? —Otra risa sin humor—. ¿Vosotros? ¿Una auditora y un constructor? Vega tiene jueces en el bolsillo. Tiene policías. Tiene gente en todas partes.

—Tiene razón —dijo Elena—. Por eso no vamos a protegerle nosotros. Lo va a proteger un protocolo para denunciantes y la Fiscalía... y fuera de Valencia, donde Vega no controle cada puerta. Y la prensa internacional.

Ribes parpadeó. Por primera vez, algo parecido a la duda cruzó su rostro.

—¿De qué estáis hablando?

—De que tenemos pruebas suficientes para abrir una investigación a nivel nacional y europeo. Documentos, testimonios y transferencias. Lo único que nos falta es el vínculo directo. La orden. Una prueba directa de Vega diciendo exactamente qué había que hacer.

Elena hizo una pausa.

—Y usted la tiene, ¿verdad?

El silencio que siguió fue denso, cargado. Ribes hizo como un intento de soltar el arma, pero no la soltó.

—¿Cómo sabéis eso?

—Porque es lo que haría cualquier persona inteligente en su posición. Guardarse un seguro. Por si acaso.

David intervino:

—Ribes, escúcheme. Sé lo que es estar atrapado en algo que empezó pequeño y se convirtió en una pesadilla. Yo trabajé con Vega hace años. No sabía lo que estaba haciendo, pero mi nombre estaba en los planos. Han muerto personas en un edificio que yo construí.

Ribes lo miró. Algo cambió en su expresión.

—Usted es Herrera. El del edificio de Poeta Querol.

—Sí.

—Vega habla de usted. Dice que es un iluso. Que no entiende cómo funciona el mundo.

—Puede que tenga razón —dijo David—. Pero al menos puedo mirarme al espejo.

Ribes soltó el arma. Se dejó caer en el borde de la cama, como si las piernas ya no pudieran sostenerlo.

—No tenéis ni idea de lo que es esto —murmuró—. Empezó hace quince años. Un favor. Solo un favor. Agilizar un permiso, mirar hacia otro lado en una inspección. Vega me dijo que era lo normal, que todos lo hacían.

—¿Y después?

—Después ya no podía parar. Cada favor era una cadena más. Cada sobre que aceptaba era una prueba que él guardaba contra mí. — Ribes se pasó la mano por la cara—. Cuando quise salir, ya era tarde. Sabía demasiado. Y él tenía demasiado sobre mí.

Elena se acercó y se sentó en una silla frente a él. Voz baja, directa, sin condescendencia.

—¿Qué tiene exactamente?

Ribes tardó en responder. Luego señaló una de las carpetas sobre la cama.

—Ahí. Grabaciones. Las hice hace tiempo, cuando empecé a sospechar que Vega estaba preparando cabezas de turco por si algo salía mal. Quería tener algo con lo que negociar.

—¿Grabaciones de qué?

—Conversaciones. Reuniones. Vega dando órdenes directas. Sobre materiales, sobre inspectores, sobre qué había que hacer con los que preguntaban demasiado.

Elena cogió la carpeta. Dentro había un pendrive y varios folios con anotaciones manuscritas. Fechas, nombres, cantidades.

—¿Esto es todo?

—Es suficiente para hundirlo.

David se acercó.

—¿Por qué no lo usó antes? ¿Por qué no negoció cuando todavía podía?

Ribes lo miró con ojos vacíos.

—Porque tenía miedo. Porque pensé que, si me quedaba callado, todo pasaría. Porque creí que Vega me protegería si yo lo protegía a él. —Hizo una pausa—. Fui un idiota.

Elena guardó la carpeta en su bolso.

—¿Está dispuesto a testificar?

—¿Testificar? —Ribes soltó un bufido—. Si testifico, estoy muerto.

—Si no testifica, también. La diferencia es que testificando al menos tiene una oportunidad. Protección de testigos. Nuevo nombre. Nueva vida.

—¿Y mi familia?

—También.

Ribes se quedó mirando el suelo durante un largo momento. Cuando levantó la vista, había algo diferente en sus ojos. No esperanza exactamente. Más bien resignación.

—Está bien. Testificaré. Pero no aquí. No en Valencia. Y no hasta que sepa que mi mujer y mis hijos están a salvo.

—Podemos organizarlo —dijo Elena—. Tenemos contactos en Madrid. Gente que puede moverlos esta misma noche.

—¿Esta noche?

—No hay tiempo, Ribes. Si nosotros hemos llegado hasta aquí, Vega también puede.

Como si las palabras de Elena hubieran conjurado algo, Ribes se tensó de nuevo.

—Ya lo sabe.

—¿Qué?

—Vega. Ya sabe que vais a por él. —Ribes los miró con algo parecido a la compasión—. ¿Creéis que no tiene ojos en todas partes? ¿Creéis que habéis llegado hasta aquí sin que nadie os viera?

Elena sintió un escalofrío.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si habéis llegado hasta mí... él también sabe que vais a hacerlo. Probablemente lo supo antes que vosotros.

David maldijo en voz baja.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé. Horas. Puede que menos. —Ribes se levantó, recogiendo la maleta con movimientos torpes—. Por eso estaba huyendo. Por eso...

Se detuvo. Miró hacia la ventana.

—¿Qué pasa? —preguntó Elena.

—Un coche. No estaba ahí antes.

Elena y David se acercaron a la ventana con cuidado, manteniéndose en el ángulo muerto. Estaba al final de la calle, aparcado junto a una farola. El mismo modelo. Cristales tintados. Y una matrícula parcialmente tapada con barro.

—Maldita sea —murmuró David.

—¿Son de Vega? —preguntó Elena.

—No lo sé. Pero no voy a quedarme a averiguarlo.

Elena tomó una decisión.

—Salimos por detrás. ¿Hay otra salida?

—El jardín trasero da a un callejón. Se puede salir por ahí.

—Entonces vamos. Ahora.

Bajaron las escaleras en silencio. Ribes los guió a través de la cocina hasta una puerta de cristal que daba al jardín trasero. El cielo se estaba oscureciendo.

—El callejón está al fondo —susurró Ribes—. Hay una verja, pero no tiene candado.

—Usted primero —dijo David.

Cruzaron el jardín agachados, pegados al seto. Elena sentía el corazón latiéndole en los oídos. Cada sombra parecía una amenaza.

Llegaron a la verja. Ribes la abrió con cuidado, evitando que chirriara. El callejón estaba vacío.

—Mi coche está a dos manzanas —dijo Elena—. Si vamos por aquí...

—No —interrumpió Ribes—. Vuestro coche ya está marcado. Usad el mío. Está en el garaje. Las llaves están en el contacto.

—¿Y usted?

—Tengo otro plan. —Ribes sacó un teléfono del bolsillo—. Mi cuñado vive en Bétera. Puede recogerme en veinte minutos.

Elena lo miró y pensó si sería su cuñado de verdad o un señuelo.

—¿Seguro que puede confiar en él?

—Es el único que no le debe nada a Vega. —Ribes hizo una pausa—. Escuchad. Lo que hay en ese pendrive es suficiente para enterrarlo. Pero tenéis que moverlo rápido. Si Vega sabe que lo tenéis, no parará hasta recuperarlo.

—Lo sabemos.

Ribes extendió la mano. Elena la estrechó.

—Vega no os va a perdonar esto —dijo Ribes—. Y yo tampoco me voy a salvar. Pero al menos... al menos habrá servido para algo.

Se separaron en el callejón. Ribes hacia la derecha, Elena y David hacia la izquierda.

Cuando llegaron al garaje de Ribes, el todoterreno negro ya no estaba en la calle. Eso no era necesariamente bueno.

David arrancó el coche de Ribes —un Audi gris, discreto— y salieron de la urbanización por una calle lateral.

Elena sacó el pendrive del bolso y lo miró.

—Lo tenemos —dijo, casi sin creérselo.

—Sí.

—La última pieza.

David asintió, los ojos fijos en la carretera.

—¿Y ahora qué?

Elena guardó el pendrive con cuidado.

—Ahora llamamos a Ferrer. Y luego...

Su teléfono vibró. Un mensaje de Álvaro.

"Llamadme. Ya."

Elena marcó el número. Álvaro contestó al primer tono.

—¿Dónde estáis?

—Saliendo de Rocafort. Tenemos lo que necesitábamos.

—Bien. Porque acabo de recibir una llamada. —La voz de Álvaro sonaba tensa—. Vega ha convocado una rueda de prensa para mañana a las diez. Dice que va a "aclarar las calumnias" que se están vertiendo sobre su empresa.

Elena sintió que el estómago se le encogía.

—Está adelantándose.

—Exacto. Va a intentar controlar la narrativa antes de que vosotros podáis hacer nada.

David la miró de reojo.

—¿Qué hacemos?

Elena apretó el teléfono.

—Lo que él menos espera. Publicamos primero.

Colgó y miró a David.

—Tenemos hasta mañana a las diez para desmontar treinta años de mentiras.

—¿Es posible?

—Tiene que serlo.

El coche devoró kilómetros en la oscuridad, alejándose de Rocafort, acercándose a Valencia.

Y en algún lugar de la ciudad, Ricardo Vega preparaba su última jugada.

Sin saber que el tablero estaba a punto de cambiar para siempre.

CAPÍTULO 21: CONTRARRELOJ

Valencia apareció en el horizonte como un mar de luces naranjas. Elena miraba la carretera sin verla realmente, el bolso apretado contra el pecho como si contuviera una bomba. En cierto modo, lo hacía.

—No podemos ir a mi piso —dijo David, rompiendo el silencio.

—Lo sé.

—Ni al tuyo.

—Tampoco.

David tamborileo en el volante.

—¿Álvaro?

Elena ya tenía el teléfono en la mano. Marcó. Un tono. Dos.

—¿Elena? —La voz de Álvaro sonaba alerta, despierta—. ¿Lo tenéis?

—Sí.

—¿Dónde estáis?

—Entrando por la Ronda Norte. Necesitamos un sitio seguro.

—Venid a mi casa. Os mando la ubicación.

Colgó. Treinta segundos después, el GPS marcaba una dirección en Benimaclet.

David aceleró.

* * *

El piso de Álvaro estaba en un edificio de los años setenta, fachada de ladrillo visto y balcones estrechos. Tercer piso sin ascensor. Cuando llegaron, el periodista ya los esperaba en el rellano con la puerta abierta.

—Entrad. Rápido.

El apartamento era pequeño pero funcional. Salón con sofá desgastado, mesa llena de papeles y dos portátiles abiertos. En la cocina, una cafetera que llevaba horas encendida. Las persianas estaban bajadas.

—¿Os han seguido? —preguntó Álvaro mientras cerraba con llave.

—No lo sabemos —admitió Elena—. Hemos cambiado de coche. Es de Ribes.

—¿De Ribes?

—Larga historia.

Elena sacó la carpeta del bolso. La dejó sobre la mesa como si quemara.

—Aquí está todo. Grabación y documentos.

Álvaro miró la carpeta. Luego a Elena. Luego a David.

—¿Lo habéis escuchado?

—Algo, pero no todo. No había tiempo.

El periodista asintió. Fue a la cocina, volvió con tres tazas de café. Frío, amargo, pero nadie se quejó.

—Entonces escuchémoslo todo.

Álvaro conectó el pendrive a uno de los portátiles. La pantalla mostró una carpeta con varios archivos de audio. Fechas y números pero ningún nombre.

—¿Por cuál empezamos? —preguntó David.

—Por el más antiguo —dijo Elena—. Cronológico.

Álvaro hizo clic.

Durante un segundo, solo estática. Luego, voces.

La primera era nerviosa, vacilante. Ribes.

"Señor Vega, los certificados no cuadran con lo que se ha entregado. Si alguien revisa..."

La segunda voz era más grave. Tranquila. Acostumbrada a dar órdenes.

"Ribes, escúchame bien. Usa lo que tengas. Nadie va a mirar los certificados. Lo importante es entregar a tiempo. ¿Está claro?"

"Pero si hay una inspección..."

"No la habrá. Eso está controlado. Tú haz tu trabajo y déjame el resto a mí."

Fin del audio. Cuarenta y siete segundos.

Elena sintió que el aire se le atascaba en la garganta. Era él. Era Vega. Sin intermediarios, sin eufemismos. Dando órdenes directas sobre los materiales.

David murmuró para sus adentros.

—Hay más —dijo Álvaro, con la vista fija en la pantalla.

Abrió el siguiente archivo. Este era más largo. Dos minutos y doce segundos.

Las mismas voces, pero el tono había cambiado. Vega sonaba irritado. Ribes, asustado.

"Te dije que lo tuvieras controlado."

"Lo intenté, pero ese ingeniero está haciendo demasiadas preguntas. Ortega quiere revisar los informes originales."

Un silencio. Cuando Vega habló de nuevo, su voz era fría. Quirúrgica.

"Ribes, hay que calmar a ese ingeniero. Ya me entiendes."

"¿Calmarlo cómo?"

"Como haga falta. Tú encárgate de que deje de preguntar. El resto... el resto ya lo gestiono yo."

Fin del audio.

Nadie habló durante un momento largo. El silencio pesaba como plomo.

Elena pensó en Ortega. "Ahogamiento", había dicho el informe oficial.

Ahora sabían la verdad.

—Esto es una orden de asesinato —dijo Álvaro, casi en un susurro.

—Sí —confirmó Elena.

—Con esto lo enterramos.

David se levantó. Caminó hasta la ventana, levantó una rendija de la persiana, miró hacia la calle.

—¿Cuántos archivos más hay?

—Seis —respondió Álvaro.

—¿Los escuchamos todos?

Elena negó con la cabeza.

—No hay tiempo. Hacemos copias de todo y empezamos a mover esto.

Miró el reloj de la pared. Las once y cuarto de la noche.

Tenían menos de once horas.

* * *

Las siguientes dos horas fueron un ejercicio de precisión bajo presión.

Álvaro hizo cuatro copias del pendrive. Una para él, una para Elena, una para enviar a Ferrer, una de respaldo en una cuenta de almacenamiento cifrada.

—Si nos pasa algo, esto sale automáticamente —explicó mientras tecleaba—. Lo he programado para las nueve de la mañana. Si no lo desactivo antes, se envía solo a quince direcciones diferentes.

Elena llamó a Ferrer. A esa hora, el abogado seguía despierto.

—¿Lo tenéis? —fue lo primero que dijo.

—Sí. Grabaciones de Vega dando órdenes directas. Sobre materiales. Sobre Ortega.

Un silencio al otro lado de la línea.

—¿Órdenes sobre Ortega?

—"Hay que calmar a ese ingeniero. Ya me entiendes."

Ferrer exhaló despacio.

—Eso cambia todo. Ya no es solo corrupción urbanística. Es conspiración para asesinato.

—Lo sé.

—¿Cuál es el plan?

Elena miró a Álvaro, que asintió.

—Publicación simultánea. Álvaro saca la exclusiva. Al mismo tiempo, enviamos todo a la fiscalía anticorrupción y a la comisión europea.

—¿A qué hora?

—Vega tiene rueda de prensa a las diez. Queremos adelantarnos. Publicar a las nueve.

—Bien. —Ferrer hizo una pausa—. Una vez esto esté en la calle, ya no hay marcha atrás. Para nadie. ¿Lo entendéis?

—Sí.

—Entonces hacedlo. Yo me encargo de que llegue a las manos correctas en Bruselas.

Colgó.

Elena dejó el teléfono sobre la mesa. Le temblaban las manos. No de miedo. De adrenalina.

—¿Estás bien? —preguntó David.

—Sí. Solo necesito... —No terminó la frase.

David le puso una mano en el hombro. Ella la cubrió con la suya. Un segundo. Dos. Suficiente.

—Vamos —dijo Elena—. Hay mucho que hacer.

* * *

A la una de la madrugada, Álvaro tenía el artículo casi terminado.

Elena lo leyó por encima del hombro. Titular potente, datos precisos y fragmentos de las grabaciones transcritas. Sin adornos, sin opinión. Solo hechos.

—Es bueno —dijo.

—Es lo mejor que he escrito en mi vida —respondió Álvaro sin apartar la vista de la pantalla—. Y probablemente lo último que publique en este país.

—¿Qué quieres decir?

—Que después de esto, mi carrera aquí está acabada. —Se encogió de hombros—. Pero merece la pena.

David volvió de la cocina con más café. Este al menos estaba caliente.

—¿Habéis podido contactar con Ribes?

Elena miró su teléfono. Había intentado llamarlo tres veces en las últimas dos horas. Buzón de voz. Los WhatsApps mostraban un solo tick gris.

—Nada.

—¿Debemos preocuparnos?

—Ya estoy preocupada.

Probó una vez más. Esta vez, el mensaje cambió. Doble tick. Azul. Leído.

Elena contuvo la respiración. Esperó. Un minuto. Dos. Nada.

—Ha leído el mensaje —dijo—. Pero no contesta.

David y Álvaro intercambiaron una mirada.

—Puede que esté escondido —sugirió Álvaro—. Puede que no se atreva a escribir.

—O puede que alguien más tenga su teléfono.

El silencio que siguió fue denso, incómodo.

—No podemos hacer nada por él ahora —dijo Elena finalmente—. Si está vivo, lo mejor que podemos hacer es sacar esto adelante. Si no... al menos no habrá muerto por nada.

Sonaba frío. Lo era. Pero no tenían alternativa.

A las dos y media, los envíos estaban preparados.

Fiscalía anticorrupción de Valencia. Fiscalía general del Estado.

Comisión europea anticorrupción. Tres periodistas internacionales de confianza de Álvaro, compañeros de carrera y el despacho de Ferrer en Madrid.

Todo programado para las nueve menos cinco.

—¿Por qué nueve menos cinco? —preguntó David.

—Para que llegue antes de que nadie pueda reaccionar —explicó Álvaro—. A las nueve, mi artículo estará en la web. A las nueve y un minuto, medio mundo habrá recibido las pruebas. Para cuando Vega salga a dar su rueda de prensa, ya será demasiado tarde.

Elena asintió. Era un buen plan. El único plan posible.

—Ahora solo queda esperar.

* * *

Las horas siguientes fueron las más largas de su vida.

Elena intentó dormir en el sofá, pero cada vez que cerraba los ojos veía el rostro de Ortega. O el de Ribes, con el arma temblándole en la mano. O el de Vega, aunque nunca lo había visto en persona, imaginando su voz fría y controlada.

David tampoco dormía. Estaba sentado en una silla junto a la ventana, vigilando la calle como si esperara que en cualquier momento aparecieran coches negros.

Álvaro trabajaba. Revisaba el artículo una y otra vez, puliendo frases, verificando datos. A las tres y media, lo dio por terminado.

—Listo —anunció—. Programado para las nueve.

Elena se incorporó en el sofá.

—¿Y ahora?

—Ahora esperamos al amanecer.

Fuera, Valencia dormía. Dentro del pequeño piso de Benimaclet, tres personas contenían la respiración.

* * *

A las tres y cuarenta y siete de la madrugada, Elena estaba en la cocina preparando más café cuando su teléfono vibró.

Era Amparo.

—¿Va todo bien? —preguntó Elena, alarmada.

—Sí, hija, tranquila. No podía dormir y he visto que estabas conectada. ¿Estáis bien vosotros?

—Sí. Estamos... trabajando.

—¿A estas horas?

—Es complicado.

Un silencio. Cuando Amparo habló de nuevo, su voz era suave pero firme.

—Elena, no sé qué estáis haciendo exactamente. David no me cuenta todo, y lo entiendo. Pero sé que es importante. Y sé que es

peligroso.

—Lo es.

—Entonces solo quiero decirte una cosa. —Pausa—. Pase lo que pase mañana, estoy orgullosa de vosotros. De los dos.

Elena sintió un nudo en la garganta.

—Gracias, Amparo.

—Cuidaos. Y cuida de mi hijo.

—Lo haré.

Colgó. Se quedó un momento mirando el teléfono, respirando despacio.

Luego volvió al salón.

* * *

A las cuatro y doce, todo cambió.

El móvil de Álvaro emitió una alerta. Luego otra. Luego tres más seguidas.

—¿Qué pasa? —preguntó David.

Álvaro miraba la pantalla con expresión de incredulidad.

—Vega ha adelantado la rueda de prensa.

—¿Qué?

—Acaban de anunciarlo. Ya no es a las diez. Es a las ocho y media.

Elena sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—Eso nos deja...

—Cuatro horas. Menos.

David se pasó las manos por el pelo.

—¿Puede adelantar la publicación?

Álvaro ya estaba tecleando.

—Puedo tenerlo en la calle a las siete. Pero los envíos automáticos están programados para las nueve menos cinco. Si los adelanto, corro el riesgo de que algo falle.

—Hazlo manual —dijo Elena—. Envíalo todo a las siete. Al mismo tiempo que el artículo.

—¿Y si alguien intercepta...?

—Es un riesgo que tenemos que correr. Si Vega habla primero, controlará la narrativa. No podemos permitirlo.

Álvaro la miró. Luego asintió.

—Siete en punto. Todo a la vez.

Elena miró por la ventana. La noche seguía cerrada sobre Valencia, apenas alguna estrella visible entre la bruma urbana. Las farolas proyectaban círculos de luz naranja sobre las aceras vacías.

—Entonces más vale que nos pongamos a trabajar.

* * *

A las cinco y cuarto, Elena volvió a salir al pequeño balcón del piso. Necesitaba aire. Necesitaba un momento de silencio antes de lo que venía.

Valencia empezaba a despertar. Algún coche suelto, una furgoneta de reparto, el sonido lejano de una persiana metálica abriéndose. La ciudad no sabía lo que estaba a punto de pasar. Para ella, era un viernes cualquiera.

David salió detrás de ella. Se apoyó en la barandilla, hombro con hombro.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En todo. —Elena hizo una pausa—. En las familias de Poeta Querol. En Gonzalo. En Ortega. En todos los que pagaron el precio de la codicia de Vega.

—Y en Ribes.

—También.

David guardó silencio un momento.

—¿Crees que está vivo?

—No lo sé. Espero que sí. —Elena se frotó los ojos, agotada—. Pero, aunque no lo esté... no cambia nada. Esto tiene que salir.

—Lo sé.

Otro silencio. El cielo se iba tiñendo de rosa y naranja.

—Elena.

—¿Sí?

—Cuando esto acabe... sea como sea que acabe... —David vaciló—. Quiero que sepas que no me arrepiento de nada. De haberte conocido. De haber hecho esto contigo.

Elena lo miró. Tenía ojeras profundas, la mandíbula tensa, el pelo revuelto de una noche sin dormir. Pero sus ojos estaban claros. Decididos.

—Yo tampoco me arrepiento —dijo ella.

No añadió nada más. No hacía falta.

David extendió la mano. Elena la tomó.

Se quedaron así, mirando el amanecer sobre Valencia, mientras dentro del piso Álvaro terminaba de preparar el golpe que cambiaría todo.

A las seis menos cuarto, volvieron a entrar.

Elena soltó la mano de David

—¿Listos? —preguntó Álvaro.

—Casi. —Elena miró el reloj—. Todavía queda más de una hora.

La hora más larga de sus vidas.

Repasaron los envíos tres veces. Verificaron direcciones, archivos adjuntos, asuntos de correo. Álvaro releyó el artículo en voz alta mientras Elena y David escuchaban, corrigiendo una coma aquí, una palabra allá...

A las seis y media, ya no quedaba nada por revisar.

A las siete menos diez, Álvaro se sentó frente al ordenador.

—Es la hora.

Elena asintió.

Faltaban diez minutos para las siete.

El contrarreloj había empezado de verdad.

CAPÍTULO 22: LA VERDAD SALE A LA LUZ

El cursor parpadeaba sobre el botón de enviar.

Elena miró a Álvaro. Álvaro miró a David. David miró a Elena.

Nadie dijo nada.

Eran las siete en punto de la mañana. Fuera, Valencia despertaba sin saber que su mundo estaba a punto de cambiar. Dentro del pequeño piso de Benimaclet, tres personas contenían la respiración.

—A la de tres —dijo Álvaro.

Elena asintió. Tenía la boca seca.

—Una.

David se acercó un paso. Su hombro rozó el de Elena.

—Dos.

El dedo de Álvaro se posó sobre el ratón.

—Tres.

Clic.

El sonido más pequeño del mundo. Y el más grande.

Durante cinco segundos, no pasó nada. La pantalla mostró el mensaje de confirmación: "Artículo publicado". En algún servidor de Madrid, los documentos de Ferrer entraban en el registro de la Fiscalía Anticorrupción. En Bruselas, el contacto europeo recibía el paquete cifrado.

Silencio.

Elena contó los latidos de su propio corazón. Uno. Dos. Tres. Cuatro.

El móvil de Álvaro vibró.

Luego otra vez. Y otra. Y otra.

—No puede ser —murmuró el periodista, mirando la pantalla.

No eran mensajes. Era una avalancha. Llamadas entrantes, notificaciones de Twitter, correos electrónicos superpuestos. El teléfono no dejaba de vibrar, como un animal atrapado.

—¿Qué dicen? —preguntó David.

Álvaro no respondió. Estaba leyendo, los ojos moviéndose a toda velocidad.

—La Sexta quiere una entrevista. El País pide confirmación de fuentes. À Punt ya lo lleva en directo. Antena 3... —Se detuvo—. Antena 3 ya está emitiendo.

Elena sintió que las piernas le fallaban. Se apoyó en el respaldo de una silla.

—¿Ya?

—Mira.

Álvaro giró el portátil. En la pantalla, el logo de un informativo matinal. Y debajo, en letras rojas que ocupaban medio encuadre:

**ESCÁNDALO DE CORRUPCIÓN URBANÍSTICA EN VALENCIA:
EMPRESARIO ACUSADO DE CAUSAR EL DERRUMBE DE
POETA QUEROL**

No era un medio.

Eran todos.

* * *

Los siguientes cuarenta minutos fueron un torbellino.

Elena apenas procesaba la información que llegaba. Titulares superpuestos, declaraciones de portavoces, imágenes de archivo del derrumbe mezcladas con fotos recientes de Vega. El nombre de Ricardo Vega aparecía en todas partes, acompañado de palabras que semanas atrás habrían parecido imposibles: "presunto", "investigado", "orden de detención".

El teléfono de Álvaro no dejó de sonar ni un momento. El periodista respondía con frases cortas, profesionales: "Sin comentarios por ahora", "Las pruebas hablan por sí solas", "Todo está en manos de la justicia".

A las siete y media, sonó el móvil de Elena. Número de Madrid.

—Alejandro —dijo, descolgando.

—Elena. —La voz de su antiguo profesor sonaba distinta. Casi emocionada—. Me han confirmado desde Fiscalía que se han movido

más rápido de lo que esperaba.

—¿Qué significa eso?

—Orden de detención contra Ricardo Vega. También contra Fernando Ribes y otros tres implicados. Ya están yendo a por ellos.

Elena cerró los ojos. Sintió que algo se aflojaba en su pecho, un nudo que llevaba semanas apretándole las costillas.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Las grabaciones de Ribes son demoledoras. No hay forma de que Vega salga de esta.

Cuando colgó, David la estaba mirando.

—¿Qué ha dicho?

—Orden de detención. Vega, Ribes, otros tres. Ya están yendo a por ellos.

David no dijo nada. Solo asintió, lentamente, como si necesitara tiempo para procesar las palabras.

Elena pensó en Gonzalo. En su cuerpo destrozado en aquel callejón, en la carta que nunca llegó a escribir, en todo lo que había sacrificado para que este momento llegara. Pensó en las catorce familias de Poeta Querol, en los niños que nunca crecerían, en los padres que nunca volverían a casa.

No había victoria en esto. Solo justicia. Tardía, incompleta, pero justicia al fin.

—Tengo que llamar a mi madre —dijo David.

—Sí. Hazlo.

Mientras David marcaba el número de Amparo, Elena se acercó a la ventana. El sol ya estaba alto sobre los tejados de Benimaclet. Un día cualquiera para el resto de Valencia. Un día que ella no olvidaría jamás.

* * *

A las ocho y veinticinco, Ricardo Vega entró en el salón del Hotel Westin con paso firme.

Llevaba su mejor traje, el azul marino que reservaba para las ocasiones importantes. Corbata de seda italiana. Gemelos de oro. El pelo canoso perfectamente peinado hacia atrás. A su lado, dos abogados con maletines de cuero y expresiones neutras.

La sala estaba llena de periodistas. Más de los que esperaba. Eso era bueno, pensó Vega. Cuanta más cobertura, mejor. Iba a desmontar las acusaciones una por una, con calma, con datos, con la autoridad de quien lleva treinta años construyendo un imperio.

Subió al pequeño escenario donde habían colocado un atril con micrófono. Carraspeó. Sonrió.

—Buenos días a todos. Gracias por venir. Sé que han circulado ciertas informaciones en las últimas horas, y quiero...

Se detuvo.

Algo no estaba bien.

Los periodistas no lo miraban a él. Miraban sus móviles. Algunos tecleaban frenéticamente. Otros intercambiaban miradas que Vega no supo interpretar.

—Como decía —continuó, forzando la sonrisa—, quiero aprovechar esta oportunidad para aclarar...

—Señor Vega.

Una periodista de la primera fila había levantado la mano. Tenía el móvil en alto, la pantalla brillando hacia él.

—¿Es cierto que hay una orden de detención contra usted?

El silencio que siguió fue absoluto.

Vega sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Miró a sus abogados. Uno de ellos estaba pálido, consultando su propio teléfono con dedos temblorosos.

—Eso es... eso es absurdo —dijo Vega, pero su voz sonó distinta. Más aguda. Menos segura.

—Señor Vega. —Otro periodista, esta vez de la segunda fila—. ¿Puede confirmar que ordenó usar materiales defectuosos en el edificio de Poeta Querol?

—¿Es cierto que amenazó al ingeniero Julián Ortega antes de su muerte?

—¿Qué relación tiene con las empresas AURECA y MEDISAL?

Las preguntas se superponían, una avalancha que Vega no podía detener. Pero no eran las preguntas lo que lo estaba destruyendo. Eran las miradas.

Decenas de ojos clavados en él. No con curiosidad. No con respeto. Con algo que Ricardo Vega no había visto dirigido hacia él en décadas.

Desprecio.

Los móviles seguían en alto. Grabando. Inmortalizando el momento exacto en que el hombre más poderoso de la construcción valenciana se quedaba sin palabras.

—Esta rueda de prensa ha terminado —dijo uno de los abogados, acercándose al micrófono.

Pero Vega no se movió. Estaba mirando la pantalla del móvil que el otro de sus abogados sostenía hacia él. Un titular. Su foto. Y debajo, las palabras que lo condenaban:

GRABACIONES DEMUESTRAN QUE VEGA ORDENÓ USAR MATERIALES DEFECTUOSOS: "HAY QUE SOLUCIONAR AL INGENIERO"

Supo entonces que había perdido.

No la batalla legal. Esa podía alargarse años. Lo que había perdido era algo más profundo. La imagen. El respeto. El miedo que inspiraba.

Cuando finalmente bajó del escenario, rodeado de abogados que intentaban protegerlo de los flashes, Ricardo Vega caminaba como un hombre veinte años más viejo.

* * *

Elena vio la rueda de prensa en directo, sentada en el sofá del piso de Álvaro.

David estaba a su lado. No habían hablado en los últimos diez minutos, solo mirando la pantalla mientras Vega se desmoronaba en tiempo real.

Cuando el empresario abandonó el salón, perseguido por periodistas que gritaban preguntas, Álvaro apagó el televisor.

—Se acabó —dijo.

Elena no respondió inmediatamente. Seguía procesando lo que había visto. El rostro de Vega cuando comprendió que no podía controlar la situación. La forma en que sus hombros se hundieron, casi imperceptiblemente. La mirada de un hombre que, por primera vez en su vida, no tenía un plan B.

—No del todo —dijo finalmente—. Aún queda el juicio. Los recursos. Los abogados.

—Pero ya no puede tapar nada. —David hablaba en voz baja—. La verdad está fuera.

La verdad está fuera.

Elena repitió las palabras mentalmente. Llevaba semanas luchando por esto, aunque parecían meses. Desde aquella mañana en los escombros de Poeta Querol, cuando el hormigón se deshizo entre sus dedos como arena. Desde que vio los nombres de las víctimas en el informe, familias borradas por la codicia de un hombre.

Y ahora, por fin, el mundo lo sabía.

No había euforia. Solo un cansancio profundo, casi físico, como si su cuerpo finalmente se permitiera sentir el peso de todo lo que había cargado.

David tomó su mano. Ella no la retiró.

—Lo hemos conseguido —dijo él.

Elena asintió. No hacía falta añadir nada más.

El móvil de Álvaro volvió a sonar. El periodista miró la pantalla y frunció el ceño.

—Es de la policía.

—¿Tan rápido? ¿Ya lo han detenido?

—No. Preguntan por ti.

Elena sintió un escalofrío. Tomó el teléfono que Álvaro le tendía.

—¿Diga?

—¿Elena Martínez? —Una voz masculina, profesional—. Soy el inspector Tomás Gallardo, de la Brigada de Delitos Económicos. Necesitamos que venga a comisaría.

—¿Ha pasado algo?

Una pausa. Breve, pero cargada de significado.

—Hemos detenido al señor Vega hace quince minutos. Está en dependencias policiales.

Elena miró a David. Él la observaba con expresión tensa.

—¿Y qué necesitan de mí?

Otra pausa. Más larga esta vez.

—El señor Vega ha solicitado hablar con usted. Dice que tiene algo que decirle. Algo que solo le dirá a usted.

El corazón de Elena latía con fuerza. Miró por la ventana, hacia la ciudad que empezaba a bullir bajo el sol de la mañana.

—Voy para allá —dijo.

Y colgó sin esperar respuesta.

CAPÍTULO 23: CARA A CARA

El coche avanzaba por la Gran Vía Fernando el Católico en silencio. David conducía con las manos firmes en el volante y la mirada fija en el tráfico de media mañana. No había preguntado nada cuando Elena le dijo adónde iban. Solo había cogido las llaves y había abierto la puerta del coche.

Elena miraba por la ventanilla sin ver realmente la ciudad. Los edificios pasaban como manchas de color, las aceras llenas de gente que caminaba hacia sus trabajos, sus cafés, sus vidas normales. Nadie sabía lo que estaba pasando. O quizá sí lo sabían, pero no les afectaba. No directamente.

Pensó en Vega. En el hombre que llevaba semanas persiguiendo, el nombre que había aparecido en cada documento, cada testimonio, cada amenaza. Ahora estaba a veinte minutos de distancia, esperándola en una sala de interrogatorios.

No tenía miedo. Eso fue lo que más le sorprendió. Había esperado sentir algo —nervios, ansiedad, quizá incluso rabia— pero lo único que encontró fue una calma extraña, casi clínica.

No tenía miedo de Vega. Tenía curiosidad por comprobar si, después de todo, era tan distinto a cualquier otro hombre acorralado.

—¿Quieres que entre contigo? —preguntó David, rompiendo el silencio.

—No pueden dejarte pasar, él me ha citado solo a mi. —Elena se giró hacia él—. Pero gracias.

—Estaré fuera.

—Lo sé.

No hacía falta decir más.

El edificio de la Jefatura Superior de Policía apareció ante ellos, imponente y gris bajo el sol de la mañana. David aparcó en una zona reservada —el inspector Gallardo les había enviado una autorización— y apagó el motor.

—Elena.

Ella ya tenía la mano en la puerta, pero se detuvo.

—¿Sí?

David la miró. Había algo en sus ojos que no supo identificar. ¿Preocupación? ¿Orgullo? ¿Las dos cosas?

—Hagas lo que hagas ahí dentro... ya has ganado.

Elena no respondió. Solo asintió y bajó del coche.

El inspector Tomás Gallardo la esperaba en el vestíbulo.

Era un hombre de unos cincuenta años y complexión robusta.

Llevaba una camisa blanca remangada hasta los codos y una corbata aflojada que sugería que llevaba horas trabajando. Sus ojos, pequeños y oscuros, la evaluaron con rapidez profesional.

—Señora Martínez. Gracias por venir.

—Inspector.

Se dieron la mano. El apretón de Gallardo fue firme, breve.

—Acompáñeme.

Caminaron por un pasillo largo, iluminado con fluorescentes que zumbaban levemente. Puertas cerradas a ambos lados, algunas con cristales esmerilados, otras completamente opacas. El olor era el de todas las comisarías: café viejo, papel, desinfectante.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo Elena.

—Adelante.

—¿Por qué ha accedido a esto? Vega está detenido. No necesitan mi testimonio ahora mismo.

Gallardo aminoró el paso, casi imperceptiblemente.

—El señor Vega lleva una hora pidiendo hablar con usted. Solo con usted. —Hizo una pausa—. En treinta años de profesión, nunca había visto a alguien tan... tranquilo. Demasiado tranquilo para alguien en su situación.

Elena procesó la información.

—¿Cree que está tramando algo?

—Creo que es un hombre acostumbrado a controlar las situaciones.

—Gallardo se detuvo frente a una puerta gris—. Y creo que usted le

ha quitado ese control. Quiere recuperarlo.

—¿Y por eso me deja entrar?

El inspector la miró directamente.

—Porque quiero ver qué pasa cuando no lo consiga. —Señaló la puerta—. No tiene obligación de hacer esto. Puede irse ahora mismo y nadie le reprochará nada.

Elena miró la puerta. Al otro lado estaba el hombre responsable de catorce muertes. El hombre que había ordenado usar materiales defectuosos, que había amenazado a testigos, que había destruido vidas para proteger su imperio.

—Voy a entrar —dijo.

Gallardo asintió. Abrió la puerta.

* * *

La sala de interrogatorios era más pequeña de lo que Elena había imaginado.

Paredes grises, sin ventanas. Una mesa metálica atornillada al suelo. Dos sillas a cada lado. Un espejo en la pared del fondo que obviamente era una ventana de observación. Luz de fluorescente, fría y sin sombras.

Y en una de las sillas, Ricardo Vega.

Lo primero que notó Elena fue el traje. Seguía siendo el azul marino de la rueda de prensa, pero ahora estaba arrugado, la corbata torcida, el cuello de la camisa ligeramente abierto. Tenía ojeras que no había visto en las fotos, y el pelo, siempre tan perfectamente peinado, mostraba algunos mechones fuera de lugar.

Pero sus ojos. Sus ojos seguían siendo los mismos. Oscuros, calculadores, completamente alerta.

—Señora Martínez. —Su voz sonó tranquila, casi amable—. Gracias por venir.

Elena no respondió inmediatamente. Caminó hasta la silla vacía y se sentó, sin prisa, sin apartar la mirada de él. Dejó que el silencio se extendiera entre ellos como un tercer ocupante de la sala.

—Me han dicho que quería hablar conmigo —dijo finalmente—. Aquí estoy.

Vega sonrió. No era una sonrisa de derrota. Era la sonrisa de alguien que todavía cree tener cartas por jugar.

—Directa al grano. Me gusta eso. —Se reclinó en la silla, como si estuviera en su propio despacho—. ¿Sabe? La he subestimado. Lo admito. Cuando me dijeron que una auditora de seguros estaba haciendo preguntas, pensé que sería cuestión de días. Un poco de presión aquí, una llamada allá... Lo habitual.

—Pero no funcionó.

—No. No funcionó. —La miró con algo parecido a la curiosidad—. ¿Puedo preguntarle por qué? ¿Por qué no dejó el caso cuando tuvo la oportunidad?

Elena pensó en Gonzalo y en las familias. En el hormigón que se deshacía entre sus dedos como arena.

—Porque algunas cosas no se tapan.

Vega asintió lentamente, como si la respuesta confirmara algo que ya sospechaba.

—Idealismo. —Lo dijo sin desprecio, casi con nostalgia—. Yo también lo tuve, ¿sabe? Hace muchos años. Cuando empecé en esto, quería construir cosas que duraran. Casas para familias, escuelas, hospitales. Quería dejar huella.

—¿Y qué pasó?

—Descubrí cómo funciona el mundo de verdad. —Se inclinó hacia adelante—. Las reglas, señora Martínez, están hechas por personas que ya tienen poder. Y esas reglas están diseñadas para que ellos mantengan ese poder y usted nunca lo alcance. La única forma de cambiar algo es jugando con sus mismas cartas.

—Así que decidió convertirse en uno de ellos.

—Decidí sobrevivir. —Su voz se endureció ligeramente—. ¿Cree que soy el único? ¿Cree que, si yo desaparezco mañana, el sistema cambiará? Hay cien como yo esperando para ocupar mi lugar. Mil. El problema no soy yo, señora Martínez. El problema es el tablero.

Elena lo escuchó sin interrumpir. Sin asentir. Sin mostrar ninguna reacción.

—¿Por eso quería verme? —preguntó cuando él terminó—. ¿Para explicarme que no es culpa suya?

—Quería verla porque necesitaba entender. —Vega la estudió con intensidad—. Usted ha conseguido algo que muy pocos consiguen: hacerme daño. Real. Duradero. Mi nombre está en todos los periódicos, mis socios están huyendo como ratas, y hay un fiscal que cree que puede meterme en la cárcel.

—¿Y?

—Y quería saber si entiende lo que ha hecho. —Su voz bajó, casi confidencial—. Porque esto no termina aquí. Esto no termina con una detención, ni con un juicio, ni con una condena. Usted ha abierto una puerta que no podrá cerrar.

Vega la miró con algo parecido a la lástima.

—Malvarrosa, ¿verdad? Un barrio tranquilo. Me han dicho que le gusta correr por la playa al amanecer. —Hizo una pausa—. O le gustaba. Con el lío de estas semanas, me imagino que habrá tenido otras prioridades.

Elena no respondió. No le daría esa satisfacción.

—¿Sabe lo peor de ganar, Elena? Porque a estas alturas ya puedo llamarla Elena, ¿verdad? —Vega ladeó la cabeza, estudiándola—. Que después hay que vivir con ello. Mirar por el retrovisor cada vez que conduce, preguntarse si el coche que aparca detrás es casualidad, dudar de cada número desconocido que llama a su teléfono...

Hizo una pausa.

—Su vida ya no volverá a ser la de antes. Eso se lo garantizo.

Elena sintió el peso de sus palabras. La amenaza velada. El intento de sembrar miedo, de hacerla dudar.

Pero no funcionó.

—Señor Vega —dijo, con voz completamente tranquila—, no he venido aquí a entenderle. No me interesa su historia, ni sus

justificaciones, ni sus advertencias.

Vega parpadeó. Por primera vez, algo cambió en su expresión.

—¿Entonces a qué ha venido?

Elena se levantó. La silla chirrió contra el suelo de hormigón.

—A decirle que ya no importa.

Lo miró desde arriba. Él seguía sentado, la cabeza ligeramente alzada para mantener el contacto visual.

—Las víctimas de Poeta Querol no necesitan que usted se arrepienta. No necesitan que entienda lo que hizo. No necesitan nada de usted. —Hizo una pausa—. Y yo tampoco.

Vega abrió la boca para responder, pero Elena ya estaba caminando hacia la puerta.

—Señora Martínez...

Ella no se detuvo. No miró atrás.

La puerta se cerró detrás de ella con un chasquido metálico.

* * *

David estaba de pie junto a una máquina de café, con un vaso de plástico en la mano que no había tocado.

Cuando vio salir a Elena, dejó el vaso en una papelería y caminó hacia ella. No preguntó cómo había ido. No preguntó si estaba bien. Solo dijo:

—¿Nos vamos?

Elena asintió.

Empezaron a caminar hacia la salida, pero una voz los detuvo.

—Señora Martínez. Un momento.

Era Gallardo. Venía por el pasillo con paso rápido, una carpeta en la mano.

—¿Sí?

El inspector llegó hasta ellos, ligeramente sin aliento.

—Quería que lo supieran antes de que salga en las noticias.

Fernando Ribes se ha entregado hace una hora. Está colaborando

plenamente con la investigación.

Elena sintió algo aflojarse en su pecho. Ribes. El concejal que había firmado permisos ilegales durante años. Una pieza clave.

—¿Y los demás?

—Hemos detenido a cuatro técnicos municipales y a dos directivos de empresas vinculadas a Vega. —Gallardo consultó la carpeta—. Hay pruebas suficientes para imputarlos a todos.

David intervino por primera vez:

—¿Y Vega?

El silencio que siguió fue respuesta suficiente.

—El señor Vega... —Gallardo cerró la carpeta—. Sus abogados ya están aquí. Es probable que salga esta tarde.

—¿Salga? —La voz de David sonó incrédula—. ¿Después de todo lo que ha hecho?

—Libertad con cargos. Fianza. El proceso seguirá su curso, pero... —Gallardo miró a Elena—. Un hombre como Vega tiene recursos. Buenos abogados. Conexiones. Esto va a tardar. —Hizo una pausa—. No es una victoria rápida, señora Martínez. Es una partida larga.

Elena asintió lentamente. No estaba sorprendida. En el fondo, lo había sabido desde el momento en que entró en aquella sala y vio los ojos de Vega. Ojos de alguien que no se considera derrotado.

—Gracias por avisarnos, inspector.

—Señora Martínez. —Gallardo le tendió la mano—. Lo que han hecho usted y el señor Herrera... Ha sido valiente. Muy pocos se habrían atrevido.

Elena le estrechó la mano.

—No ha terminado, ¿verdad?

Gallardo no respondió. No hacía falta.

* * *

El sol del mediodía caía sobre Valencia cuando salieron de la Jefatura.

Elena se detuvo en las escaleras de la entrada, respirando el aire cálido de la ciudad. Olía a azahar y a gasolina, a vida cotidiana. A su derecha, el tráfico fluía con normalidad. A su izquierda, un grupo de palomas picoteaba migas junto a un banco.

Todo seguía igual. Y todo había cambiado.

David se colocó a su lado, las manos en los bolsillos.

—¿Qué estás pensando?

—En que Vega tenía razón en una cosa. —Elena miró hacia el horizonte, donde los edificios del centro se recortaban contra el cielo—. Esto no ha terminado.

—No. Pero hoy han caído seis personas que se creían intocables. Y mañana caerán más.

—¿Y Vega?

David no respondió inmediatamente. Cuando lo hizo, su voz sonó firme.

—Vega tendrá su momento. Tarde o temprano.

El teléfono de Elena vibró. Miró la pantalla. Amparo.

—Dime, Amparo.

—¡Hija! —La voz de la madre de David sonaba entre aliviada y nerviosa—. ¿Estáis bien? Salís en todas las noticias. No paran de hablar de vosotros.

—Estamos bien. Acabamos de salir de comisaría.

—¿De comisaría? Dios mío. ¿Ha pasado algo?

—Nada malo. Te lo cuento luego.

—Mejor cuéntamelo esta tarde. Venid a cenar, que haré una buena tortilla de patata.

—¿Cómo? ¿Ya habéis vuelto?

—Sí, hija. En cuanto vimos las noticias esta mañana, hicimos las maletas y pedimos un taxi. Laura no quería esperar ni un minuto más.

—Me alegro de que estéis en casa.

Elena sonrió. Era la primera vez que sonreía en horas.

—Allí estaremos.

Colgó. David la miraba con una media sonrisa.

—¿Tortilla de patata?

—Tu madre insiste.

—Mi madre siempre insiste.

Se quedaron en silencio un momento, de pie en las escaleras de la Jefatura, viendo pasar la vida a su alrededor. Elena pensó en todo lo que habían pasado. En Gonzalo, en Manuel, en Ortega. En las noches sin dormir, las amenazas, el miedo. En todo lo que habían sacrificado para llegar hasta aquí.

Y en todo lo que quedaba por hacer.

—David.

—¿Sí?

Elena se giró hacia él.

—Mañana hay algo que tengo que hacer. ¿Me acompañas?

Él no preguntó qué era. No preguntó adónde ni por qué. Solo asintió.

—Siempre.

Bajaron las escaleras juntos, hacia el coche, hacia la cena con Amparo, hacia lo que viniera después.

A sus espaldas, en alguna sala del edificio, Ricardo Vega firmaba los papeles de su libertad provisional.

Pero eso Elena ya lo sabía.

CAPÍTULO 24: CIMIENTOS

El despertador no sonó. No hacía falta.

Elena abrió los ojos de golpe a las seis de la mañana. El corazón le latía deprisa, aunque no recordaba qué había soñado. Solo quedaba la sensación de caer, de hormigón desmoronándose bajo sus pies.

Tardó unos segundos en reconocer su propio techo. Su piso. Su cama. Llevaba semanas durmiendo donde podía —en el sofá de casa de David y en el de Álvaro—, y ahora el silencio familiar de su apartamento le resultaba casi extraño.

Se levantó despacio. La ducha de agua caliente fue un lujo que había olvidado. Dejó que el vapor llenara el baño, que el agua le corriera por los hombros hasta que la tensión empezó a aflojarse. No tenía prisa. Por primera vez en semanas, no tenía prisa.

Se vistió sin pensar demasiado. Vaqueros, camisa blanca, zapatillas cómodas. Nada de ropa de trabajo, nada de chaqueta profesional. Hoy no iba como auditora. Iba como Elena.

David la esperaba abajo, apoyado en el coche. Llevaba una camisa azul desgastada y tenía ojeras, pero sonreía.

—Buenos días.

—Buenos días.

No preguntó adónde iban. Ya lo sabía.

El trayecto hasta el centro fue en silencio, pero no incómodo. Era el silencio de dos personas que ya no necesitan llenar cada hueco con palabras. Valencia despertaba perezosa a su alrededor: persianas que se levantaban, el primer autobús cruzando la Gran Vía y el olor a café recién hecho escapando de algún bar.

Elena miraba por la ventanilla sin ver realmente. Su mente estaba en otro amanecer, semanas atrás. La llamada de Carlos a las seis y cuarto. La voz tensa. "Calle Poeta Querol, esquina con Xàtiva. Un edificio entero."

Recordaba el olor. Eso era lo que más recordaba. Polvo de hormigón, metal retorcido, algo más que prefería no identificar. Y el peso del

casco en la cabeza cuando se lo puso por primera vez, antes de entrar en los escombros. El plástico duro presionando contra las sienes. Las manos sudando dentro de los guantes.

Había entrado pensando en pólizas, en informes, en procedimientos. Había salido sabiendo que nada volvería a ser igual.

David giró por la calle Xàtiva y redujo la velocidad. Elena sintió que el corazón se le aceleraba, aunque no había motivo. Ya no había sirenas, ni grúas, ni periodistas. Solo una calle que intentaba volver a la normalidad.

—¿Aquí? —preguntó David.

—Aquí.

Aparcaron a una manzana de distancia. El resto del camino lo hicieron a pie.

* * *

El solar estaba vacío.

Donde antes se alzaban cinco plantas de ladrillo y hormigón, donde dieciséis familias habían vivido sus vidas cotidianas, ahora solo había un rectángulo de tierra apisonada rodeado por una valla metálica. Los escombros habían sido retirados días atrás. No quedaba nada del edificio.

Pero sí quedaba algo más.

La valla estaba cubierta de flores. Ramos frescos junto a otros marchitos, velas consumidas, fotografías plastificadas para protegerlas de la lluvia, cartas escritas a mano, peluches desgastados...

Un memorial improvisado que los vecinos del barrio mantenían vivo. Elena se acercó despacio. David caminaba un paso por detrás, dándole espacio.

Los nombres. Las caras.

Vidas. Historias que se habían detenido una madrugada de domingo, sin previo aviso, sin despedidas.

Elena recorrió la valla con la mirada hasta que sus ojos se detuvieron en una fotografía. Una familia: un padre, una madre y una niña de unos siete años con coletas y sonrisa sin dientes. Los tres abrazados, felices. La foto estaba algo descolorida por el sol, pero los rostros seguían nítidos.

Debajo, alguien había escrito con rotulador permanente:

"Antonio, María José y Lucía. Siempre en nuestros corazones."

Elena no los conocía. No sabía nada de ellos más allá de esa imagen congelada en el tiempo. Pero de pronto sintió el peso de sus nombres como si los hubiera llevado sobre los hombros durante semanas.

Porque así era.

Cada documento que había revisado, cada testigo que había entrevistado, cada noche sin dormir... todo había sido por ellos. Por Antonio, María José y Lucía. Por las otras personas cuyos rostros la miraban desde la valla. Por las familias que nunca volverían a estar completas.

Y por Gonzalo. Otra vida que se llevaron los escombros.

Y de pronto, sin aviso, lo vio. A Rubén. La camiseta del Valencia. La sonrisa que nunca envejecería. Tres años llevaba esa foto en el cajón de su mesilla. Tres años sin poder mirarla.

Ahora podría.

Dos memoriales. Dos veces que había llegado tarde. Pero esta vez, al menos, había llegado.

Elena cerró los ojos un momento. No rezó exactamente, pero algo parecido. Un reconocimiento silencioso. Una promesa.

No ha sido en vano. No dejaré que sea en vano.

Cuando los abrió, David estaba a su lado. No dijo nada. Solo estaba ahí, sólido y presente, mirando las fotografías con el mismo respeto que ella.

—No los conocía —murmuró Elena—. A ninguno de ellos. Y sin embargo...

No terminó la frase. No hacía falta.

—Lo sé —dijo David.

Permanecieron en silencio unos minutos más. El sol empezaba a calentar, proyectando sombras largas sobre el solar vacío. En algún momento, Elena se dio cuenta de que estaba llorando. Lágrimas silenciosas que no se molestó en limpiar.

Eran las primeras lágrimas que se permitía desde que todo empezó.

* * *

Se alejaron del memorial caminando despacio, sin rumbo fijo. Las calles del centro empezaban a cobrar vida: comercios levantando persianas, el primer turno de camareros preparando las terrazas, algún corredor madrugador esquivándolos en la acera.

Elena respiró hondo. El aire olía a pan recién hecho y a azahar tardío. Olía a Valencia.

—¿Cómo te sientes? —preguntó David.

Era la primera vez que le hacía esa pregunta directamente. Durante semanas habían hablado de estrategias, de pruebas y de peligros. Pero no de esto.

—No lo sé —admitió Elena—. Aliviada. Vacía. Como si llevara semanas conteniendo la respiración y por fin pudiera soltar el aire. David asintió.

—Mi padre decía que construir bien no es solo cuestión de materiales. —Hizo una pausa, mirando hacia el horizonte donde el sol seguía subiendo—. Decía que cada edificio que levantas lleva algo de ti dentro. Tu esfuerzo, tu cuidado, tu nombre. Y que, si haces trampas, si cortas esquinas, lo que realmente estás haciendo es traicionarte a ti mismo.

Elena lo miró. David tenía la mandíbula tensa, como siempre que hablaba de su padre.

—Yo trabajé con Vega —continuó—. No sabía lo que hacía, pero trabajé con él. Y durante mucho tiempo me he preguntado si eso me convierte en parte del problema.

—No lo eres.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Elena se detuvo. Lo miró directamente a los ojos.

—Porque cuando supiste la verdad, no miraste hacia otro lado. No buscaste excusas. No te protegiste. —Hizo una pausa—. Te quedaste. Luchaste. Arriesgaste todo lo que tenías.

David no respondió. Pero algo en su expresión se suavizó.

—Eso es lo que significa construir bien —dijo Elena—. No es no cometer errores. Es lo que haces cuando los descubres.

El silencio que siguió fue distinto. Más ligero. Como si algo que llevaba tiempo flotando entre ellos hubiera encontrado por fin su sitio.

David extendió la mano. Elena la tomó.

No dijeron nada más. No hacía falta.

* * *

Encontraron una plaza pequeña con bancos de piedra y un naranjo viejo en el centro. Se sentaron a descansar mientras la ciudad terminaba de despertar a su alrededor.

Desde algún bar cercano llegaba el murmullo de una radio. Noticias de la mañana, el tráfico, el tiempo. Y entonces, entre el ruido de fondo, una frase que hizo que Elena se tensara:

"...el empresario Ricardo Vega ha sido puesto en libertad bajo fianza esta madrugada. Su abogado ha declarado que confían plenamente en que se demostrará su inocencia..."

David apretó la mano de Elena sin darse cuenta.

La voz del locutor siguió adelante, pasando a otras noticias, pero el momento quedó suspendido entre ellos.

Vega estaba libre.

Lo sabían, claro. Gallardo se lo había dicho. Pero oírlo así, en la radio de un bar cualquiera mientras Valencia desayunaba como si nada, hacía que la realidad pesara de otra manera.

—No ha terminado —dijo Elena en voz baja.

—No.

—Tiene dinero, tiene abogados, tiene contactos. Va a luchar.

—Lo sé.

Elena miró a su alrededor. Una madre empujaba un carrito de bebé por la acera. Un anciano leía el periódico en el banco de enfrente. Dos adolescentes pasaban mirando el móvil, ajenos a todo.

La vida seguía. El mundo no se había detenido porque catorce personas murieran, porque un sistema corrupto quedara expuesto, porque una auditora y un constructor hubieran arriesgado todo por la verdad.

El mundo nunca se detenía.

Pero algo había cambiado. Pequeño, quizá. Invisible para la mayoría. Pero real.

Ribes estaba en prisión. Los técnicos que habían firmado documentos falsos enfrentaban cargos. La red de Vega había quedado expuesta. Y aunque el propio Vega siguiera libre, ya no era intocable. Ya no era invisible.

Habían abierto una grieta en el muro.

Y las grietas, Elena lo sabía mejor que nadie, tendían a crecer.

—Volverá a intentarlo —dijo David—. A silenciarnos, a desacreditarnos, a lo que sea.

—Probablemente.

—¿Y entonces?

Elena se encogió de hombros.

—Entonces volveremos a levantarnos.

No era bravuconería. No era ingenuidad. Era simple constatación de hechos. Habían llegado hasta aquí. Habían sobrevivido a las amenazas, a las presiones, a los miedos. No iban a rendirse ahora.

David la miró con algo que podría haber sido admiración. O quizá era otra cosa. Algo más profundo, más difícil de nombrar.

—¿Sabes qué es lo que más me sorprende de todo esto? —dijo.

—¿Qué?

—Que hace unas semanas no te conocía. Y ahora... —Negó con la cabeza, como si las palabras se le escaparan—. Ahora no puedo imaginar haber hecho esto sin ti.

Elena sintió el calor subiéndole al rostro. No estaba acostumbrada a esto. A la vulnerabilidad, a la cercanía, a permitir que alguien entrara así en su vida.

Pero quizá era hora de acostumbrarse.

—Yo tampoco —dijo simplemente.

Y eso fue todo. No hacían falta grandes declaraciones. Lo que había entre ellos no necesitaba palabras rimbombantes ni promesas imposibles. Solo necesitaba tiempo. Y presencia. Y la voluntad de seguir adelante, juntos.

Se levantaron del banco cuando el sol ya calentaba con fuerza. La plaza se había llenado de gente: turistas con mapas, oficinistas con café para llevar, niños corriendo hacia el colegio.

Caminaron de vuelta hacia el coche sin prisa. Las calles de Valencia brillaban bajo la luz de la mañana, ajenas a todo lo que había pasado en ellas durante las últimas semanas.

—¿Y ahora qué? —preguntó David cuando llegaron al coche.

Elena pensó en noches sin dormir, en cafés fríos, en amaneceres demasiado largos.

—Ahora dormir —dijo—. Mucho.

Luego lo miró y esbozó una media sonrisa.

—Y mañana... mañana veremos si el mundo nos deja tranquilos.

David sonrió. Una sonrisa de verdad, de las que le llegaban a los ojos.

—Mi madre va a preguntar si te quedas a comer.

—Tu madre siempre pregunta si me quedo a comer.

—Es su forma de decir que le caes bien.

—Amparo es... —Elena buscó la palabra—. Amparo es única.

—Eso es quedarse muy corto.

Se subieron al coche. David arrancó el motor, pero no se movió inmediatamente. Se quedó mirando hacia adelante, hacia la calle por la que habían venido, hacia el solar vacío que ya no se veía desde aquí pero que ambos seguían sintiendo.

—¿Crees que algún día construirán algo ahí? —preguntó.

Elena pensó en el memorial. En las flores y las velas. En los nombres escritos a mano.

—Espero que no —dijo—. Espero que lo dejen como está. Como recordatorio.

—¿De qué?

—De lo que pasa cuando la gente deja de mirar.

David asintió lentamente. Luego puso el coche en marcha y se incorporó al tráfico.

Valencia se extendía ante ellos, luminosa y ruidosa y viva. La misma ciudad de siempre, pero de alguna manera diferente. O quizá los diferentes eran ellos.

Elena bajó la ventanilla y dejó que el aire le despeinara el pelo. Olía a mar, a gasolina, a jazmín de algún balcón cercano. Olía a casa.

No sabía qué les esperaba. No sabía si Vega volvería a atacar, si el sistema encontraría la manera de protegerse, si todo lo que habían conseguido se desmoronaría como arena entre los dedos.

Pero sabía una cosa.

Los cimientos importaban. Los cimientos de un edificio, los de una investigación, los de una relación. Si los construías bien, con honestidad y cuidado, podían soportar casi cualquier cosa.

Y estos cimientos, pensó mirando a David de reojo, estos los habían construido juntos.

Lo que viniera después, lo enfrentarían igual.

El coche se perdió entre el tráfico de Valencia, y la mañana siguió su curso como todas las mañanas. Pero para Elena Martínez, algo había terminado.

Y algo nuevo acababa de empezar.

EPÍLOGO: 18 MESES DESPUÉS

La luz de la mañana entraba por la ventana de la cocina, proyectando rectángulos dorados sobre la encimera. Elena se sirvió café en su taza de siempre —la blanca con el borde desportillado— y dejó la de David junto a la cafetera. Azul oscuro, sin asas, la que él insistía en usar, aunque quemara los dedos.

El piso olía a tostadas y a ese ambientador de lavanda que Amparo les había regalado cuando se mudaron juntos. "Para que huele a hogar", había dicho. Y lo había conseguido.

En la nevera, un táper con una nota pegada: *"Arroz del domingo. No lo recalentéis en el microondas, bárbaros. Con cariño, A."* La letra redonda de Amparo, inconfundible. Elena sonrió. Dieciocho meses después, la madre de David seguía sin fiarse de sus habilidades culinarias.

La radio sonaba de fondo mientras preparaba el desayuno. Noticias de tráfico, el tiempo para la semana y algo sobre las fiestas de un pueblo de la costa. Y entonces, entre titulares, una voz familiar:

"...el empresario Ricardo Vega continúa a la espera de juicio tras la última solicitud de sus abogados para aplazar la vista oral. La Fiscalía mantiene la petición de catorce años de prisión por delitos urbanísticos, fraude y homicidio imprudente..."

Elena no se detuvo. Siguió untando mantequilla en la tostada con el mismo gesto de siempre. Ya no le temblaba el pulso al oír ese nombre. Ya no sentía el nudo en el estómago, la urgencia, el miedo. Vega era ruido de fondo. Una noticia más entre el tráfico y el tiempo.

Y eso, pensó, era la mejor victoria posible.

David apareció en la cocina con el pelo todavía húmedo de la ducha. Llevaba una camiseta vieja y vaqueros desgastados, la ropa de los días sin reuniones.

—¿Eso era Vega? —preguntó, señalando la radio con la cabeza.

—Otro aplazamiento.

—Ya van tres.

—Sus abogados cobran por horas. Les conviene alargar.

David cogió su taza y se apoyó en la encimera, junto a ella.

—Al final caerá.

—Al final caerá —repitió Elena.

No hacía falta decir más. Llevaban dieciocho meses repitiéndose lo mismo, y cada vez sonaba menos como esperanza y más como certeza. El sistema era lento, torpe, a veces desesperante. Pero Ribes seguía en prisión. Los técnicos corruptos habían perdido sus licencias. Y Vega, aunque libre, ya no era intocable.

Ya no era invisible.

* * *

La oficina de Herrera & Martínez ocupaba un pequeño local en el barrio del Carmen, a dos calles de la plaza de la Virgen. No era gran cosa: una sala principal con dos mesas enfrentadas, una pequeña sala de reuniones y un archivo que David había construido él mismo con madera recuperada.

"Consultora Técnica de Auditoría Estructural", decía la placa junto a la puerta. Debajo, en letras más pequeñas: "Peritajes. Inspecciones. Informes independientes."

La idea había surgido una noche, meses después de que todo terminara. Elena había vuelto a Mediterráneo Seguros, pero algo no encajaba. Seguía haciendo el mismo trabajo de siempre, pero ya no era la misma persona. Había visto demasiado. Sabía demasiado.

Y David, con su licencia restaurada pero su reputación aún recuperándose, tampoco encontraba su sitio en el sector.

Fue Amparo quien lo dijo primero, con esa claridad que solo tienen las madres:

—Si juntos descubristeis todo aquello, ¿por qué no seguís juntos?

Seis meses después, firmaron los papeles de la sociedad.

Ahora tenían una cartera modesta de clientes: comunidades de vecinos que querían inspecciones independientes, abogados que necesitaban peritajes para juicios y alguna aseguradora que prefería

la honestidad a la conveniencia. No era un negocio grande, pero era suyo. Y estaba construido sobre algo sólido.

* * *

Álvaro había publicado un libro seis meses después del escándalo. Lo escribió en tres meses, encerrado en su apartamento de Benimaclet que olía a café frío y a noches sin dormir. Elena le había pasado documentos, cronologías, nombres. David había revisado los detalles técnicos.

"Cimientos de Confianza", lo tituló.

—¿No es demasiado... literario? —había preguntado Elena cuando se lo enseñó.

—Es perfecto —respondió Álvaro—. Porque eso es lo que Vega destruyó. No solo edificios, la confianza en las instituciones, en los profesionales, en el sistema... Y eso es lo que vosotros reconstruisteis.

Elena no había sabido qué responder. Todavía no lo sabía.

El libro llevaba ya tres ediciones.

* * *

—Ha llegado esto —dijo David, dejando un sobre en la mesa de Elena.

No tenía remitente. Solo su nombre escrito a mano y un matasellos de Málaga.

Elena miró la caligrafía del sobre. Algo en ella le resultó vagamente familiar, pero no supo ubicarla. Desechó el pensamiento y lo abrió con cuidado.

Dentro había un dossier grueso, grapado. La primera página mostraba una fotografía aérea: una urbanización a medio construir junto al mar. Estructuras de hormigón, grúas, chalets a medio terminar. Al fondo, algunos ya acabados: blancos, con piscinas privadas y vistas al Mediterráneo.

"Costa Esmeralda. Marbella. Fase 2 en construcción."

No siguió leyendo. Solo pasó directamente a la última página, donde había una nota escrita a mano:

"Mismo patrón. Mismos métodos. Diferentes nombres. Pero esta vez el dinero viene de más lejos. Y la gente que lo mueve no juega limpio.

PD: Ha habido un accidente en la obra. Un trabajador. Dicen que fue mala suerte. No lo fue."

Sin firma.

Elena volvió a mirar la letra. Esa caligrafía... Le recordaba a algo. A alguien. Pero no podía ser. No tenía sentido.

Demasiadas noches sin dormir, pensó. Estás viendo fantasmas donde no los hay.

—¿Qué es? —preguntó David, acercándose.

Elena cerró el dossier. Lo dejó sobre la mesa sin responder inmediatamente. Pensó en las noches sin dormir. En los cafés fríos. En lo que había costado llegar hasta aquí.

—Marbella —dijo finalmente.

—No.

—Sí.

—¿Otra vez? —dijo, sin dramatismo.

Elena tomó su café. Miró por la ventana.

—Nunca es otra vez. Solo es... el siguiente sitio.

David sonrió, cansado y decidido a la vez.

—¿Cuándo salimos?

Elena no respondió. Pero tampoco apartó la vista del horizonte.

Algunas historias no terminaban. Solo cambiaban de escenario.

Y los edificios, pensó Elena, nunca mentían. Solo la gente que los construía.

NOTA DE LA AUTORA

Si estás leyendo esto, significa que has llegado hasta el final.
Gracias.

Escribir un libro siempre fue una de esas ideas que guardaba en un cajón, de las que piensas «algún día» sabiendo que, para alguien como tú, eso no es más que un sueño. Y, sin embargo, aquí estamos.

Cimientos de Confianza nació de una idea casual que poco a poco se convirtió en un reto conmigo misma, y ha terminado siendo algo mucho más grande de lo que imaginé. Nada de esto habría sido posible sin ti, que has confiado en esta historia y en estos personajes.

Si la novela te ha gustado, te agradeceré enormemente que dejes una reseña en Amazon. Para una autora independiente, cada opinión cuenta más de lo que imaginas.

Gracias por leer. Gracias por llegar hasta aquí. Nos vemos en la siguiente

Maria Real

Sígueme en Instagram: @mariareal.autora
